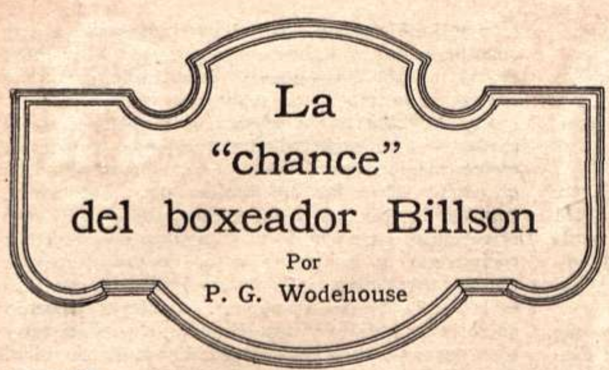


CARAS Y CARETAS

MATE POLÍTICO

— Sírvase un amargo.


VINOS
TIRASSO
LA GRAN MARCA ARGENTINA
SERRANO
Clarete — Pinot Tinto (viejo) — Pinot Blanco —
Côtes — Chateau — Mosela — Bourgogne —
Chianti — Lágrimas de Mendoza — Oporto
Santa Ana — Jugo de Uva — Champagne.
Superan en calidad a todos sus similares nacionales y
están a la par de los mejores importados.
Viñedos y Bodegas:
"SANTA ANA". Mendoza
Casa Central:
SARMIENTO, 847 Buenos Aires
Unicos Representantes en el Uruguay,
PEREZ y Cia. San José, 1216. Montevideo
Côtes
Oporto



La "chance" del boxeador Billson

Por

P. G. Wodehouse

FUÉ uno de esos desagradables y embarazosos momentos que uno recuerda con vergüenza toda la vida; un espectáculo de esos que acentúan las arrugas del rostro y hacen encanecer prematuramente.

Desde mi inesperado «asiento» y en mi «clásica» postura eché una turbia mirada sobre el cantinero. El me miró también. Un corrillo de curiosos nos contemplaba con toda tranquidad.

— ¡Jo! — exclamó el hombrazo por decir algo o, acaso, para no decir más.

Rápidamente me dí cuenta de que no me miraba con simpatía. Era largo y fuerte. Sus labios, torciéndose en una mueca poco amigable, enseñaban un par de dientes de oro. Las mangas remangadas de la camisa permitían apreciar la respetable musculatura de sus brazos.



— Eso es lo que ocurre a los que beben de "arriba" — sentenció el cantinero.

— ¡Jo! — repitió con agresivo tono, como si tratara de espantar a un perro vagabundo.

Este miserable incidente que relato me sobrevino porque, queriendo yo documentarme a lo humano, con documentos fehacientes, al igual que otros colegas míos, me eché a la calle en busca de «color local» para una de mis historias. No porque algunas veces me fueran devueltas por ciertos editores de revistas con el consabido «lo sentimos mucho, pero no nos cumple para nuestras páginas», iba yo a dejar de escribirlas.

Aquel día andaba a la busca de un asunto de ambiente y me acordé de la muchacha Liz, amiga mía, que trabajaba en una pescadería de Ratcliffe Hightway y que solía darme preciosos detalles del barrio y de los tipos que lo habitaban.

Hacía un calor sofocante que convidaba a refrescar el estómago con líquidos fríos y estimulantes, y yo penetré con las fauces resecas en el Prince of Wales Bar, pedí un litro de cerveza, lo bebí con fruición y, cuando fuí a pagar su importe, me encontré con la desagradable sorpresa de que mis bolsillos no contenían ni un penique. Como nota para agregar a mis pintoresca

bordes de la urbe no estaba mal, pero en aquel trance no me pareció detalle risueño. Sin duda alguna mi portamonedas había sido «limpiado» en aquel complicado East End londinense.

— Estoy molesto, avergonzado — dije entonces con una suave sonrisa y con la más dulce voz de mi repertorio. — Me encuentro con que no tengo un penique conmigo. No puedo pagarle ahora.

En este punto de la situación fué cuando el hombrazo lanzó su primera e inquietante exclamación: ¡Jo!

— Me han robado mi portamonedas, estoy seguro — exclamé sin dejar de sonreir.

— ¿Ah, sí? — dijo mirándome de arriba abajo.

Recibí inmediatamente la impresión de hallarme ante un hombre áspero, de pocas pulgas, como suele decirse, y de menos espíritu comprensivo que un chimpancé. Las experiencias de su oficio le habían aclimatado a escenas parecidas en que ciudadanos poco escrupulosos bebían sendos jarros, y luego, por esto o por lo otro, no pagaban.

— Yo le daré mi nombre y dirección — le sugerí

— ¿El qué? — me contestó con frialdad. — ¿Quiere usted «duplicarme» su personalidad?

Esta respuesta ponía el dedo en la llaga. Sin duda la excusa era tan vieja como su mostrador. ¿Quién ha de querer, como moneda de curso legal, un nombre y una dirección supuestos?

— Yo le mandaré...

No me dió tiempo de terminar el ofrecimiento. Una mano experta me agarró por la nuca y otra por el «asiento» de mis pantalones, y luego sentí como una corriente de aire mientras rodaba dando traspiés hacia la puerta y me quedaba ¡por fin! sentado en la sucia y mojada acera.

El cantinero — ya dije que era un gigante — me quedó contemplando con adusto ceño. Bueno; después de todo estaba en su derecho. ¿Cómo pedirle que leyera de corrido en la pureza de mis intenciones?

— Eso es lo que le sucede por tratar de beber de «arriba» — sentenció el cantinero.

Sulfuróse toda mi honradez, algo me sacudió y de un salto me avalancé sobre él, olvidándome de que estaba representando la acometida loca de una mosca contra un jabalí, cosa que en seguida me hizo recordar un puñetazo que de nuevo me propinó, dando conmigo en tierra.

— ¡Hola!

Esta sencilla y sintética expresión de saludo alguien la había proferido a mi lado; alguien que no era el cantinero, el cual, después de haberme abandonado como cosa inútil, se metiera de nuevo en su establecimiento.

Alcé la vista y tuve una general impresión, en medio de mi aturdimiento, de la largura de un traje de sarga azul y de un par de zapatos extra sosteniendo una «columna» humana que, de pronto, no pude verle el término.

Al fin mi visión fué clara y me dí cuenta de que se trataba de un simpatizador. Y cuando me fijé, parpadeando fuerte, quise acordarme de que no me era desconocida su fisonomía. Aquella pelambrera roja y despeinada, aquellos ojos inocentones y brillantes, su tamaño extra, aquellas manazas... todo pertenecía a mi viejo amigo el joven Wilberfore Billson, el futuro campeón al que yo había visto luchar en Wonderland bajo el manejo de Stanley Feathstonehangh Ukridge.

— ¿Te pegó?—preguntóme con manifiesto interés.

La contestación era una y era fácil. Desordenados pensamientos me agitaban. Sobre este punto no cabía duda. Díjele que sí, que me había pegado.

— ¡Rauff! — exclamó mi amigo.

Y sin más se metió en el bar de tres zancadas.

No comprendí de pronto su conducta. Al principio creía que, aburrido de haberme tropezado en tales condiciones, me abandonaba para refrescar solo a sus anchas. Solamente cuando escuché ruidos y voces fuertes que procedían del interior, metiendo bastante barullo, sospeché que me había equivocado al juzgar la naturaleza del pugilista.

Con la huracanada reaparición del cantinero, que salió lanzado como por una catapulta y que bailó una especie de desaforado fox-trot por la acera, mi sospecha trocóse en certidumbre.

El cantinero, que era persona de aguante, familiarizado con toda suerte de actividades físicas, no era un poltrón. Tan pronto como pudo reprimir la danza de sus piruetas involuntarias, que no fué poco trabajo, dijo algunas palabrotas de grueso calibre, como para animarse, y penetró en el salón como una tromba.

Lo que precisamente sucedió puertas adentro no pude presenciarlo porque mi cuerpo no me permitía aún ciertos movimientos; pero algo como un terremoto llegó a mis oídos. Toda una fábrica de cristal y porcelana parecía desplomarse y deshacerse en cien mil añicos; un «patrullar» endiablado era el acompañamiento y hasta me pareció — visiones de mi debilidad — que las paredes y el edificio entero amenazaban derrumbarse.

Pero alguien había avisado a la policía. Tales avisos — ustedes lo saben muy bien — surten un efecto mágico, instantáneo. Obran lo mismo que el aceite sobre las enfurecidas olas: las calma, tornándolas mansas y silenciosas. En el acto cesó el tumulto, ya no hería mi tímpano la estrepitosa cacharrería ni los golpes secos de mesas que se abren contra algo, y la figura de Billson apareció en la puerta. Su nariz semejaba un nabo muy cocido en salsa de tomate y uno de sus ojos pudiera muy bien pasar por una bola de pez. Por lo demás, bien. Con el ojo sano escrutó arriba y abajo de la calle, y luego, como persona que de repente se acuerda de un negocio que urge despachar, se apresuró a trasponer la próxima esquina.

Yo, haciendo un esfuerzo, me puse en pie y le seguí, olvidando mi quebrantamiento físico e invadido por sentimientos de gratitud y admiración. Quería darle las más expresivas gracias, felicitarle con todo el corazón. Mi reconocimiento sería eterno. Y de paso — ¿por qué no confesarlo? — quería sacarle unos cuantos peniques con los que poder llegar a mi casa. Tenía la seguridad de que era mi hombre, el único en todo aquel «silvestre» barrio de Londres capaz de librarme de mi momentáneo apuro y hacerme llegar cómodamente a Elbury Street, donde tenía yo mi departamento.

No me resultó tarea fácil alcanzarlo. Se conoce que el hombre, al oir pasos apresurados tras de sí, doblaba la velocidad ante el temor de que se tratara de un celoso *policeman*.

Corriendo ya, porque los pasos ordinarios de nada me servían, se me ocurrió gritar con afectuosos berridos:

— ¡Eh, Billson, señor Billson!

Dió media vuelta y sin dejar de caminar me echó el ojo sano encima, y entonces, al reconocerme, se detuvo no sin antes volver la cabeza en todas direcciones.

— ¡Ah! ¿Es usted? — dijo con medio aliento.

Se fué calmando; extrajo del bolsillo una descomunal pipa y la encendió después de atestarla con un puñado de picadura; escuchó mi discurso de gracias, chupó con fuerza en el tubo y dijo, resumiendo así su generosa conducta:

— Nadie que sea mi amigo ha de ser maltratado sin que yo intervenga.

— Mucho siento que por mi causa le «molestaran» a usted — agregué con amabilidad.

— No molestias — contestó con noble laconismo.

— Yo creo que el cantinero habrá quedado más batido que un «cocktail». Cuando hizo explosión hacia afuera caminaba a razón de noventa por hora.

— Lo marqué bien — admitió Billson.

— Pero me temo que el muy cochino le abolló a usted el ojo izquierdo — insinué con simpatía.

— ¿El? — habló mi vengador escupiendo desdeñosamente largo y recio. — No fué él; fueron sus compañeros: siete u ocho, no recuerdo.

— ¿Y a todos les metió usted en cintura? — exclamé con admiración.

— ¡Rauff! ¡Bah!

Produjo estos monosílabos entre dos bocanadas de humo y sin darle importancia a la hazaña.

— ¡Oh!

— Pero a él le tocó la peor parte por haberse metido, el muy cerdo, con una persona «pequeña».

Oírme llamar pequeño no despertó en mí la menor protesta. Aunque de cinco pies y medio, siendo de cinco y siete octavos el cantinero y de seis y dos pulgadas el muchachazo que me hablaba, había que conformarse con lo dicho.

— Le quedo muy obligado, señor Billson — repetí.

El gigante, con su aire cándido, siguió fumando.

— Nada — murmuró.

— ¿Va usted a permanecer mucho tiempo en Londres? — le pregunté por aquello de prolongar la conversación, cosa no tan fácil dada su natural sobriedad verbal.

— ¿Londres?

— Sí, aquí. Ukridge me dijo que vino usted a entrevistarse con él.

— Oiga, señor—exclamó el hombrazo pareciendo tomar interés, al fin, por la conversación — ¿Le vió usted últimamente?

— ¿A Ukridge? Le veo todos los días.

— *Pues yo ando buscándole.*

— Le puedo dar ahora mismo su dirección.

Y se la escribí al reverso de un sobre. Luego, estrechándole la mano efusivamente y sacándole unos peniques para poder regresar a la «civilización», nos dimos un adiós de hermanos.

Este episodio que sigue pudiera muy bien titularse «La mujer inexplicable».

Al llegar a mi departamento me tropecé con la esposa del encargado, que me aguardaba para decirme algo.

Señora de aire impresionante, de diplomática dignidad y de severo aspecto, tenía unas maneras tan fúnebres, sin dejar de ser corteses, que el hombre más sereno cambiaba de color a los dos minutos de escucharla. Era así, nacida en Escocia; y cuando hablaba, uno de sus ojos perdíase en las alturas fijo y redondo, como si anduviera a la caza de algún cuerpo astral envuelto en sábanas que se entretuviese en golpear las paredes.

— Señor — me dijo, — arriba hay un cuerpo, en su salita.

— ¿Un cuerpo?

Pegué un respingo interior, mas recordando enseguida las peculiaridades de mi informadora, agregué:

— ¡Ah! ¿Usted quiere decir un hombre?

— Una mujer — rectificó la señora Bowles. — Una mujer con un sombrerete rojo.

Me sentí culpable sin serlo. En aquella modesta y honrada casa una mujer con sombrerete rojo requería una explicación. En consecuencia, lo que urgía era jurar, poniendo al cielo por testigo, que tal dama nada tenía que ver conmigo, nada absolutamente.

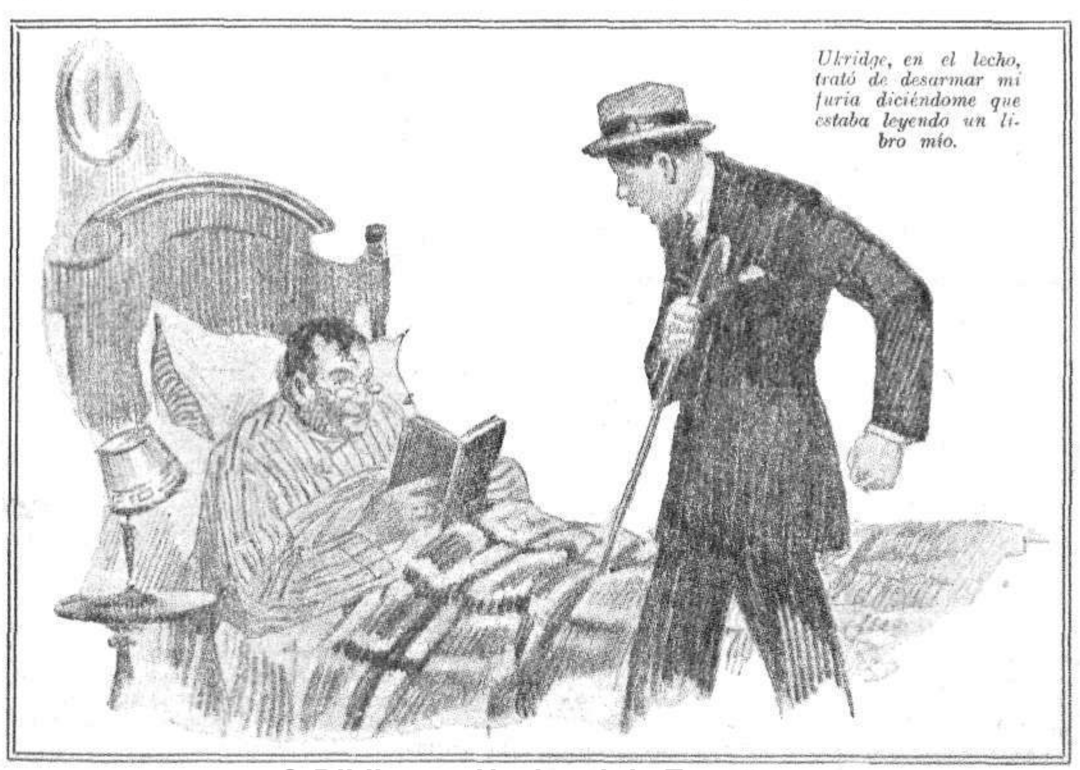
— Trajo esta carta para usted y arriba espera, señor.

Tomé el sobre y lo rasgué, sacando una hoja de papel corriente. En seguida reconocí la letra. Por la centésima vez durante nuestra estrecha amistad Ukridge garrapateaba «contra» mí unos renglones para pedirme algún favor.

«Mi viejo y querido compinche: No es frecuente que te pida algún favor, ya lo sabes...»

Me sonreí socarronamente.

«...pero ahora encarecidamente te pido un favorcito que, una vez más, me probará la verdadera amistad que me profesas. Siempre he dicho yo que tú eres un leal compinche, a derechas y a izquierdas, ¡oh, Corcky!, *my boy*, y que nunca dejas a los amigos colgados. La portadora de esta carta — una deliciosa mujer que te agradará mucho — es la madre de Flossie y anda de excursión por la metrópoli y es absolutamente indispensable que sea entretenida hasta las seis y cuarenta y cinco, que tomará el tren de regreso en la estación de Euston. Infortunadamente me es imposible atenderla yo, pues me hallo en el lecho con una cadera desencuadernada. Además, no quiero privarte del placer de entretenerla. Es cuestión de vida o muerte que ella no me vea, mi viejo amigo, y en ti confío. No puedo explicarte ahora la importancia que tiene el que la distraigas como mejor te parezca. Queda en tus manos. De modo que ponte el sombrero y enséñale las cosas de la ciudad que le puedan interesar y mi agradecimiento te acompañará. Cuéntale los detalles de cómo nos conocimos nosotros. — Siempre tuyo — S. F. Ukridge. — P. D. Te reintegraré todos los gastos que se te originen.»



Ukridge, en el lecho, trató de desarmar mi furia diciéndome que estaba leyendo un libro mío.

Esta última frase tuvo el poder de arrancarme una melancólica sonrisa; mas, por otra parte, la comicidad de la misiva me hizo bastante gracia como para olvidar tales pequeñeces.

Consulté mi reloj. Apenas eran las tres. Cuatro duras horas y un cuarto, de añadidura, iba a durar el entretenimiento con la desconocida visitante. Murmuré algo no muy correcto, pero ya no cabía disculparse. Una de las especialidades del endiablado Ukridge consistía en preparar sus ruegos de manera que no hubiera escape.

Despacio, pensativo, comencé a subir las escaleras e hice intensos esfuerzos mentales por recordar quien podría ser la madre de Flossie, su hija o cualquier otro pariente. En vano. Inútilmente revolví todos los casilleros de mi memoria. Aparecieron las imágenes de algunas Juanas, Catalinas y Doroteas, pero ningún resquicio por donde se perfilara Flossie alguna.



— El niño quiere ver asesinos — explicó bondadosamente su madre.

La primera impresión que recibí al llegar a mi salita fué que la señora Bowles poseía en alto grado esa facultad reporteril para «cachar» los detalles sobresalientes. Aquella mujer ofrecía diversos aspectos observables: era corpulenta, risueña y con más lazos que una muñeca; pero el detalle, el gran detalle que se metía por los ojos, lo constituía el sombrerete rojo, de un rojo de incendio que deslumbraba. Lo único que me consoló, al pensar en el espectáculo a ofrecer con tal compañía, fué el considerar que tendría que quitárselo de encima si la llevaba a cualquier teatro o salón artístico.

— ¿Cómo está usted? — dije deteniéndome a pocos pasos de ella.

— ¿Bien, y usted? — sonó una voz que salía de debajo del artefacto — A ver, saluda a este caballero, Cecil.

Percibí la presencia, cerca de la ventana, de un pibe muy endomingado que no alcanzaría a diez años. Mi amigo Ukridge, artista por instinto, conocía el secreto de las omisiones, que hacen interesante toda prosa. El hombre no había mencionado para nada al muchacho, el cual, con su rostro ratonil, su mirar precozmente agresivo y su hocico torcido, me recordó, no sé por qué, al cantinero del Prince of Wales Bar.

— Traje a Cecil conmigo — explicó la señora Flossie y acaso su madre mientras él se retiraba hacia la ventana — porque pensé que le gustaría pasear por la ciudad.

— ¡Ah! Claro, muy bien, muy bien — contesté yo.

Entretanto, mirando siempre por la ventana, Cecil no se cuidaba de nosotros, atento al tráfico de la calle.

— Mr. Ukridge me dijo que usted nos pasearía para enseñarnos muchas cosas agradables.

— ¡Encantado, encantado! — dije con voz de falsete. — Yo creo que lo mejor será que visitemos un museo de pinturas o algo por el estilo, ¿eh?

— *Nou* — chilló Cecil dándonos la cara.

— Cecil desea ver las luces — explicó la madre — Las pinturas después. El alumbrado es lo que le seduce y será muy educativo para él que vea la gran iluminación de la ciudad.

— Entonces vamos a la abadía de Westminster — propuse. — *Está muy iluminada y además* (pensé) allí las mujeres se quitan los sombreros.

— *Nou* — Volvió a sonar la negativa del pibe.

— Quiere ver asesinos, malhechores... — de nuevo explicó su madre, hablando como si se tratara del más razonable e infantil capricho.

Un poco impracticable me pareció tal pretensión, porque los asesinos no publican programas de los actos que realizan y yo ignoraba qué crímenes se cometerían aquella tarde.

— Cecil siempre lee todos los crímenes en los diarios de los domingos — creyó pertinente aclarar su progenitora.

— ¡Oh, sí! Comprendo, comprendo. Quiere ver el lugar de las ejecuciones.

— *Nou* — por tercera vez saltó el muchacho.

— Los lugares de los crímenes... dónde se cometen los crímenes es lo que Cecil está ansioso por conocer para luego, tomando buena nota en su memoria, contárselo a los amigos del pueblo — habló la señora.

Experimenté un profundo alivio.

— Perfectamente — me apresuré a informar — podemos tomar un «cab» y pasaremos por las principales calles que han servido de escenario a los más extraordinarios crímenes.

— ¿Oyes lo que dice el caballero? — le requirió la madre. — Vamos a dar muchas vueltas en un «cab».

— ¡Uf! — dijo Cecil con tono enigmático.

¡Escéptico pibe!

CIERTAMENTE, no fué aquella tarde de las más felices. Siguiendo las indicaciones de Cecil, cuya memoria hubiera envidiado un detective, hubimos de recorrer lugares apartados de los barrios. Cuando asomábamos a un sitio que, según su registro, había sido teatro de un sangriento suceso, sacaba las narices por la ventanilla y lo contemplaba extático, fotografiándolo en su mente. Lanzaba exclamaciones de satisfacción y demostraba una cultura policial extraordinaria. Eran evidentes sus copiosas lecturas.

— El caso de la hostería del horror — gritaba.

— ¿Sí, querido? — musitaba su madre envolviéndole en una cariñosa mirada y tornándola hacia mí con maternal orgullo. — ¿En esa casa verde fué?

— En esa misma — confirmaba el pibe. — James Poter se llamaba el degollado. Se le encontró debajo de la cocina con la garganta seccionada de oreja a oreja. Lo mató el hijo de la patrona y a éste lo colgaron en la plaza de Pentonville.

Y así continuó, dándonos las más espeluzantes referencias durante tres horas mortales.

— ¡Oh! El espantoso caso de la calle Bing.

Y apuntaba hacia un viejo edificio.

— ¿Esa es la casa, querido?

— La misma. El cadáver se encontró en el sótano, entre dos barriles de cerveza, boca arriba y con el cráneo hecho masa por algún instrumento contundente.

A las seis y cuarenta, sin hacer mucho caso del sombrerete rojo y de la rolliza mano que agitaba un pañuelo, a son de despedida, desde un compartimento de tercera clase, salí de la estación Euston pálido y medio enfermo.

Tomé un coche y me hice conducir a escape al domicilio de Ukridge, calle de Arundel, Leicester Square. Que yo supiera, nunca se cometiera crimen alguno en aquella calle, pero entonces estuve seguro de que iba a cometerse. El contacto con Cecil me había contagiado y mi disposición de ánimo no era como para hacerme un chiste.

— ¡Ah, mi viejo compinche! — exclamó Ukridge en cuanto irrumpí en su habitación. — Encantado de verte hoy, querido. Precisamente me estaba acordando de ti.

Hallábase en la cama, pero este detalle no era bastante para destruir mis sospechas de que se hacía el maula. Lo que primero supuse acabó de irritarme. Supuse que me endosara madre e hijo después de haberlos visto. ¡Se las había olido el muy sinvergüenza!

— Aquí me tienes fastidiado. Gracias a que estaba leyendo tu libro — me dijo enarbolando triunfalmente el único tomo que yo he publicado hasta la fecha, afortunadamente, lo cual, por parte de él era una irrefutable prueba de amistad y un recurso habilísimo para ablandar el sombrío aire que yo desplazaba. — Es un libro estupendo, querido. Así como suena: ¡estupendo, inmenso! Te lo juro: me ha hecho llorar como a un niño.

— Y yo que suponía haber escrito una novela humorística — dije con una mirada fría.

— Llorando de risa, hombre — apresuróse a corregir.

Le clavé los ojos como si fueran dos puñales.

— ¿Dónde guardas tus herramientas? — inquirí.

— ¿Mis qué?

— Tus hierros... alguna maza, algún cortafríos. No me digas que no. Quiero ahora mismo un instrumento de esos.

—No tengo más que una navaja de afeitar.

Me senté de golpe en su cama.

— ¡Uy! ¡Mi tobillo dislocado!

— ¿Tu tobillo o tu cadera? — le pregunté con sorna.

— Se me dislocó ayer. Me fastidia bastante, pero nada serio ¿sabes? Un par de días más en la cama.

— Sí; tiempo sobrado para que la estúpida mujer y el tenebroso rapazuelo se marcharan para su pueblo ¿no?

Una lastimosa expresión de sorpresa cubrió la faz de Ukridge.

— ¿Qué? ¿Acaso quieres decir que no te gustó Flossie y el pibe? Cuéntame lo que te ha pasado porque no me explico.

En breves, pero expresivas frases, le relaté mi encuentro y paseo con la pareja.

— Lo siento, lo siento en el alma, mi viejo «compa». Te doy mi palabra de que estaba muy lejos de suponer que eran así. Pero resultaba cuestión de vida o muerte. No otra solución pude encontrar de momento. Flossie insistía.

En mis angustias y disgustos yo olvidara preguntarle acerca del misterio que encerraba su carta.

— ¿Quién diablos es Flossie, vamos a ver? — interroguéle.

— ¡Hombre! ¿Flossie? ¿No sabes quien es Flossie? Querido amigo, haz memoria; tienes que recordarla. Flossie, la hija de la que acabas de dejar en el tren, es la que sirve en el bar de la Corona, en Kennington, la prometida de Billson el batallador. ¿Ya caes? No hace dos días que ponderaba ella la hermosura de tus ojos.

Recordé. Me dió vergüenza haber olvidado a quien tan benignamente celebraba parte de mis prendas físicas.

— Sí, recuerdo, recuerdo algo. Pero ahora dime: ¿Qué secreto se esconde detrás de la tarde que me has proporcionado? Dímelo exactamente.

— Con mucho gusto. Verás. El otro día vino a verme el buenazo de Billson, el luchador.

— Lo vi hace poco en el East End y le dí tu dirección.

— Me lo dijo.

— Prosigue. ¿Todavía eres su «manager»?

— Claro. Por eso me vino a ver todo apurado. El no puede contratar pelea alguna sin mi consentimiento. Papeles son papeles. Me dijo que tenía una oferta para luchar con una especie de bloque humano que se llama Alf Todd, ¿comprendes? Nada menos que en el Universal.

— Mejor que el Wonderland donde luchaba antes, por supuesto. ¿De cuánto se trata?

— De doscientas libras como doscientos soles.

— Pero... no puede ser. Es un desconocido.

— Lo que oyes.

— Es demasiado para un principiante.

— ¿Desconocido principiante? — refunfuñó Ukridge. — ¿Qué quieres decir con eso? Para que lo sepas, mi opinión es que existe un recelo universal entre todos los grandes boxeadores acerca de Billson. Una vez...

— Pero doscientas libras — interrumpíle — es mucha plata.

— ¿Mucha? Esto es para hacer boca, una propineja. Espérate algunos meses y tú verás llover miles ¿entiendes? miles, miles, puñados de miles. Así es que figúrate mi contrariedad cuando Flossie — recuerda: la cantinera — puso aquí sus pies.

— ¡Pero el diablo que te entienda! Hace diez minutos que te pregunto otra cosa y tú te sales por la tangente. Explícame cómo...

— Vino ella y pretendió estropear todo el negocio, echándolo a rodar. Díjome que Billson no debía boxear, que no boxearía.

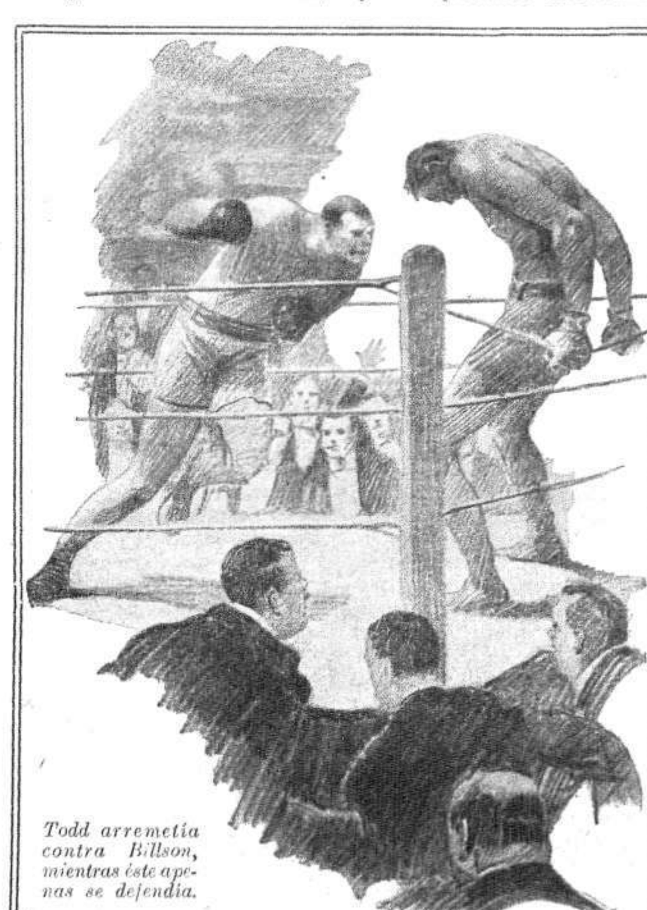
— ¿Es su prometida, el amor de él?

— Justamente... Que ella no quería un marido con el rostro abollado y el cuerpo hecho una criba. Que no consentiría que le deformaran su figura. ¡Su figura! ¡Te has fijado bien? ¡Su figura! ¿Qué

entenderá ella por una buena figura? ¿Te has fijado ya? Una hora estuvimos discutiendo. ¡Ah, las mujeres! No te roces con ellas, mi viejo amigo. Todas juntas no tienen un adarme de inteligencia.

—Perfectamente. Te prometo desde luego no tratarme más con la madre de Flossie, si esto te satisface. ¿Qué más?

—¡Ah! Ella fué, entre un millón, la que vino a salvarnos sin saberlo. Llegó el otro día a las doce, procedente del pueblo, y ya sabes que es necesario distraerla. La acompañé a cenar, y su hija, que la quiere mucho, tuvo a su vez que acompañarla luego, como de costumbre, y esta vez, a los quince minutos, ya no pudo aguantarla más y le dió un ataque de nervios que le revolvió todo el «histérico».



Todd arremetía contra Billson, mientras éste apenas se defendía.

—Compadezco y comprendo —dije— Continúa.

—Cuando hoy por la mañana me dijo Flossie que llegaba su madre con el macabro y detectivesco nene y echándose a llorar me confesó que excedía a sus fuerzas atenderla, tuve una de esas inspiraciones felices, geniales ¿sabes? y le propuse, con aspecto grave, que a pesar del sacrificio que iba a significar librarla de un nuevo ataque, estaba dispuesto a hacerlo si ella consentía en que su novio Billson peleara. Bueno; ya te dije que la muchacha adora a su madre; pero ¿qué quieres? aceptó de plano, rió entusiasmada y me plantificó un par de besos en ambas mejillas. El resto ya tú lo supones, «my boy».

—Sí, ya me doy cuenta.

—Nunca —peroró solemnemente Ukridge, —nunca olvidaré el gran favor que me has hecho. ¡Nunca!

—Muy bien. Yo confío en que, por lo menos, durante una semana me dejarás en paz.

—Ahora, mi querido amigo...

—¿Cuándo va a ser la pelea?

—De hoy en ocho días. Espero que me acompañarás. Temperamentos nerviosos como el mío, viejo compañero, requieren buenas amistades al lado.

—No perderé el espectáculo por nada en el mundo. Te convidaré a cenar antes de la pelea.

—Hablas siempre como un verdadero amigo. Y al día siguiente te daré yo un banquete que haga época. Porque —anota estas palabras— voy a estar en fondos.

—Sí, si Billson gana. ¿Y si pierde?..

—¿Perder? Es imposible que pierda. ¿Cómo diablos puede perder, infeliz de ti? Estoy sorprendido de que digas eso cuando sabes cómo arrea. ¿Se te olvidó lo del Prince of Wales Bar?

—No, por San Jorge; me acuerdo perfectamente.

—¿Y entonces? ¡Ah! Es una fiera. Yo ya no le doy la mano; no me atrevo porque estoy seguro de que, en cualquier momento, se queda con mis dedos, y eso apretando cariñosamente. Te aseguro que mañana mismo, si él quisiera y sin más entrenamiento, podía ser el campeón de peso pesado en todo el mundo. Con Alf Todd puede luchar con la pipa en la boca, chupando con toda tranquilidad.

Aunque conocía a varios de sus miembros, jamás aprovechara la oportunidad de asistir a una pelea en el Universal Sporting Club, y el peculiar ambiente de aquella gran pista no dejó de impresionarme. Difería mucho del Wonderland del East End que yo conocía y en donde asistiera al debut de Billson. Allí resultaba en extremo familiar el espectáculo; los asistentes, charlando y comentando en voz alta, se saludaban y se hacían señas desde lejos, a grito pelado. Aquí la función era solemne, de aspecto eclesiástico.

Cuando nosotros nos instalamos en nuestros asientos, dos como acólitos escoltaban a una especie de clérigo que presidía. Se estableció un silencio profundo. Una voz formidable anunció que los preliminares —una lucha secundaria— habían concluído con la victoria de Nippy Coggs. Un murmullo resonó en la vasta sala, y al minuto vimos subir al «ring» a nuestro Billson. Sus músculos semejaban cables submarinos y su cabeza, recientemente rapada, era una bola de reluciente cobre, una de esas bolas doradas que adornan el pasamano de las grandes escaleras señoriales. Alf Todd, su antagonista, que le precedió, no era una belleza. Entre sus cejas y su pelo no existía una pulgada de terreno frontal; sus ojos miraban entre torvos y agresivos. Su cuerpo no desmerecía del de su contrario aunque faltábale gallardía y aire atrayente.

Desde el primer momento las simpatías del público se pusieron de parte de Billson, lo que se tradujo en numerosas apuestas a su favor.

—A seis rounds —anunció, gritando, el clerical juez. —Battling Billson —Bermondsey —versus Alf Tod —Marylebone. —Señores: tengan la bondad de no fumar.

La «congregación», en parte, apagó sus cigarros, y comenzó la lucha.

Recordaba yo que Billson, ofreciendo condiciones de primer orden y acaso posesionado de su fuerza y habilidad hasta un extremo peligroso, parecía no apurarse ante sus rivales, a los que, muchas veces, no derribaba primero porque no le daba la real gana, y esto era debido a su buen corazón, un corazón de niño gigante incapaz de una mala acción. Pero estas blanduras sentimentales no resultaban convenientes a la hora de los golpes, y ya se lo había predicado su «manager» Ukridge, a lo que el hombre contestaba sonriéndose como un bendito.

Las consecuencias de este defecto estuvieron a punto de causarnos un disgusto.

Abalanzóse sobre Todd con la resolución y la gentileza del que bailara un fox-trot en ropas menores; lo mismo le daba sacudir con la izquierda que con la derecha, y pronto vimos llover puñetazos sobre la cabezota de su contrario, el cual le embestía como un toro, combado el espinazo y dando saltos de fiera acorralada. Ambos eran dos maestros del punch, cada cual a su manera: Billson ágil, seguro, derecho, asestando golpes como martillazos; Todd escurridizo, arqueado, formidable en los golpes al estómago, con unas piernas resistentes como el acero y aprovechándose de cualquier descuido y metiendo los codos fuera de las reglas, lo que le valió las observaciones del juez.

Billson ganó los dos primeros rounds por puntos; en el tercero hizo besar el suelo a su rival, que se levantó de un salto, arremetiendo con una furia que obligó a retroceder al primero hasta las cuerdas; en el cuarto round de nuevo la superioridad de Billson se mostraba patente, pues mientras aparecía lo más fresco, dando el triple de los golpes que recibía, Todd, cada vez más agachado, resollaba como un buey, tambaleándose con frecuencia y arrodillándose al final merced a una derecha que recibió debajo del mentón.

En el quinto round y desde las primeras sacudidas todos los rostros se tornaron pálidos y todas las miradas ansiosas. Los que apostaran por Billson demostraban su nerviosidad con breves exclamaciones lastimeras. No era creíble aunque lo estaban viendo: el ídolo, el que con tanta facilidad en los primeros rounds defendiera las apuestas a su favor, ¿qué le estaba pasando, por la calva de San Patricio? Seis minutos de expectación, seis siglos comprendidos entre los dos últimos rounds — quinto y sexto — en que Billson, laxo, flojo, desmayadote, sin apenas defenderse o defendiéndose con incomprensible torpeza, dejábase aporrear por Todd, que le sacudía tremendas izquierdas capaces de derribar a un toro. ¿Es qué se había puesto enfermo repentinamente? La intensidad y la decepción de sus admiradores llegaba a su máximo cuando una nueva, brusca y enorme sorpresa suspendió el aliento del auditorio. Sabido es que en el boxeo ocurren con frecuencia toda suerte de imprevistas mudanzas más o menos inexplicables; pero ¡diablos! ésta pasaba de la marca. Billson, como sacudido por un oculto y poderoso resorte, cambió de aspecto; enderezóse su cuerpo como galvanizado por una corriente eléctrica; su derecha, semejante a un aspa de molino, comenzó a moverse con la pujanza de un martillo de fragua, y en pocos segundos su rival, atolondrado por el implacable castigo, viósele primero aflojarse como si se le hubieran roto algunos muelles interiores y luego achicarse trompicando despatarrado hasta caer de espaldas, fulminado por un upper-cut que le aplastó las fosas nasales. ¡Ah! Todo el mundo, de pie, sin respirar, asistía al solemne bracear del juez, que contaba uno, dos, tres, siete, nueve, diez...

Los expertos juraban que jamás, durante un cuarto de siglo, presenciaran desenlace más insólito y extraordinario. Fué como el desmoronarse de una pared maestra abatida por un obús.

Ukridge, cuyos nervios en tanto duró la lucha saltaban como cuerdas de guitarra mal tocada, dirigióse al cuarto de su representado para darle la enhorabuena y yo me despedí de ambos para evacuar algunas citas.

No presumía, ciertamente, ver al feliz «manager» hasta lo menos el día siguiente, y no fué poca mi sorpresa cuando, tres horas después, le veo entrar atropelladamente en mi departamento con un semblante tan desapacible y hosco, tan de pocos amigos, que tuve la intuición de algo muy desagradable.

Sin saludarme, tirándose sobre mi butaca, borbotó:

— Dame un trago, por favor. Whisky, lo que sea. ¡Rayos y centellas!

No esperó que le sirviera. Se abalanzó sobre mi botella, medió el vaso y lo llenó con soda, apurándolo de un golpe seco.

Se me ocurrió pensar que acaso Billson pudiera haber sido descalificado, aunque no se me alcanzaba el motivo, o bien que... Pero no quise torturarme con cavilaciones.

— ¿Qué ocurre? Explícate de una vez — inquirí.

— ¿Qué ocurre? Casi nada... ¡demonios colorados! Vas a ver — explotó Ukridge mientras se servía otro vaso y lo apuraba como una medicina. — Ya conoces lo que pasó anoche. ¡Pues bien; diez cochinas guineas por todo! ¡Hazte cuenta! Diez puercas guineas en mi bolsa.

— No te comprendo exclamé.

— La bolsa fué de treinta libras. Veinte para el ganador. Me correspondían diez. Diez, ¿has oído bien? ¡Diez libras, en nombre de todas las falanges infernales!

— Pero tú me dijiste que Billson...

— Ahórrate palabras. Doscientas me había dicho. Y el muy mentecato, tonto y trapisondista no me quiso decir que las doscientas las ganaría perdiendo.

— ¿Perdiendo?

— Sí, Las ganaba perdiendo. Algunos compañeros le planearon el negocio a base de apuestas y él aceptó.

— ¿Y entonces por qué...?

— Eso es lo que yo digo, por las barbas de Satanás. Aquí está la estupidez del siglo! ¿No recuerdas lo que pasó en el quinto round, cuando se hallaba a punto de dejarse «nocautear». La cosa iba bien cuando, de repente, ya viste el cambio. Se volvió un león. ¿Y sabes por qué? Nunca adivinarás el por qué, olvidando su sagrado compromiso, el muy imbécil arreó hasta perder las doscientas libras. Pues porque el otro le pisó la uña de un pie, una uña — ¡el diablo la lleve! — más crecida de lo regular y que le molestaba bastante.

— ¿Y por una uña...?

— Por una uña que le pisó Todd el muy animal echó a rodar su fortuna y la mía. ¿Concibes tamaño capricho? ¡Por una uña! Parece imposible que un boxeador experimentado se olvide de sí mismo hasta ese punto.

Y con melancólica añoranza Ukridge remató así el desastroso desenlace:

— Te lo digo, viejo amigo, a ti que eres razonable. Los boxeadores de hoy son unos degenerados; ya no hay vergüenza, ya no hay coraje, ya no hay amor propio. Degenerados, todos unos degenerados. Ya no se respetan. Les falta corazón, agallas... carecen de visión. La vieja raza pugilística... aquellos «bulldogs» de otros tiempos han desaparecido.

Y con un amplio gesto de escepticismo amargo, braceando inconsolable, Ukridge, el pintoresco «manager» de Billson, se perdió en las sombras de la escalera.

FIN

UN POCO DE HISTORIA INTIMA DEL CAMPEON

CON EL PADRE DE LUIS A. FIRPO

Un tanto retraído por la incivilidad manifiesta de ciertos elementos que todo lo juzgan corriente con tal de saciar su curiosidad, nos recibió el señor Agustín Firpo, padre del campeón nacional.

Es un hombre del pueblo, laborioso y honrado. Alguien, para matizar de impresionismo una noticia, dijo que este hombre carecía de amparo; nada más incierto. Vive con las comodidades que puede allegarle el cuidado del amor filial, pues el campeón tiene arreglado de manera que su progenitor—actualmente solo en Buenos Aires — no carezca de nada. La nerviosa popularidad del hijo ha rodeado de nimbo al padre, especialmente allá en el barrio de Nuevos Mataderos, donde se domicilia y es objeto de la mirada cariñosa y si se quiere hasta cierto punto admirativa de las gentes.

Don Agustín Firpo se inclina a rehuir de la obsesión periodística: —*Se han escrito tales embustes* — *declara con pena* — *que, créame, no estoy dispuesto a conversar de este asunto.*

Entiende que la notoriedad conquistada por su hijo no le alcanza, puesto que aquella no es fruto de un esfuerzo paterno. Habla lentamente del campeón, y su rostro va cobrando el dibujo espiritual que traza un gran amor, casi en el arranque de las lágrimas.

Espera de la entereza de su hijo el éxito en esta gran hora de prueba.

— *¿Vd. cree que Luis Angel, una vez realizado este match, volverá al ring?* — le interrogamos.



El padre de Luis Angel Firpo, don Agustín Firpo, 59 años, mucho entusiasmo y bondadosas características en pose para esta página.



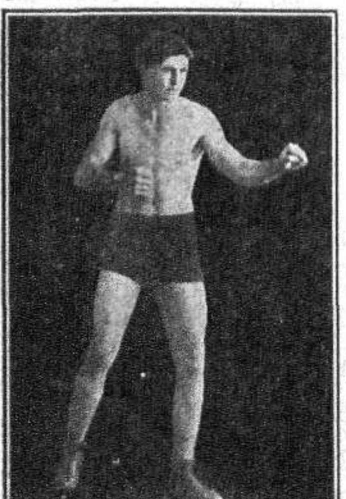
Los ascendientes del campeón: abuelos don Antonio Firpo y doña Angela Banchiero de Firpo, en 1880, en Génova, con el padre del boxeador y su tía doña Amalia.

— *Yo no sé* — *respondió,* — *pero me parece que con lo que tiene le sobra para vivir... es un muchacho muy «vivo», muy capaz...*

En eso tercia el señor Mateo A. Bascialla, farmacéutico, que representa los intereses del boxeador, y quien lo tuvo consigo en otro tiempo: — *Se refiere, señor* — nos arguye — *a que Firpo sabe trabajar, tiene intuición como hombre de empresa, y quiere decirle que, a su juicio, debe consagrar esas energías y su capital al trabajo...*

Y, sonriendo con esa elocuente malicia criolla del hombre que sabe de pe a pa la psicología positiva del mundo, agrega el señor Bascialla: — *por lo demás, la novela creada en torno de Firpo es burda y perjudicial. Yo lo conozco desde hace años. Lo he visto ensayar su primer «trompis» de muchacho. He oído su primera exclamación de entusiasmo cuando descubrió, sin previa escuela, su «trompada» decisiva, y a mí me confiaba las convicciones de cuando soñaba en lo que ahora es, quizás a piques de esa «trompada». Pueden Vds. afirmar que aquello de que el padre del campeón andaba pidiendo socorros es una falsedad. Tengo poderes que me autorizan a cuidarle, y nunca le faltó nada. Firpo es un buen hijo, que menudea sus recuerdos y recomendaciones para el autor de sus días.*

Quisimos ahondar en el alma de estas vidas. Un gesto de modesta dignidad nos hizo comprender hasta donde puede llegar la sinceridad periodística y quedamos ante la puerta del pasado: — *Yo creo*—nos dijo Bascialla—*que la potencialidad de nuestro «crack» ha de triunfar.*



Primer original que se hizo para grabar un cliché de Luis Angel Firpo como boxeador, en sus iniciaciones.



Señor Félix Bunge, el conocido sportsman, quien por sus opiniones acerca de Firpo, y su actuación es considerado el hombre «la- [illegible]

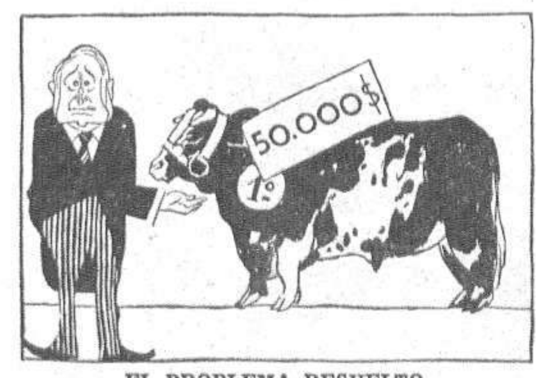


El farmacéutico don Mateo A. Bascialla, apoderado de Firpo, que con sus consejos ha ejercido gran influencia en la carrera de [illegible] siendo el hombre de confianza.

DICHO Y HECHO, POR ALVAREZ

EXPECTATIVA UNIVERSAL

Es una cosa sorprendente.
Todo el sistema planetario
está pendiente, ¡está pendiente
de este suceso extraordinario!



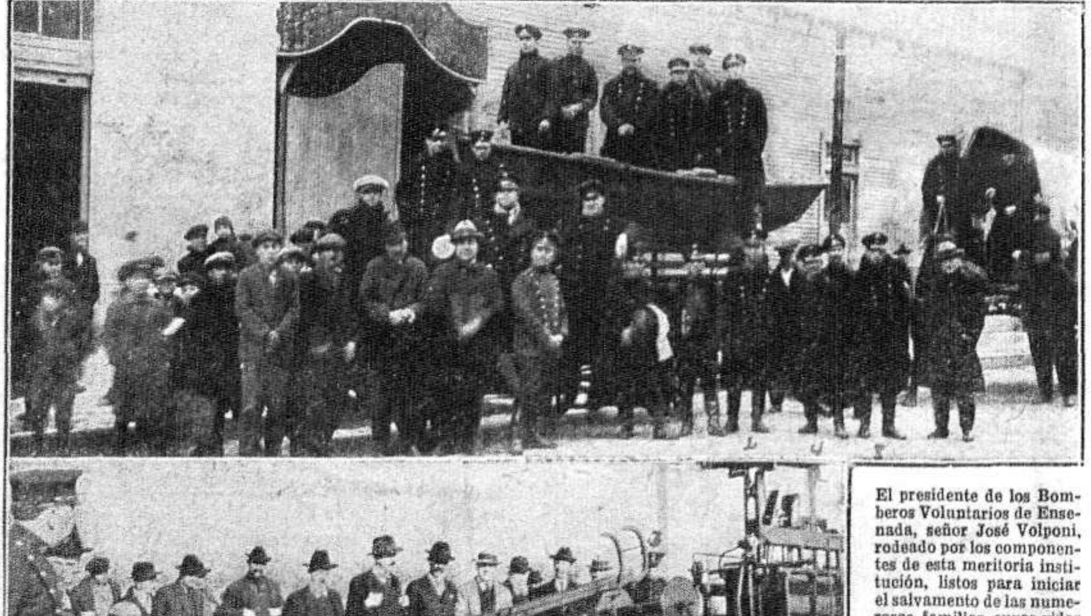
EL PROBLEMA RESUELTO

Le Breton. — Y luego dicen que la ganadería no vale nada.

AL QUE NO SE APRESURE A APROBAR EL PRESUPUESTO SE LE DEJARA SIN PRESUPUESTO.

CARTELES PARA SER COLOCADOS EN LA CAMARA

Los Bomberos Voluntarios de Ensenada



El presidente de los Bomberos Voluntarios de Ensenada, señor José Volponi, rodeado por los componentes de esta meritoria institución, listos para iniciar el salvamento de las numerosas familias cuyas vidas peligraran en las últimas inundaciones, y que debido a la desinteresada y humanitaria cooperación de esta entidad pudieron ser socorridas.

Bomba de incendio recientemente adquirida por iniciativa del señor J. Volpini, y que tantos beneficios presta.


TOUX RHUMES BRONCHITES
PÂTE PECTORALE
A L'
IODÉINE MONTAGU
MONTAGU
49, Bd Port Royal, PARIS
et dans toutes les bonnes pharmacies

Bodas de plata sacerdotales









Señor Carlos Barbarossa. P. Benito C. Barbarossa. Señora Angela Lebrero de Barbarossa.

Las bodas de plata del presbítero Benito C. Barbarossa con el sacerdocio han dado motivo para que se exterioricen ampliamente la consideración y simpatía de que ha sabido rodearse en su doble actuación de sacerdote y educacionista, habiéndosele tributado un expresivo homenaje en que se hallaron representadas las familias de más prestigio de nuestra sociedad. El Padre Barbarossa, que también celebra el 25.° aniversario de su nombramiento de teniente cura de la parroquia del Socorro, ha sido objeto de múltiples demostraciones de aprecio por parte de sus amigos y feligreses, que ven en él un virtuoso y destacado miembro de nuestra Iglesia.

EL CLERO CATÓLICO

Para una doctrina de carácter universal como es la de Jesús — dice Cantú — era indispensable un sacerdocio de tal modo organizado que perpetuase la vigorosa conformidad de creencias en el infinito número de estados y naciones en que impera la religión católica, independientes y distintos por la variedad de lugares, razas e idiomas. Si a medida que se han multiplicado los gobiernos temporales se hubiese dado a cada pueblo un clero propio, ¿cómo lograrían los diferentes cleros ponerse de acuerdo en la interpretación de los textos sagrados y en la precisión de la tradición, sin dejarse extraviar por la vanidad patria o por la soberbia del propio aislamiento, y hasta por el influjo que la índole del idioma ejerce en la interpretación del pensamiento, pues sabido es lo difícil y a veces imposible que resulta el traducir temas abstractos de una lengua a otra?

La unidad del sacerdocio, *clero católico*, con su disciplina e idioma propio, el *latín*, debían hacer e hicieron que las diversas comunidades civiles conviniesen en una sola espiritual y que se llegase a una ciudadanía tan universal de hecho como de nombre. De esta suerte quedó asegurado el poder de la Iglesia Católica al lado del poder civil.



RECORDACIÓN

POR BARTOLOMÉ GALÍNDEZ

Pensamientos lejanos
que tornan otra vez.
(¡Oh, cabecita rubia
como el tabaco inglés!)

Revive el sentimiento
la pasada emoción,
removiendo cenizas
dentro del corazón.

Me llega sutilmente
como a través de un tul,
la humedad triste y dulce
de tu mirada azul.

Con los brazos alzados
me acerco a tu visión
para estrecharla y sólo
abrazo una ilusión.

Como un vigía escruto
la vida, y el pasado
me coloca su índice
sobre el labio angustiado.

Callo entonces, y espero...
Mas ¿para qué esperar
lo que murió una noche
junto al rumor del mar?

La luna, el mar, los álamos...
Aquel alrededor
está conmigo siempre,
perdura en mi interior.

¡Si yo hubiera sabido
que te quería así,
que tu alma existiría
siempre dentro de mí!

Mas, como estaba escrito,
todo pasó, pasó.
¿Pensarás lo que pienso?
¿Sentirás lo que yo?

Ansiedad infinita
que me envuelve otra vez.
¡Oh, cabecita rubia
como el tabaco inglés!

EL "PATHE-BABY" ES LA ALEGRIA EN EL HOGAR Y EN LA EXCURSION.

Es un proyector cinematográfico tan perfecto como los grandes, sin sus inconvenientes.

EL MISMO REPERTORIO.

LO PUEDE MANEJAR UN NIÑO.

ES SOLIDO, LIVIANO, PEQUEÑO Y ELEGANTE.

DONDE NO HAY CORRIENTE ELECTRICA FUNCIONA CON CUALQUIER BATERIA.

PRECIO:

$ 125 m/n

PIDASE PROSPECTOS Y CATALOGO DE FILMS

¡AFICIONADOS A LA FOTOGRAFIA!

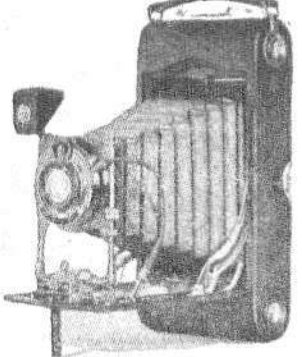
¡PREPARENSE PARA PRIMAVERA!

EL MAYOR STOCK EN

MAQUINAS, UTILES y ACCESORIOS

INSTRUCCIONES GRATUITAS

REVELACION y COPIAS en  **HORAS**



KODAK AUTOGRAFICA N.º 3 A, con objetivo rápido rectilineo,

$ 90.— m/n

ROSARIO
CORDOBA 1048-52

MONTEVIDEO
Av 18 de Julio 966

LA CASA MAS ANTIGUA E IMPORTANTE DE SUD AMERICA

MAX GLÜCKSMANN

CINEMATOGRAFIA
FILMS
FOTOGRAFIA
FONOGRAFIA

FLORIDA y LAVALLE — CALLAO y Bmé MITRE
BUENOS AIRES

Terremotos y maremotos

La antigua expresión *terra firma* es tan falsa en sí como impropia a la luz de las modernas investigaciones.

Los cambios bruscos de temperatura y de presión atmosférica y el paso de carros, tropas, etc., producen trepidaciones en el suelo que a pesar de su debilidad son apreciadas por los aparatos dedicados a registrar los movimientos de la corteza terráquea. El suelo que pisamos se halla constantemente sometido en todas partes a temblores más o menos débiles y pulsaciones de larga duración que el micrófono y el galvanómetro registran. Estos temblores dependen, al parecer, de causas tales como las oscilaciones diurnas de la temperatura y presión atmosférica de las mareas, etc. Y son tan numerosos y marcados, que han hecho imposible determinar de un modo preciso las perturbaciones de la gravedad producidas por la influencia lunar, por no existir un punto inmóvil en la tierra donde fijar los aparatos.

La heterogeneidad de materiales que constituyen el globo terrestre hace que su contracción no pueda realizarse de un modo homogéneo. De ahí se originan muchas de las violentas sacudidas que a veces sufre y se denominan terremotos; en ellos la acción se ejerce de abajo arriba con un movimiento en el suelo alternativo de elevación y depresión, y a esta especie de terremotos corresponden los más desastrosos efectos, pues quebrantan y mueven las grandes masas de rocas y destruyen los más sólidos edificios. El fenómeno éste relacionado con la causa general de la formación de montañas se observa con mayor intensidad en aquellas zonas de plegadura, donde las fallas acusan una labor dinámica continuada, de la cual son efectos los relieves que presenta el terreno.

El agua penetra en la tierra por efecto de la gravedad y la capilaridad hasta regiones muy profundas y se deposita en los repliegues y concavidades interiores; al evaporarse a efecto del calor adquiere tensiones enormes y se producen explosiones que, según su magnitud, causan desplazamientos de masas más o menos importantes y, por consiguiente, terremotos en la corteza terráquea.

La generalidad de los fenómenos sísmicos ocurren en virtud del principio general de dinámica enunciado, pero los hay producidos por fuerzas más modestas: la sal común al disolverse en los estratos profundos puede ocasionar, debido al hueco que deja, un hundimiento y el consiguiente derrumbamiento de capas geológicas producirá un terremoto más o menos intenso según sea mayor o menor la causa de origen.

Las capas de tierra arcillosa al humedecerse provocan deslizamientos de estratos colocados encima si tienen suficiente inclinación; todos estos accidentes dinámicos pueden motivar terremotos locales.

En las zonas volcánicas la trepidación del suelo es frecuente y los terremotos preceden a las erupciones. En estas zonas los derrumbamientos internos son más frecuentes e intensos por cuanto trabajan fuerzas químicas y físicas combinadas.

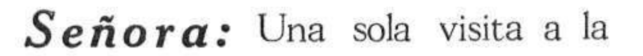
Hay terremotos en que la sacudida no se produce en sentido vertical sino *ondulatorio;* estas *ondas* se extienden o transmiten en todas direcciones y a grandes distancias, y entonces se llama terremoto *central.* Cuando varias ondulaciones chocan entre sí por un movimiento de reflexión, puede producirse lo que se llama terremoto de *torbellino,* una de las formas que más terribles accidentes ocasiona.

La transmisión de la onda sísmica se verifica con velocidades variables, entre 925 y 2.426 metros por segundo.

Los *focos iniciales* o puntos de partida de los terremotos se hallan a profundidades relativamente poco importantes; no se trata de fenómenos del núcleo central del globo sino de accidentes de la corteza.

Antes del terremoto el barómetro suele manifestar bruscas variaciones, a las que a veces acompañan disturbios atmosféricos; preceden a la conmoción ruidos subterráneos y otras señales que el hombre no apercibe pero sí, los animales domésticos, los cuales demuestran inquietud y temor.

Los temblores en la costa o en el fondo del mar, *maremotos,* producen efectos desastrosos; las olas que se forman bruscamente alcanzan proporciones extraordinarias, hasta 70 m. de altura, y las aguas avanzan por las costas destrozando cuanto encuentran a su paso.



Señora: Una sola visita a la

CASA IZQUIERDO

CARLOS PELLEGRINI, 490

especialista en CORSES y FAJAS de calidad, dará a usted la oportunidad de admirar la grandiosidad de nuestro surtido y la belleza de nuestros modelos.



NUESTRO REGALO

"Pictorial Review" del mes de **Septiembre de 1923**

Gratis

A toda señora que nos envíe $ **1.—** le mandaremos el molde de este precioso **Vestido de gran actualidad** en la medida que nos indique y, **como Regalo, un ejemplar** de nuestra revista de modas y literatura **"Pictorial Review"** (edición de lujo en colores) correspondiente al mes de **Septiembre de 1923.**

Presentamos nuestro modelo **"Aída"**, cómoda faja para reducir el vientre. Modelo elegantísimo y práctico, confeccionada en coutil de seda floreado, elástico y 4 ligas también de seda

$ 25.-

Nuestro departamento de expedición al interior despacha en el día todo pedido que se nos confíe, siendo por nuestra cuenta los gasto de flete.

CASA IZQUIERDO

LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA

490 - CARLOS PELLEGRINI - 490

BUENOS AIRES

UNION TELEFONICA 4913, LIBERTAD

Demostración



El señor Roberto E. Ahumada rodeado de sus numerosos amigos después del almuerzo que éstos le ofrecieron para exteriorizar sus simpatías y estrechar vínculos de camaradería.

HISTORIA ANECDÓTICA

Brindis de Salas, artista negro, fué un famosísimo violinista habanero que recorrió, de ovación en ovación, muchas capitales de Europa y de América ganando dinero y triunfos a montones, para llegar a un fin triste, miserable y lastimoso, pues murió como un mendigo, solo, abandonado y sin más capital que su viejo violín, en la última miseria.

Cuando el renombrado negro estuvo en Bogotá a dar conciertos en el Colón fué muy cordialmente recibido y atendido, aunque no con aquella servil adulación que los bogotanos han prodigado a ciertos aristócrata errantes sin valía personal alguna. Una vez en una reunión de caballeros se le dirigieron a Salas varias peroratas de elogio y no pocos brindis por diversos literatos. Casualmente estaba entre ellos un joven bogotano, y como alguien lo excitase a decir algo también en el acto dijo:

«De la música en las alas,
miro a Brindis y oigo brindis,
y ya mi musa sin lindes
brinda por Brindis de Salas.
Y en este tiro de galas
que yo a las veces integro,
no sé si sufro o me alegro,
cuando mi numen tan franco
tira al negro y da en el blanco,
tira al blanco y le da al negro.»

DE LA MUJER

Al criticar la vanidad de las mujeres, los hombres se duelen de fuego que han atizado. — LINGRÉE





Por el corredor del Palacio de Justicia se paseaba un caballero rubio, alto, delgado, vestido de frac. Se llamaba Andrey Pavlovich Kolosov y desde hacía dos años ejercía la abogacía.

El estado nervioso en que solía encontrarse los días señalados para la vista de las causas en que actuaba él era aquella tarde más intenso. Obedecía esto principalmente a la neurosis que de algún tiempo a aquella parte le aquejaba. Le habían prescrito duchas — que le habían aliviado muy poco — y le habían prohibido fumar; prohibición inútil, dado lo arraigado de su pasión por el tabaco.

Aunque sentía ese resabio desagradable que conocen tan bien todos los grandes fumadores entró en la habitación del médico forense, en aquel momento desierta; se tendió en un sofá forrado de hule negro y encendió un cigarrillo. Estaba muy cansado. Desde hacía ocho días casi no se quitaba el frac. ¡Del Tribunal de Conciliación a la Jefatura de Policía, de la Jefatura de Policía a la Cámara de Casación! El día anterior un asunto sin importancia le había tenido en la Audiencia hasta las nueve de la noche.

Sus compañeros le envidiaban porque ganaba mucho y le consideraban un modelo de actividad, pero él no era dichoso. Los tres mil rublos anuales que ganaba con tanto trabajo no le lucían nada. La vida era muy cara. Los niños exigían gastos sin cuento. Contraía deuda tras deuda. Era martes; el jueves tenía que pagar la casa — cincuenta rublos, — y sólo llevaba diez rublos en la cartera... Su mujer...

Al pensar en sus deudas y en su mujer hizo una mueca de disgusto y suspiró.

— ¡Chico, al fin te encuentro! — exclamó, entrando, su compañero Pomerantzev.— Llevo media hora buscándote.



Pomerantzev había adquirido una envidiable reputación como criminalista y actuaba también, en calidad de defensor, en la causa que había de verse aquella tarde. Era un guapo muchacho, moreno, vivaz, parlanchín, lleno de una ruidosa alegría de vivir. Verdadero favorito del Destino, su rica familia le idolatraba, todos los negocios le salían a pedir de boca y la gloria le sonreía.

— Tenemos que ponernos de acuerdo respecto a la defensa — añadió.

— ¡Déjame en paz! — contestó Kolosov. — Ya hablaremos.

— ¿Cuándo?

— Luego.

Pomerantzev se encogió de hombros y se fué.

La causa en cuya vista habían de lucir aquella tarde ambos abogados sus brillantes dotes profesionales no tenía nada de complicada. En uno de los suburbios de Moscú de más siniestra fama a causa de sus numerosas tabernas, frecuentadas por la hez de la población, se había cometido un asesinato. Un individuo, que debía ser comerciante o viajante de comercio, y que se había pasado la noche de juerga en compañía de dos descamisados y una mujer de vida alegre llamada Tanka, había sido hallado por la mañana, estrangulado y robado, en una huerta.

Una semana después Tanka y los dos descamisados fueron detenidos y se confesaron autores del asesinato.

Kolosov se encargó de la defensa de Tanka. En la cárcel, a donde fué a verla, le esperaba una grata sorpresa. Tanka, o Tania, como él empezó en seguida a llamarla, era una muchachita muy linda, modesta, tímida, vestida y peinada de un modo nada llamativo. Debido quizá a que el aislamiento había borrado de su faz los vestigios de su vergonzoso oficio, o bien tal vez porque el dolor la había humanizado y ennoblecido, lo cierto era que la joven no parecía una de aquellas criaturas despreciables de que él había oído hablar.

Sólo su voz, un poco ronca, denunciaba su mala vida, sus noches de libertinaje y embriaguez.

Kolosov se convenció en seguida de su inocencia. La había perdido el



miedo, el miedo de un ser humano colocado en lo ínfimo de la escala social, humillado por todos los que están sobre él. Todos eran más fuertes que la sinventura, y se creían con derecho a ultrajarla: el amante, cruel, siempre dispuesto a darle una paliza; el policía, cuyo presuntuoso autoritarismo la aterrorizaba; los que compraban sus caricias.

Oyendo sus palabras, llenas de cólera; viéndola temblar de indignación, llameantes los ojos, el abogado comprendió que era capaz de defenderse. No de otra suerte se defiende una bestezuela panza arriba, prestos los dientes a clavarse en la mano que intenta asirla, y más digna de lástima, en su furia aparente — toda terror y dolor — que si lanzase desesperados gritos.

Llorando y casi sin ninguna esperanza de que la creyesen, Tania contó cómo se había cometido el asesinato. Al pasar ella y los tres hombres, luego de copear en casi todas las tabernas del barrio, por una huerta solitaria, Iván Gorochkin, su amante, y Vasily Jobotiev se lanzaron sobre el desconocido y empezaron a estrangularle.

— ¡Qué horror el mío, señor! «¡Asesinos!», les grité; pero Iván me amenazó con matarme, y siguieron apretándole el cuello al desgraciado, que comenzó a hipar. «¡Asesinos!», repetí, acercándome a ellos, dispuesta a agarrarles de las muñecas. El bandido de Iván, entonces, me dió una patada en el vientre y me dijo: «¡Cuidado no hagamos lo mismo contigo!» Yo, aterrorizada, eché a correr y, sin saber cómo, pues ni miraba por dónde iba, llegué a casa de la Marfucha. Había perdido el chal... Me acosté...

Al día siguiente Tania le reprochó a su amante el crimen; pero Iván Gorochkin le asestó un par de puñetazos, y hora y media después la joven cantaba y lloraba a la vez, bebiendo *vodka* comprada con dinero del muerto.

Kolosov le hizo dos nuevas visitas a la procesada, pareciéndole más difícil, después de cada una de ellas, su defensa. ¿Qué podría, en efecto, decir ante el tribunal como abogado de la joven? Tendría que hablar de la injusticia y de la vileza sociales, de la terrible e incesante lucha por la vida, de los ayes de los vencidos sobre la ensangrentada arena del campo de batalla. ¿Pero acaso se le podía hacer sentir todo el horror de tales ayes a quien no los había oído nunca, a quien la sordera del corazón le impedía oirlos?

Se había pasado la noche preparando la defensa. Al principio había trabajado con gran premiosidad; mas después de tomarse unas cuantas tazas de café muy cargado y fumarse ocho o diez cigarrillos sus ideas dispersas habían empezado a sistematizarse. Más sobreexcitado a cada instante, animado por el hallazgo de numerosas expresiones felices y bellas, había conseguido, al cabo, delinear un discurso lleno de fuerza y, al menos para él, convincente. Disipado el miedo que Tania le había contagiado, se había acostado, apuntando ya el día, seguro de sí y de su triunfo.

Pero aquella mañana, a causa de la larga noche de vigilia, se había levantado con la cabeza dolorida y como vacía. Algunas frases aisladas de su discurso, anotadas en un papel, le habían parecido artificiosas y demasiado retumbantes. «Quizá en el momento decisivo — habíase dicho — se me avive el seso y me vuelvan los ánimos». Y se había ido a ver a Tania. La profunda apatía que se revelaba en su voz y en su actitud le había sorprendido desagradablemente.



— No deje usted, Tania, de decir ante el tribunal cuanto me ha dicho a mí, y dígalo en el mismo tono, con el mismo calor con que a mí me lo ha dicho. ¿Sabe?

— Sí, señor, sí...

La docilidad de esta respuesta no había esperanzado mucho a Kolosov: se adivinaba en ella el terror aplastante que dominaba a la joven.

Comenzó la vista.

Cuando se abrió la puerta que comunicaba el corredor con el sitio destinado a los acusados, separado por una verja del resto del estrado, y entraron Gorochkin, Jobotiev y Tania, el público, a quien la larga espera comenzaba a aburrir, se animó. Se oyó el ruido de las espuelas de los gendarmes que escoltaban a los acusados; se vieron brillar sus sables, y el drama empezó. Los murmullos y la ligera agitación que turbaron el silencio de la sala denotaban que el público cambiaba impresiones. Las fisonomías vulgares de Gorochkin y de Jobotiev provocaron comentarios poco halagüeños. No así la de Tania, que produjo buena impresión: la joven era, por su aspecto, digna heroína de un drama.

Cuando les hizo el presidente las preguntas de rúbrica a los acusados, Tania contestó a la relativa a su oficio:

— Libertina.

Esta palabra, pronunciada ante numerosos hombres y mujeres de la buena sociedad, contentos de sí mismos, sonó como un tañido fúnebre, como un terrible reproche de un muerto a los vivos. Pero ninguna cabeza se bajó, ningunos ojos miraron al suelo. Al contrario; la curiosidad que se pintaba en todos los rostros se avivó: la acusada empezaba bien.

El primero que declaró fué Gorochkin, un buen mozo, moreno, insolente, engreído. Hablaba lentamente y de un modo redicho, con cierto aire de superioridad indulgente sobre cuantos le rodeaban. Según su declaración, el crimen había sido cometido por los tres acusados. El y Tania habían sujetado a la víctima, y Jobotiev le había estrangulado.

Jobotiev, un hombre sin personalidad alguna, repitió ce por be la declaración de su compinche, y sólo se apartó de ella en lo referente al reparto del dinero robado. Ni la perspectiva del presidio podía hacerle olvidar que Gorochkin se había adjudicado la parte del león.

Le llegó su turno a Tania.

Kolosov esperaba su declaración con el alma en un hilo. Y cuando oyó sus primeras palabras se dijo: «¿Dónde están la energía y el acento de sinceridad con que me convenció a mí de su inocencia, y que eran sus únicas armas?»

La joven hablaba prolija y desmañadamente, deteniéndose en la exposición de detalles sin importancia; empleaba un lenguaje soez, y cuanto más empeño ponía en convencer al tribunal y al jurado de que ella no había tenido participación en el crimen, más mentirosas parecían sus afirmaciones y más se acentuaba la prevención del auditorio en contra suya.

«¡Mejor sería que callara!», pensaba, indignado, Kolosov, para quien cada nota falsa en la voz de Tania era como un alfilerazo. No miraba al público ni a los jurados; pero todo su ser sentía crecer en la sala la desconfianza y la hostilidad.

— Si no tuvo usted participación en el crimen, ¿por qué les dijo usted a la policía y al juez de instrucción que la había tenido? — le preguntó a Tania el presidente.

La joven vaciló un instante y repuso que la policía le había arrancado





aquella confesión pegándole. Se adivinaba en tal respuesta una burda mentira. Kolosov, apretando los dientes de cólera, bajó la cabeza, para no ver las sonrisas irónicas del auditorio.

El sabía mejor que nadie que aquello no era cierto; pues, de serlo, su defendida se lo hubiera contado. ¿Pero cómo hubiera ella podido explicarles a aquellos señores el terror que le había inspirado, sólo con la mirada, el oficial de policía ante quien había declarado momentos después de su detención? ¿Cómo hubiera podido hacerles comprender el miedo que sentía en presencia de cualquier autoridad?

— Y el juez de instrucción, ¿también le pegó a usted? — interrogó el presidente, irónico.

Una risita abyecta sonó en el fondo de la sala.



to, delgado, tímido, extremadamente simpático. El presidente le dirigió algunas palabras de aliento y le preguntó qué hacían Tania y los otros dos acusados cuando iban a casa de su abuela.

— Pelan patatas — contestó él, en tono ingenuo, y se sonrió.

Los jueces, los jurados y el público se sonrieron también, y hasta Tania, que lloraba en silencio, se sonrió a través de las lágrimas. Kolosov se dijo, mirándola: «Sólo por esa sonrisa debían absolverla».

Su malestar iba en aumento. Veía girar ante sus ojos círculos luminosos; escuchaba con dificultad lo que se hablaba en torno suyo; las palabras llegaban a él desprovistas de sentido; el presidente le había llamado la atención por hacerle a un testigo dos veces seguidas la misma pregunta. Una profunda apatía le dominaba. Tratando de sacudirla, se fumó cuatro o cinco cigarrillos en el descanso y se bebió una copa de coñac; pero la excitación que el alcohol y el tabaco le produjeron fué muy breve, y tras ella su aplanamiento era mayor. «¿Qué es esto, Dios mío?», se preguntaba, sintiendo un ligero escalofrío.

Pomerantzev, osado, decidido, enérgico, cumplía su cometido de un modo admirable: preguntaba sin cesar a los testigos, hacía notar sus contradicciones, discutía con el presidente y con el fiscal. Su actuación tenía encantado al público.

Los discursos comenzaron cerca de las once de la noche.

El fiscal, un hombre de edad, un poco encorvado, de rostro inteligente pero inexpresivo, hablaba con una elocuencia serena, severa, implacable,



Tania no contestó.

— ¿No fué usted condenada, hará próximamente un año, a dos meses de cárcel por haberle robado el portamonedas a un borracho?

Tania no contestó. ¿Qué iba a decir? Harto había hablado ya. Lo estúpidamente que lo había hecho le dolía, sobre todo por Kolosov, cuyo descontento advertía.

Al interrogatorio de los acusados siguió el de los testigos, interminable, fatigoso. Ante los ojos de Kolosow desfilaban amos de taberna, endomingados y corteses; mozos de *estaminet*, cariadormilados, noctámbulos de baja estofa. Unos hablaban por los codos y no había manera de hacerles callar, y a otros, en cambio, era necesario arrancarles casi una por una las palabras. Uno de los testigos era un muchachito muy peripues-





cuyo numen era la lógica, tan engañosa, tan mendaz cuando se aplica al alma humana. Circunscribiéndose a los hechos, sin frases sonoras ni exclamaciones patéticas, tejía, malla por malla, la red que había de envolver y angostar a Tania. Luego de describir, frío, impasible, el medio en que vivían los criminales, pasó a la descripción del asesinato.

Pareciale a Kolosov, mientras su mano helada hojeaba las notas de su discurso, que cada palabra del acusador apagaba una luz de la sala y era, a la vez, un clavo que se hundía en la cabeza de la pobre acusada. Y le llenó de espanto la percepción súbita y clara de la enorme, de la aplastante responsabilidad que pesaba sobre él. Oprimido el corazón, trémulas las manos, oía una voz interior que le gritaba: «¡Criminal! ¡Criminal!» No se atrevía a mirar a Tania, temeroso de ver en sus ojos, aun viva, la esperanza, aquella esperanza que él, hasta horas antes, había alentado.

... La nube que se cernía sobre la cabeza de la joven se adensaba y se ennegrecía por momentos. Con su cruel impasibilidad, el fiscal hablaba del vergonzoso oficio de Tanka, *la Manos blancas* («ahora — decía — rojas de sangre») y recordaba el robo del portamonedas («que tal vez — añadía — no sea el único que ha cometido»).

Kolosov se ahogaba. Cerró los ojos y, con la emoción de un condenado a muerte al ver desde el cadalso el sol, el cielo azul, la verde campiña, pensó en su hogar, en sus hijitos, que ya estarían acostados... ¡Oh, si en aquel momento hubiera podido apoyar, dobladas las rodillas, su frente dolorida en aquellos cuerpecillos puros! ¡Oh, si hubiera podido huir de aquel horror!... No, no podía. Tania también tenía un hijo.

Sentía violentos impulsos de lanzar un grito salvaje, desesperado, de dolor. Hubiera querido poseer el verbo de los dioses para improvisar una oración tonante como un trueno y abrir con ella a la piedad los corazones más crueles. De haber sido él un dios, el huracán de su elocuencia hubiera estremecido hasta los muros de la sala. ¡Qué triste era ser hombre, nada más que hombre!

El fiscal terminó su discurso. El público tosió y se removió durante unos momentos, y empezó a hablar Pomerantzev. Su palabra, flúida como el agua de un arroyo; su voz robusta, de vibraciones suaves, fueron como un claro fulgor que irrumpiese en una estancia obscura. Se oyó una risita en el fondo de la sala: el orador le había lanzado al fiscal un sutil dardo de ironía. Kolosov, ante el gesto plácido y los elegantes ademanes de su compañero, pensó, suspirando: «¿Qué sabes tú lo que es sufrir?»

Cuando le llegó a él su turno y dió principio a su discurso, no reconoció su propia voz, que brotaba sorda, desagradable, de su garganta seca, y no vibrante, como de costumbre, enérgica y apasionada. Los jurados, oídos con una atención religiosa los primeros períodos, comenzaron a bostezar y a sacar el reloj. Frases torpes, poco naturales, forzadas, en las que se notaba una total ausencia de espontaneidad, sucedíanse en parrafadas grises, lánguidas, aburriendo al auditorio fatigado. El presidente se puso a hablar en voz baja con otro miembro del tribunal. «¡Hay que acabar!» — se dijo Kolosov, la muerte en el alma.

Los jurados se retiraron a deliberar. ¡Qué media hora más larga! Kolosov se paseaba solo, rehuyendo toda conversación; pero uno de sus compañeros, un muchacho gordo y jocundo, perteneciente a esa categoría de seres humanos que no distinguen lo que puede decirse de lo que no puede decirse, se le acercó y le espetó:

— Hoy no ha estado usted a su altura, querido. ¡Y yo que sólo he venido por oírle...!

Kolosov se sonrió amablemente y empezó a balbucear un lugar común; pero el otro, como divisara en el otro extremo del corredor a Pomerantzev, corrió hacia él, gritando:

— ¡Bravo, Sergio Vasilievich! ¡Muy bien!

Sonó el timbre. El público, que se paseaba charlando y fumando, se abalanzó a las puertas de la sala. Los jurados salieron del gabinete de deliberaciones y reinó un silencio expectante. Las bocas se entreabrieron, los ojos se clavaron, ávidos, en el papel que el jefe del Jurado le entregó al presidente, para que lo leyese y firmase.

Kolosov miraba con fijeza, desde la puerta, el rostro pálido de Tania.

El jefe del Jurado leyó, no sin dificultad, a causa de lo poco claro de la letra:

«La campesina del distrito de Bronitza (región de Gubernia, provincia de Moscú), Tatiana Nicanorova Palachova, de veintiún años de edad, ¿es culpable de un asesinato cometido, en complicidad con otras personas, la noche del 8 al 9 de diciembre? — Sí.»

Le pareció a Kolosov que Tania se tambaleaba. ¿O era él, quizá, quien estaba a punto de desplomarse?

Sin ánimos para esperar, durante otra interminable media hora, la sentencia entre la animada multitud, se fué a un corredor apartado y desierto, por donde empezó a pasearse abatidísimo. Sus pisadas resonaban ruidosas bajo la bóveda.

Cuando oyó las voces y los pasos de la multitud que salía de la sala, corrió a su encuentro. «¡Diez años de trabajos forzados!» En el acento con que se pronunciaban estas palabras había algo de triunfal. El abogado se detuvo junto a la puertecilla reservada a los reos. Al salir Tania, murmuró, cogiendo la inerte mano de la joven:

— ¡Tania, perdón!

Ella le dirigió una mirada opaca, inexpresiva y siguió en silencio su camino.

Kolosov y Pomerantzev eran casi vecinos y volvieron a casa en el mismo coche. Pomerantzev compadecía a Tania y se congratulaba de que se hubieran reconocido circunstancias atenuantes en la participación de Jobotiev en el crimen. Kolosov apenas hablaba.

Cuando llegó a su casa preguntó, mientras se quitaba el gabán, si su mujer estaba ya acostada. Camino de la alcoba, se detuvo un momento a la puerta de la habitación de los niños. «¿Entro a darles un beso?», se dijo. Y, contra su costumbre, no entró.



De Villa Urquiza



Conjunto de distinguidas señoritas que concurrieron al baile organizado por el Sport Club a beneficio de su caja social.

¿ES MÉJICO EL RIVAL DE EGIPTO?

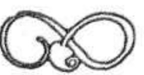
La afirmación de Méjico de haber contado una civilización más antigua que la de Egipto es el fruto del orgullo y de la esperanza. Posee extensas ruinas de interés inusitado, que sólo han sido todavía exploradas parcialmente. Méjico naturalmente espera que investigaciones más completas demuestren que rivalizan con los monumentos de Egipto.

Parece existir escasa duda, no obstante, de que las más interesantes de sus ruinas son de origen realativamente moderno. Acontece que la cronología de la arqueología mejicana ha sido bastante claramente determinada, gracias en parte al excelente sistema de calendario que los primeros mejicanos poseían. La civilización maya, que se extendió desde Yucatán y el sur de Méjico hasta Costa Rica estaba ya declinando al principio del décimoquinto siglo, y probablemente floreció solamente durante algunos cuantos siglos anteriores. La civilización nahua o azteca estaba cercana a su apogeo en el momento de la invasión española. Las ruinas del monte Akban, en el estado de Oaxaca, que, según los últimos despachos de Méjico se cree sean de grandes posibilidades, demuestran la influencia de ambas culturas y aparentemente no son anteriores a las otras ruinas mejicanas en ningún período considerable de tiempo.

Hacer el mal, sea cual fuere el que lo mande, no es obediencia sino desobediencia. — San Bernardo.

Una paloma en alta mar

Se asomó todo trémulo el pasaje
a la borda del buque. Bajo el cielo
— como augurio de paz en el viaje —
una blanca paloma alzaba el vuelo.
Todos temblamos de emoción, y — humanos —
en la tremenda angustia del instante,
la cabeza clavada entre las manos
presentimos un algo alucinante.
¡Era la hora nocturna! Lejano
con largueza de viejo soberano
el derroche del sol daba su huella.
¡Brotó de lo hondo de mi ser un grito!
En el silencio azul del infinito
la radiante paloma era una estrella.

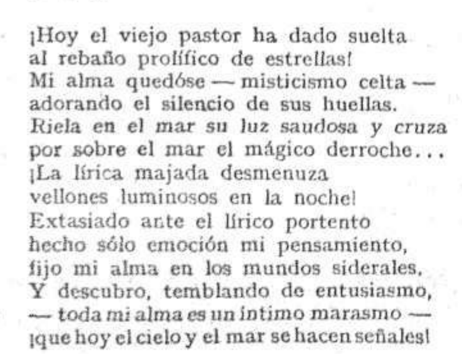


XAVIER
BÓVEDA

PARA CARAS
Y CARETAS

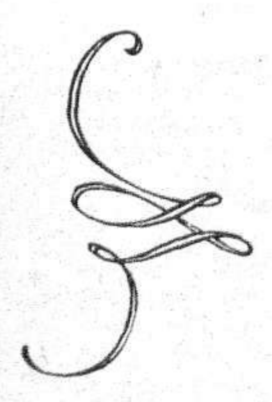
DIBUJO DE
BONOMI

Momento estelar



¡Hoy el viejo pastor ha dado suelta
al rebaño prolífico de estrellas!
Mi alma quedóse — misticismo celta —
adorando el silencio de sus huellas.
Riela en el *mar su luz saudosa y cruza*
por sobre el mar el mágico derroche...
¡La lírica majada desmenuza
vellones luminosos en la noche!
Extasiado ante el lírico portento
hecho sólo emoción mi pensamiento,
fijo mi alma en los mundos siderales.
Y descubro, temblando de entusiasmo,
— toda *mi* alma es un íntimo marasmo —
¡que hoy el cielo y el mar se hacen señales!

Alma



¡Tan buena te hizo *Dios*, noble alma mía,
que sólo Dios puede saber cual eres!...
(¿Tenue y dulce, como una melodía
con nostalgias de luz y atardeceres?)
¡Llegaste a mí, por un camino santo!...
(¿no te hizo Dios la gracia de una espina
de su corona trágica?) ¡Eres tanto...
tanto... tanto... que nadie te adivina!...
Surgiste en *mí*, cual brota de una peña
(¿fué Dios tu buen Moisés?) el pino extático
que en la cumbre del monte reza y sueña...
¡Amador de tu mística pureza,
el iris de mi verso fué un cromático
refractor de tu lírica belleza!...

Belleza Perpetua

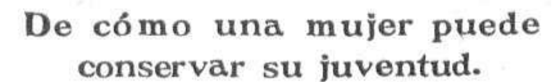


El secreto de asegurarla por medios caseros Sencillos y Eficaces

por

Charlotte Rouvier.





De cómo una mujer puede conservar su juventud.

La mujer que desee parecer joven debe abstenerse de usar cremas y coloretes, porque, de lo contrario, sólo conseguirá endurecer el aspecto de su cara y destruir los tejidos de su cutis. Médicos autorizados declaran que si la mujer abusa de métodos artificiales, ella arriesga su salud. El tratamiento perfecto a que puede someterse un mal cutis es el de la cera mercolizada (en inglés: «pure mercolized wax»), pues ésta nada agrega a la piel, sino que, en cambio, le quita algo: toda la cutícula superficial, vieja, descolorida y manchada. De esta manera va apareciendo, en su lugar, el nuevo cutis delicado, que surge gradualmente de las capas inferiores para revelarse a la superficie. Esto es lo que se consigue con la cera mercolizada, que puede hallarse en cualquier farmacia. La cera procede con toda suavidad y sin ocasionar daño alguno al nuevo cutis, proporcionando a la tez un aspecto sonrosado y brillante, completamente distinto al que presenta una piel arreglada con afeites. Este es el método que debe seguirse para que una mujer pueda conservar su juventud.

Neutralización de los molestos olores ocasionados por el sudor.

Las mujeres que se sientan molestadas por las agudas y chocantes emanaciones producidas por la excesiva transpiración de su cuerpo sabrán apreciar en su justo valor la indicación de emplear borite en polvo, cuyos efectos instantáneamente neutralizadores podrán constatar al hacerse con él un empolvoramiento general del cuerpo. El borite es un polvo blanco de un uso sumamente agradable. Puede conseguirse en casi todas las farmacias.

Mejillas rosadas.

Para que sus mejillas aparezcan naturalmente sonrosadas no use nunca rouge, carmín, ni otras pinturas, sino exclusivamente rubinol en polvo, que puede obtener en cualquier farmacia o perfumería. El rubinol no tiene efecto nocivo alguno sobre el cutis; da a las mejillas un tinte rosado tal que nadie puede apercibirse que no es natural. Las mujeres de mejillas descoloridas notarán la enorme y beneficiosa diferencia que produce en sus rostros un poco de rubinol. Tanto en pleno sol como bajo la luz artificial el rosado que produce el rubinol es de efectos encantadores.

Un maravilloso shampoo.

Una amiga me escribe:

«He tenido una verdadera sorpresa sabiendo que esta señorita con el cabello tan bellamente aterciopelado *no* se lo lava nunca con jabón o con polvos de shampoo artificial. Se hace ella misma su propio shampoo disolviendo una cucharadita de las de café llena de granulados stallax en una taza de agua caliente. «Yo le encargo el stallax a mi boticario — dice esta señorita — y él lo recibe en paquetes que vienen sellados, y solamente se venden así, conteniendo cada paquete cantidad suficiente como para hacerme de veinticinco a treinta lavados de cabeza. Es de tan rico olor el stallax, que muchas veces lo comería como si fuera una golosina.» Ciertamente, y aun con esta extraña idea, el pelo de esta señorita se conserva tan hermoso que desde este momento voy a probar en mí misma el efecto del plan.»

Para evitar el vello.

Es cosa muy fácil hacer desaparecer temporalmente el vello; pero evitar definitivamente esa innecesaria abundancia de pelo es ya otro problema diferente. No son muchas las damas que conocen los satisfactorios efectos que para ese resultado produce una substancia tan sencilla como el porlac pulverizado aplicado directamente al pelo. Este tratamiento se recomienda no sólo para hacer desaparecer al instante el vello o las superfluidades del cabello, sino para matar sus raíces por completo. Casi todos los boticarios pueden venderle a usted una onza de porlac, cantidad suficiente para el experimento.

De Martínez



La señora Alicia Hughes (presidenta) y damas que forman la comisión organizadora del festival dado por la «San Isidro And District Dorcas Society» a beneficio del Hospital Británico.

Distinguidas parejas reposando unos momentos en el animado baile, al que asistió lo más selecto de la colectividad británica.



Hoy el Amor se aparece
sin venda, carcaj ni flechas,
pues la mujer, a estas fechas,
con otras armas perece.

Y objetos de tocador
son los recursos mejores
que, para inspirar amores,
hoy suele usar el Amor.

¿No precisa la mujer
tener cutis terso y bello,
fino rostro y albo cuello,
si al hombre ha de *convencer*?

Para que esas condiciones
pueda alcanzar una dama,
el REUTER tiene la fama
del mejor de los jabones.

El doctor San Ivo

Patrón de los Abogados

Ignoraba yo hasta hace poco —¡ignora uno tantas cosas! — que los abogados tuviesen su santo patrón, su abogado celestial para defender la causa del gremio ante los tribunales de la eternidad.

Debo mi nuevo conocimiento a un abogado *gaditano*, muy culto y espiritual. En España los hijos de la «Tacita de Plata» (así se llama a Cádiz) gozan merecida fama de guasones. No lo es poco el doctor Rafael García de Castro. En una carta muy zumbona me habla de San Ivo, al paso que protesta contra ciertas diatribas que sobre los abogados españoles y los doctores americanos me he permitido en cierto ensayo reciente publicado en «El Sol».

Jamás hubiera yo supuesto que existieran abogados *en el cielo*. Esta carrera, como sabe todo el mundo litigante, se presta poco a la santidad. Por escasa influencia que se atribuya al clamoreo de aquí abajo, parecíame imposible que los abogados pasaran allá arriba. Pues sí, señores, pasan, entran en el Empíreo. El descubrimiento me indujo a dar un ligero vistazo al «Santoral», obra verdaderamente edificante, en que los hagiógrafos, o historiadores de los santos, nos ponen de relieve las virtudes que pueden convertirnos en aristócratas de ultratumba. Y allí, en el «Santoral», he visto que, entre la vasta población celestial, casi toda litigante, hay nada menos que cincuenta santos abogados. Pero es necesario advertir que, de los cincuenta, cuarenta y nueve no ejercieron la carrera en la tierra ni pusieron sus manos en el papel sellado para formular un solo alegato sofístico. Quizá fué uno de sus mayores títulos para franquear los dinteles de la mansión eterna.

Sólo uno, entre los cincuenta santos abogados, ejerció la profesión, tuvo estudio, o bufete, manejó expedientes, redactó defensas, impugnó alegatos y anduvo, en fin, perorando en audiencias y juzgados. Fué el doctor Ivo, San Ivo, desde que fué canonizado, en 1347, por el papa Clemente VI. El doctor Ivo era bretón, de Kermartin, pueblo de la baja Bretaña. Según Descuret, en los antiguos breviarios franceses se lee este himno en honor del santo abogado:

> «Ds. Sanctum Ivus
> Erat Brito
> Advocatus
> Et non latro.
> ¡Res miranda
> Pópulo!...»

Un poco libremente, el doctor García de Castro, *mi amable corresponsal gaditano*, traduce así el himno:

> «Señor San Ivo,
> Era bretón,
> Y aunque abogado
> No fué ladrón.
> ¡Lleno está el pueblo
> De admiración!...»

A juzgar por esta apología de los antiguos breviarios franceses, ya en la antigüedad era objeto la abogacia de sañudas diatribas. El doctor Ivo resulta una excepción en aquel medio forense. Pero contra este testimonio, siempre muy respetable, de los breviarios, existe otra versión que se lee en los escritores clásicos franceses, versión convertida hoy, por constantes y populares transmisiones verbales, en hecho histórico incontrovertible, a pesar de haber ocurrido muy lejos y muy por encima de los términos geográficos de nuestro planeta.

Según esta versión, el doctor Ivo no fué llamado al cielo, entrando, por tanto, indebidamente. Pero, una vez dentro, se valió de



un subterfugio forense, de una triquiñuela de procedimiento, para no salir. Cuando se trató de expulsarle, alegó que no saldría sin que un escribano se lo notificase y un alguacil le desalojara, como corresponde en todo tribunal organizado con arreglo a principios estrictos. Ahora bien: como en el cielo no había un solo escribano, ni un solo alguacil, no fué posible desalojar el doctor Ivo de la mansión de los santos.

Y no pudiendo arrojarle legalmente, con arreglo a todos los requisitos del procedimiento, Clemente VI no vió más solución que canonizarle, incluyéndole en el santoral.

Esta manera de entrar en el cielo nos revela que el doctor San Ivo, más que un santo, era un «ave negra», calificativo con que los argentinos resumen todos los actos de la abogacía trapisondista. Intruso en el cielo, el doctor Ivo procurará seguramente eludir todo encuentro con San Inocencio, justo varón que tan profundamente odiaba a la curia, como lo demuestran estas memorables palabras suyas: «En los pleitos importan más las costas que el fruto de las sentencias».

Opinan otros autores que en el infierno no hay ningún abogado que haya ejercido en la tierra, porque el diablo teme que le engañen y le enreden las causas con su formalismo leguleyo y sus soflamas forenses. Pero yo opino en esto como «Anastasio el Pollo», gran voto en la materia. En su poema gaucho «Fausto», verdadera maravilla literaria, el paisano Laguna, del Bragao, plantea y resuelve el problema mejor que Goethe:

« Si quiere *hagamos un pato*
Usté su alma me ha de dar,
Y en todo lo he de ayudar;
¿Le parece bien el trato?
Como el dotor consintió,
El diablo sacó un papel
Y lo hizo firmar en él
Cuanto la gana le dió.
— ¡Dotor y hacer ese trato!
— ¿Qué quiere hacerle, cuñao,
Si se topó ese abogao
Con la horma de su zapato?... »

Tiene razón el paisano del Bragao. Lucifer supera en triquiñuelas a los doctores. Y la prueba está en la misma Congregación de Ritos, uno de cuyos individuos se llama el «Abogado del diablo», encargado de oponer sus objeciones a los fundamentos para la canonización y beatificación. Y la causa de que sólo el doctor Ivo haya entrado en el cielo, aunque por medio de una superchería forense, se halla en que el «Abogado del diablo» se ha llevado el resto de los doctores al infierno. Pudo llevarse igualmente al doctor Ivo — sería una ilusión que el ave negra celestial creyera engañar al diablo; — pero no quiso éste llevárselo al Averno. Le dejó ir al cielo a meter allí ese lío curial de la imposibilidad del desalojo por falta de escribanos y alguaciles. La coladura del doctor Ivo en el cielo fué, en suma, una diablura del diablo, que gusta producir estos conflictos en la serena mansión de los santos. En el cielo existen dos problemas de desalojo, dificilísimos de solucionar: uno muy antiguo, el creado por el doctor Ivo; y otro muy moderno, debido a un error lamentable, el bautismo de los pingüinos, en la forma que nos ha narrado Anatole France. Ni los blancos pájaros, ni el ave negra, pueden ser objeto de desahucio; los pingüinos por estar ya bautizados, y el doctor Ivo por no poderse llenar el requisito de la notificación.

El litigio promovido por San Ivo, el patrón de los abogados, es muy superior al que menciona Martínez de la Rosa en su conocido terceto:

« ¿Ya hay pleito sobre el sepulcro
Y no está el hombre enterrado?
¡Ese sí que era letrado!... »

Lo que más llama la atención en San Ivo es que no entró en el cielo como arrepentido, sino todo lo contrario, pleiteando, promoviendo a los poderes celestiales el litigio más trascendental, un pleito, no sobre bienes, como todos los pleitos, sino sobre la salvación del alma. Hay otro santo, San Huberto, patrón de los cazadores, que no era, dada su cruel afición, muy digno de la gloria eterna. Pero San Huberto, aristócrata y rico, hijo del duque de Aquitania, cazador y guerrero, partidario de Pepino de Heristal, se arrepintió de ambos deportes porque un día se le apareció un ciervo con una cruz en las astas, oyendo al propio tiempo una voz atronadora que le amenazaba con penas eternas si no cambiaba de vida. Desde aquel día Huberto dejó en paz a los animales y las personas. Y después vivió en perfecta santidad. San Ivo, por el contrario, no hubiera dejado de pleitear aunque se le apareciesen todos sus clientes, no ya con una cruz, sino con todo un calvario de expedientes sobre sus cabezas.

Ningún pleito tiene la importancia del entablado por San Ivo ante la Corte celestial. Todos los abogados procuran defender litigios de gran volumen económico. Por eso Góngora da este consejo que excede a todas sus alegorías literarias:

« Cualquiera que pleitos trata,
Aunque sea sin razón,
Deje el río Marañón,
Y éntrese en el de la Plata,
que hallará corriente grata
Y puerto de claridad;
¡Verdad! »

Góngora presentía, sin duda, las grandes testamenterías de los estancieros, parte de cuyos latifundios se quedarían en manos de los doctores. Pero no hay estancia ganada por un abogado que pueda compararse con la estancia del Dr. San Ivo.

Francisco Grandmontagne

De Victoria



Distinguidas señoritas que integran el coro parroquial y en la actualidad están realizando con extraordinario éxito la colecta a beneficio de la iglesia local.

ALGUNOS RECORDS NOTABLES

Actualmente se halla en Londres un hombre que reside habitualmente en Vancouver (Columbia británica, Canadá). Las necesidades de sus negocios le han obligado a realizar este viaje cincuenta y una veces, recorriendo en total unos 800.000 kilómetros.

Recientemente se retiró un capitán de la compañía naviera Cunard que llevaba cuarenta y nueve años navegando, de ellos treinta y tres al servicio de la Compañía, de cuyos vapores había capitaneado diez y nueve. El último había sido el «Campania». Este lobo de mar calcula que ha navegado dos millones de millas y que ha cruzado el Atlántico 550 veces.

El campeón de los matarifes de cerdos vive en Chicago, y está empleado en una de las grandes fábricas de conservas. Este individuo lleva sacrificados 20.000 chanchos. en el curso de su distinguida carrera.

Finalmente mencionaremos al campeón de los casamenteros. Es el tal un pastor protestante inglés que en treinta y cuatro años de sacerdocio ha casado a once mil parejas.

Que tus pensamientos sean puros como la nieve, y que esa pureza se cristalice en tu alma y en tu conciencia como el blanco en el lirio y el rojo en la rosa.


A toda dama elegante le deleita ser admirada por su belleza. El uso diario del
POLVO GRASOSO
Brissac.
produce la admiración que tanto anhelan las damas de gusto refinado.
L. AUBERT y Cía.
JORGE NEWBERY, 3443-65
Unión Telefónica, 2045, Belgrano
REPRESENTANTES EN MONTEVIDEO:
SASSOLI Y ALONSO
RONDEAU, 1440-42
GUARDE ESTE CUPON. TIENE VALOR
Serie D
548765
La Perfumería Higiénica
Brissac.
J. Newbery
U. T. 2045, Belgrano
Este cupón es copia del que va dentro de la caja y no tiene ningún valor.
POLVO GRASOSO BRISSAC
BRISSAC
$ 1.40 la caja



Aspecto del salón del centro "Adelante los que quedan" durante el baile realizado a beneficio de la caja social de esa sociedad.

EL CASTIGO DE SCÉVOLA

Cayo Mucio Scévola era, por los años 507 antes de Cristo, un joven patricio romano que se distinguió por su bravura y por el amor a las mujeres, entre las cuales tenía gran ascendiente.

Pertenecía a una noble familia romana cuyos antepasados habían figurado tanto en el foro como en la política. Su padre fué un jurisconsulto famoso que enriqueció considerablemente el «jus civile».

Cuéntase de Cayo Mucio Scévola que habiendo Porsena, rey de los etruscos, puesto sitio a Roma, tomó la resolución de librar a su patria de aquel peligro dando muerte al principal de sus enemigos.

Ayudado por sus amigos consiguió, una noche tormentosa, salir de la ciudad sitiada y atravesar el campo etrusco. Se introdujo luego con gran valor en la tienda del rey Porsena, pero ya sea debido a la nerviosidad del momento o engañado por el traje, el hecho es que hirió tan sólo al secretario del rey. A los gritos del herido acudieron gran cantidad de guardias que lo tomaron prisionero.

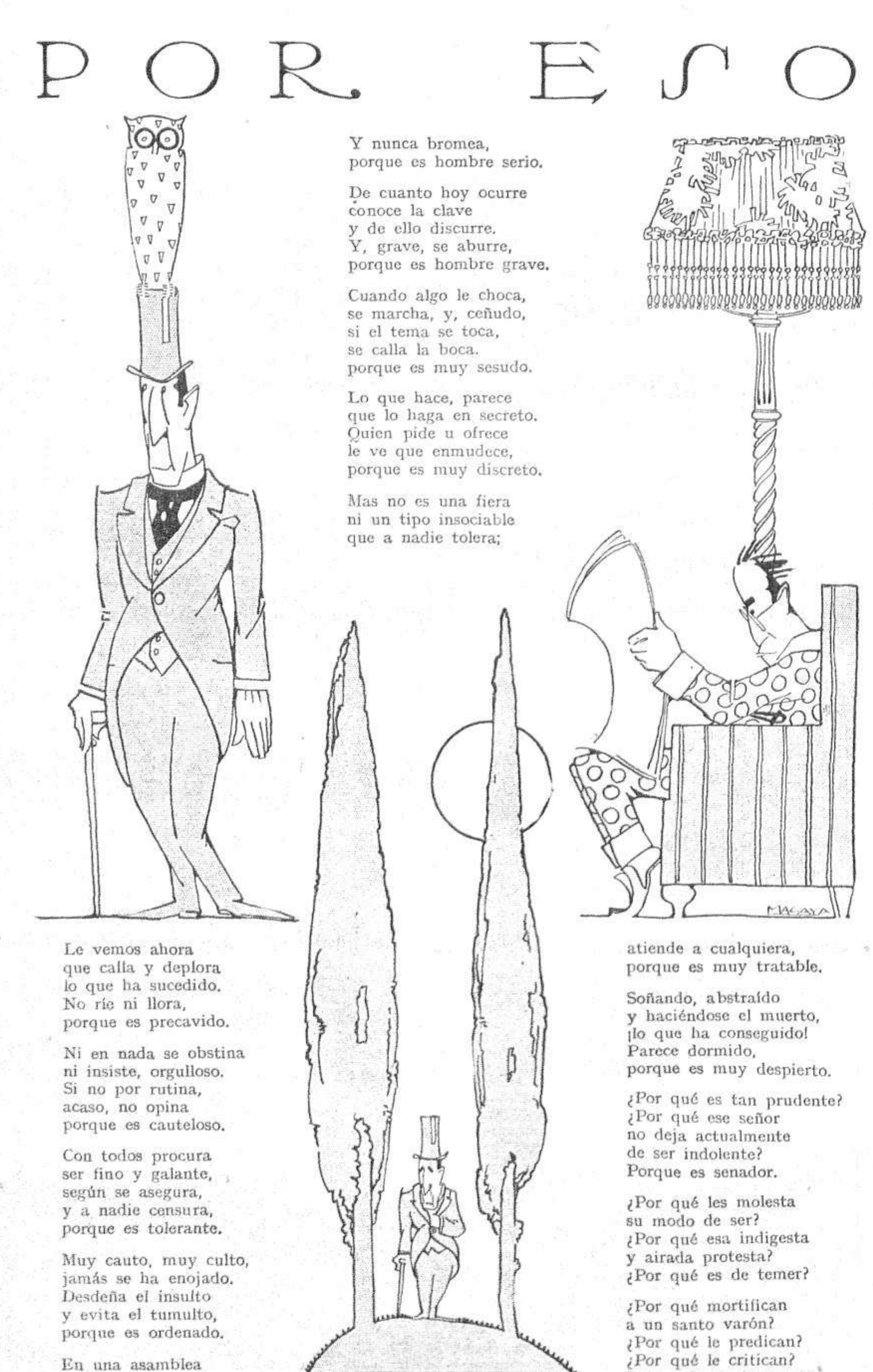
Al día siguiente el audaz romano fué conducido a presencia del rey.

Entonces Cayo Scévola, reparando su engaño, dirigióse a un brasero próximo y, metiendo la mano entre las brasas ardientes, exclamó: «¡Así castigo el error de mi mano!».

Admirado el rey Porsena del valor del joven ordenó que fuera puesto en libertad para que pudiera regresar a Roma.


SPORT DE MODA:
EL BAILE
AMERICA
Concertola
LA CONCERTOLA proporciona la forma más práctica y cómoda de practicar este :: :: agradable deporte. :: ::
Nuestro ilimitado REPERTORIO DE DISCOS en todos los géneros imaginables hacen de la CONCERTOLA el instrumento más útil, educador y agradable para el hogar.
ALGUNAS OFERTAS RECOMENDADAS:
N.º 9. — Gran CONCERTOLA de Lux, mueble en rica madera, gran motor de dos cuerdas, brazo, membrana y demás accesorios dorados. Con 12 piezas y 600 púas...... $ 380
N.º 5 bis. — Regia CONCERTOLA igual al dibujo, mueble fino en roble o caoba con finos adornos de marquetería. Gran motor de dos cuerdas. Con 12 piezas y 600 púas.. $ 330
N.º 5. — Espléndida CONCERTOLA, mueble en rica madera de roble o terminación caoba. Motor de dos cuerdas. Con 12 piezas y 600 púas.......................... $ 250
N.º 4 bis. — Preciosa CONCERTOLA para mesa, igual al dibujo, mueble fino en roble o terminación caoba. Con 6 piezas y 200 púas.......................... $ 150
N.º 341. — Hermosa CONCERTOLA para mesa, caja en nogal de Italia o terminación caoba, tapa con cerradura. Con 6 piezas y 200 púas.......................... $ 99.50
N.º 310. — Bonita CONCERTOLA para mesa, caja finamente lustrada midiendo 37×31×19 centímetros. Puertita modificadora del sonido. Con 6 piezas y 200 púas .... $ 55.-
OTROS MODELOS desde $ 35.— hasta $ 1.300.—
DISCOS. Novedades de Gran Exito
Discos VICTOR, de 25 centímetros, a $ 3.— cada uno
19017 Zarandeando la Nostalgia. Vals. Delicias de la Luna de Miel. Vals.
18890 California. Fox Trot. Who Believed in You? Fox-Trot.
Discos NACIONAL, de 25 centímetros, a $ 3.— cada uno
ORQUESTA ROBERTO FIRPO
6200 Padre Nuestro. Tango. El mal Trago. Tango.
6191 Mamita. Schottisch. Una Sombra. Tango.
ORQUESTA FRANCISCO CANARO
6922 Pelele. Tango. Desolación. Tango.
6918 Electric Girl. Shimmy. Tutankhamón. Shimmy.
6911 Cuando Budha Sonríe. Shimmy. La Argentinita. Tango.
6915 Nubes de Humo. Fume compadre. Tango. Paramount. Tango.
Catálogo N.º 21 de Concertolas, Grafófonos y Victrolas, y número 22 conteniendo todos los discos de las mejores marcas del mundo, remitimos enviándonos $ 0.20 en estampillas.
CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI
Av. DE MAYO, 979 — Buenos Aires
NO CERRAMOS LOS SABADOS
NO TENEMOS SUCURSALES

POR ESO



Le vemos ahora
que calla y deplora
lo que ha sucedido.
No ríe ni llora,
porque es precavido.

Ni en nada se obstina
ni insiste, orgulloso.
Si no por rutina,
acaso, no opina
porque es cauteloso.

Con todos procura
ser fino y galante,
según se asegura,
y a nadie censura,
porque es tolerante.

Muy cauto, muy culto,
jamás se ha enojado.
Desdeña el insulto
y evita el tumulto,
porque es ordenado.

En una asamblea
le place el misterio
y de él se rodea.
Y nunca bromea,
porque es hombre serio.

De cuanto hoy ocurre
conoce la clave
y de ello discurre.
Y, grave, se aburre,
porque es hombre grave.

Cuando algo le choca,
se marcha, y, ceñudo,
si el tema se toca,
se calla la boca.
porque es muy sesudo.

Lo que hace, parece
que lo haga en secreto.
Quien pide u ofrece
le ve que enmudece,
porque es muy discreto.

Mas no es una fiera
ni un tipo insociable
que a nadie tolera;
atiende a cualquiera,
porque es muy tratable.

Soñando, abstraído
y haciéndose el muerto,
¡lo que ha conseguido!
Parece dormido,
porque es muy despierto.

¿Por qué es tan prudente?
¿Por qué ese señor
no deja actualmente
de ser indolente?
Porque es senador.

¿Por qué les molesta
su modo de ser?
¿Por qué esa indigesta
y airada protesta?
¿Por qué es de temer?

¿Por qué mortifican
a un santo varón?
¿Por qué le predican?
¿Por qué le critican?
Porque hace obstrucción.

LUIS GARCIA

DIBUJO DE MACAYA.



Infinita alegría experimentan los niños cuando saborean las deliciosas galletitas

SOLAR

Elaboradas con productos de la más alta calidad.

De Avellaneda



Curioso aspecto que presentaba la calle Manuel Estévez literalmente cubierta por las aguas que transformaron esta zona en un vasto estuario.

Autos que, no obstante la gran inundación, prestaron su valioso concurso poniendo a salvo numerosas familias.



SERRANO.



SICOLOGIA *del* ALFABETO

por

ALBERTO HIDALGO

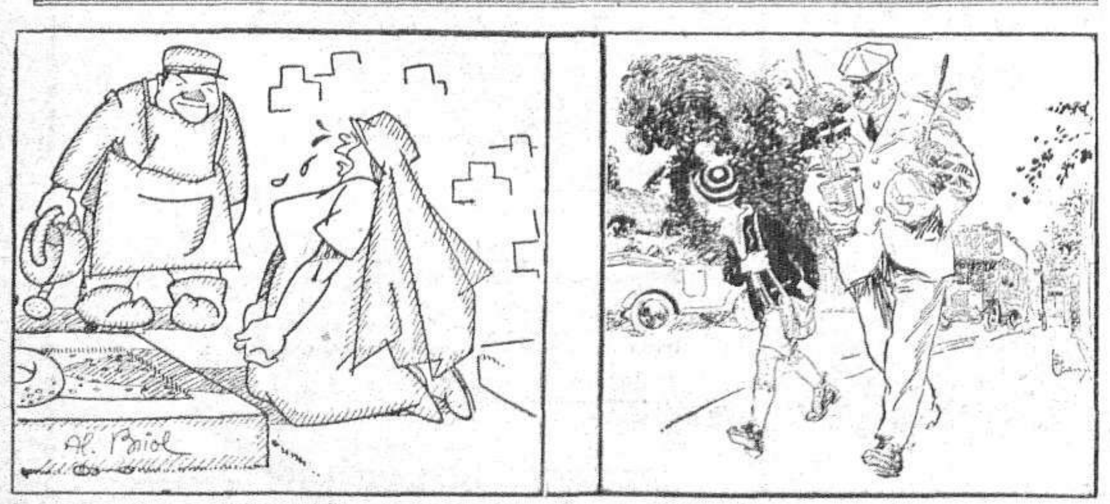
Incautas gentes ignoran la verdadera importancia del alfabeto. En verdad, para conocerla son precisos ciertos sutiles dones de observación que no todos poseen. El estudio de las cosas, mejor dicho, del espíritu de las cosas, ha sido, y es, por eso, más, mucho más complejo que la sicología de los mortales. ¡Cuánto se ignora! Nadie ha desentrañado todavía, por ejemplo, el alma de la piedra. Ni el alma ni el cuerpo de la piedra. Que así como la piedra no ha tenido aún su filósofo, tampoco ha tenido su anátomo. Y de tal modo, la pobre piedra es un ser abandonado, injustamente abandonado de la mano del Señor. La piedra que enferma, muere irremisiblemente, porque no hay ni el médico ni la droga que le curen. ¿Pues qué son los granos, las escoriaciones que de repente presentan, sino síntomas de horrendas enfermedades, como lepras, sarnas, escrófulas, etc.? ¿Esas piedras raquíticas, temblorosas y pálidas no son, por ventura, tuberculosas? ¿Por qué no curamos a las piedras?

Cosa igual, o parecida, ocurre con el alfabeto. Pero con una diferencia capital. Y es que el alfabeto no pertenece al reino de las cosas, sino al de los animales. Y en el reino de los animales tiene su justo entronque en el género de los gusanos. Las letras, pues, en fin de cuentas son unos simples gusanos, como los ascáridos, como las lombrices, como los anélidos, como cualquiera de sus muchas familias. Sólo que unos gusanos inteligentes.

En todo hay categorías. Todo grupo de seres supone una sociedad aparte, y en la sociedad lo básico son las clases, las jerarquías. La sociedad, conforme a la ética del momento, esta compuesta de aristocracia, burguesía y pueblo. Tal ocurre con las cosas y con los animales, con los animales propiamente dichos, para diferenciarlos de los hombres. Mas es digno de notar que entre los gusanos la división no está caracterizada como entre los hombres y los caballos por diferencias de sangre. No es cuestión de estirpe. Es asunto de calidad mental, de idoneidad. El pueblo lo constituyen los gusanos que roen las raíces de las legumináceas, de las pequeñas plantas en general. La burguesía es más elevada: su plato son los cadáveres de los hombres, que ella devora nó tanto por delicia gastronómica, antes bien como alimento espiritual, como tónico del cerebro: los gusanos, con nuestros restos, absorben nuestra inteligencia. Porque, si no, ¿a dónde se va la inteligencia de los que mueren?

Es, pues, de los gusanos aristócratas, de los selectos, de la «élite» vermicular, de quienes hablaremos unicamente. Y conste que es por levantar, por contrarrestar una injusticia, por vindicarles ante las incautas gentes que no sólo les ignoran, sino, lo que es peor, les rebajan de condición creyéndoles signos convencionales, cosas. ¡Y qué triste destino el de estos pobres seres, que hasta el más vilordo albañil puede lanzarlos a la vida! ¿Quién no sabe por lo menos garrapatear las letras de su nombre? Así como a los atacados de enfermedades vergonzantes o incurables les está vedado en los países cultos el derecho de procreación, así debía legislarse la libertad de escribir, de manera que los imbéciles no pudieran dar a luz gusanos inteligentes, es decir, letras. ¡Eso sería humanitario! He ahí un proyecto que someto a la consideración del respetable Parlamento Argentino...

Los ojos son los espejos del alma, dice el refrán, y dice verdad. Las letras, particularmente, confirman la sentencia. Las letras, enemigas de la discreción, se presentan ante nuestra vista tales



EL JARDINERO DEL CEMENTERIO. — La señora es muy amable, pues me ayuda a regar las flores.

— ¿Qué tal te va en la escuela, Pepito?
— Muy bien... El novio de la maestra, a quien le llevo las cartas, nos pasea casi todas las mañanas...

ABCDEFGHIJKLMNOPQRSTUVWXYZ

cuales son en el fondo. Su forma, su aspecto exterior, descubre la calidad de sus sentimientos, de su alma. ¡Ojalá no más que no les vaya a dar el naipe por ataviarse, aunque ahora, por cierto, no están precisamente de moda los vestidos!

Hay las letras altivas, las letras generosas, las letras taciturnas, las letras avaras, las letras melómanas, las letras lánguidas, las letras agresivas, las letras vanidosas, las letras estúpidas, las letras necias, las letras delincuentes. Etcétera.

La A es la letra luchadora por excelencia, mártir de su rebeldía, combativa, valiente, irreductible. *Tiende a unir sus dos rayitas laterales, para convertirse* en una sola línea perpendicular, es decir rígida y altanera. Tal debió de haber sido al principio de la creación de las letras, pero en cuanto los hombres le descubrieron la obstinación le clavaron esa barra horizontal, que hace como si no la dejara cerrar las piernas. ¡Por eso la A ha quedado, aunque de mala voluntad y siempre soñando en su liberación, reducida a su papel de perniabierta!

La C es una letra antipática, por hipócrita y desleal. Es una letra misteriosa y callada. Tiene una sicología de caracol. Procura estarse siempre recogida, enroscada sobre sí misma. Es difícil conocer *sus intenciones.*

La D es el miembro más burgués de la familia. Tiene el espíritu de los panzones. Parece uno de esos señores enormemente gordos y dueños de una barriga descomunal, que caminan por las calles como llevados, como conducidos por sus barrigas, no por ellos mismos, cual unas barrigas que caminasen. Así es la D.

La G tiene sicología de prestamista. Debe ser el banquero de las demás. No puede disimular su avaricia. Antaño fué C, pero era tan frecuente su ademán de meterse el dinero al bolsillo, que el brazo se le ha desarrollado hasta *convertirse en un nuevo órgano.* Ese guión que hay sobre el cabo inferior de la C es el brazo acaparador. Se me antoja oirle decir «¡todo para mí!» ¡Letra abyecta!

La I es una letra boba. Reclama la reclusión en el sanatorio. Cuando niña: i, ¿qué es? Simplemente una niña que está jugando a formar bombas de jabón con una pajita cualquiera. El punto que aparece sobre ella es la bomba que se lleva el viento y que ella renueva siempre. El crecimiento la hace daño, pues al perder el punto comienza a buscarlo por el cielo, creyendo ¡gran ingenua! que lo va a encontrar.

La M, especialmente en la niñez, m, es una letra rastrera y asquerosa. Con sus tres patitas da la impresión de ser el ciempiés del alfabeto. ¡Yo la odio!

La O es una letra que aun no ha nacido, que no acaba de nacer nunca. La O es solamente un huevo, *y nadie sabe lo que él contiene.* Para que al fin conozcamos el ser que guarda en sus entrañas será preciso que la coloquemos en una incubadora, porque como perdió la madre, como probablemente se le cayó, le hace falta un poco de calor — ¿en qué grado? — para pimpollecer.

La S es la letra mentecata, la letra vanidosa y majadera. Le ha dado por creerse un cisne, y se pasea por el papel cual por un lago, oronda de su cuello largo y suave. ¡Habráse visto!

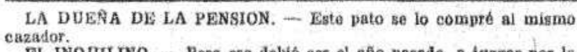
La T es una letra estoica, mística. Por quien sabe qué delito, los jueces la mandaron crucificar a perpetuidad, y ahí se está tranquila en el madero, *sin queja ni amargura.* ¡Es Jesucristo en persona!

La U es una letra musical, bullanguera, gritona. Las u gustan de estar siempre juntas. Esos alaridos que súbitamente oímos en la noche, resonantes en la lejanía inmensurable, son grupos de úes que se juntan en orgías orquestales. ¡Uúúúúúúúúúúúúú!

La Z es dipsómana por herencia y por particular idiosincrasia. Vive en completa borrachera. ¿Qué bebe? ¿Whisky, aguardiente, ajenjo? Lo ignoro. Pero ha de ser una bebida muy fuerte, porque siempre camina haciendo Z...

¿Y las otras letras? Ya hablaremos sobre *ellas* otro día. Es este un camino laberíntico y pedregoso, por el que no es fácil correr con velocidad. Lentamente vamos avanzando. Pero muy pronto, sin embargo, entregaremos al editor nuestro interesante libro «Breve Tratado sobre la Sicología del Alfabeto».





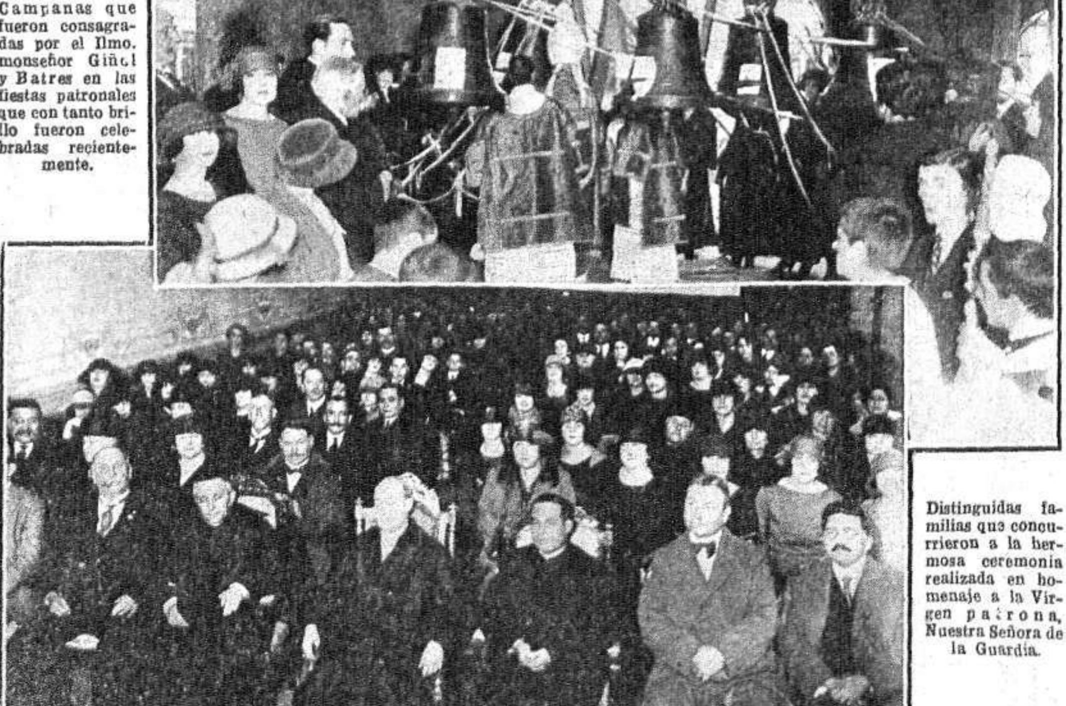
LA DUEÑA DE LA PENSION. — Este pato se lo compré al mismo cazador.

EL INQUILINO. — Pero eso debió ser el año pasado, a juzgar por lo mal que huele...



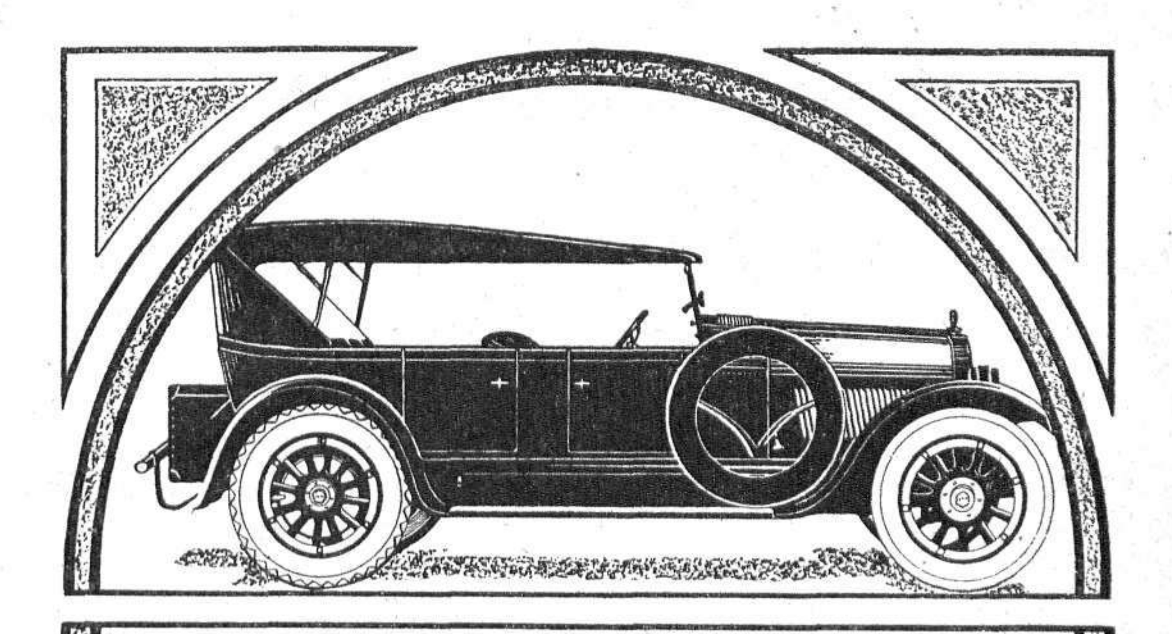
— ¿Beethoven músico conocido? ¡Usted me toma por tonto! ¿Acaso lo hemos oído cantar alguna vez?

De Bernal



Campanas que fueron consagradas por el Ilmo. monseñor Giñol y Batres en las fiestas patronales que con tanto brillo fueron celebradas recientemente.

Distinguidas familias que concurrieron a la hermosa ceremonia realizada en homenaje a la Virgen patrona, Nuestra Señora de la Guardia.



CASE

NO deje de visitar nuestro Salón de Exposición y Venta, donde estamos exhibiendo, entre otros, el tipo CASE SEIS SPORT ESPECIAL, denominado "JAY EYE SEE" y equipado con motor Continental, sello rojo, de 32 HP., batería Delco, magneto Bosch, carburador Zenit y neumáticos Goodyear Cord $32 \times 4 \frac{1}{2}$. Entre sus numerosos rasgos distintivos tiene cortinas con cristal, en lugar de mica, dos portagomas laterales, paragolpes, un cómodo baúl trasero, reflector giratorio colocado en el parabrisa, parasol en el mismo y calefacción interna.

Tendremos un verdadero placer en mostrar a usted estos y muchos otros detalles que hacen del CASE SEIS SPORT ESPECIAL, un coche de turismo y de lujo al mismo tiempo.

Tenemos algunas buenas localidades disponibles para agentes. Solicítenos detalles y condiciones.

J. I. CASE T. M. Co.

Paseo Colón esq. Belgrano - Buenos Aires

De San Martín



Niños que asistieron al hermoso acto a que dió lugar la inauguración de una sala para niños pobres en el hospital donada por el comité infantil "Dios con nosotros".

El intendente municipal, señor Marengo, y el director del hospital, doctor Gamba, rodeados por los miembros directivos del comité infantil antes citado, después de hacer entrega de la sala por ellos donada.

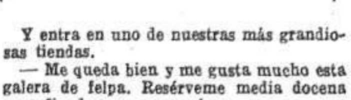


SARRASQUETA VA DE COMPRAS



Sarrasqueta, que tiene que proveerse de muchas cosas, aprovecha las grandes liquidaciones de fin de estación, donde todo lo dan tirado, para surtirse barato.





Y entra en uno de nuestras más grandiosas tiendas.

— Me queda bien y me gusta mucho esta galera de felpa. Resérveme media docena para fin de mes, que cobre.



— ¿Estos botines son de anca de potro?

— ¡Sí, pero más parecen de pata de caballo!

— Bueno. Guardémelos hasta que cobre a fin de mes, y me llevaré una docena.



— Creo que dándole un par de vueltas a la boca del pantalón quedará bien. Arréglemelo y que esté para fin de mes, que ya habré cobrado.



— ¿Y este salame es legítimo de Milán o del país?

Apárteme veinte centavos y envíemelo a domicilio después de fin de mes, que tendré plata fresca.



— Esta hamaca, aunque no es de movimiento continuo, me gusta por el precio. Mándela a casa y presente la cuenta después de fin de mes, que son mis días de pago.



— Si me da barato este aparato para la higiene del hogar puede guardarme una gruesa de ellos y mandarlos a casa a fin de mes, y se los abonaré.



— Este pulverizador no funciona bien, pero puede mandármelo a fin de mes acompañado de una tonelada de jabón de coco, y se lo pagaré.



— Y este cepillo me lo llevo porque me corresponde como obsequio por los mil pesos que pienso gastar a fin de mes.

DIBUJOS DE REDONDO



CORRIENTES 1172-80
BUENOS AIRES

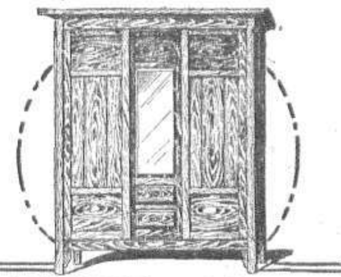
Grandes descuentos hasta el 30 de Septiembre.

La demolición y reedificación de nuestros locales de venta, nos obliga a reducir nuestro stock de MUEBLES, por cuyo motivo ofrecemos al público fuertes descuentos sobre los precios indicados en nuestro catálogo general.

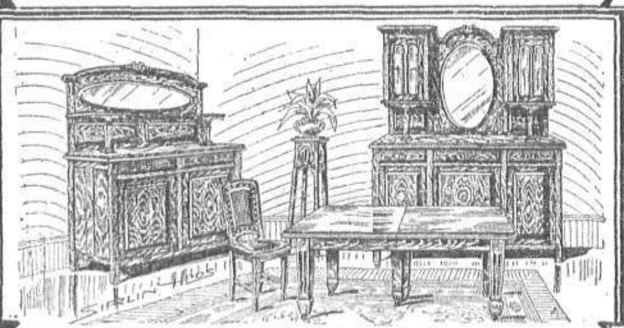
Para el interior embalaje y acarreo gratis



DORMITORIO construído en roble norteamericano, amplio formato de 3 cuerpos, cuerpo central entrante. Compuesto de: 1 ropero, 1 *toilette* forma cómoda, 2 mesas de luz con repisa, 1 cama 2 plazas con elástico reforz.; lunas Saint Gobain biseladas, aplicaciones y herrajes de bronce cincelados, mármoles de color selecc. El juego completo $ **465.-**

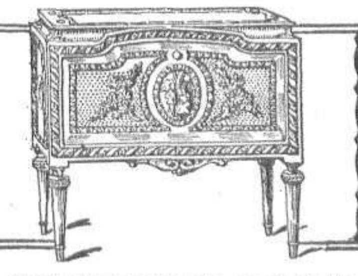


GUARDARROPA construído en nogalina maciza, imitación roble, lustre y acabado perfecto, puertas corredizas sobre rieles, herrajes de bronce; medidas: alto 215 ctms., ancho 143 ctms.
Precio de gran Reclame......$ **85.-**
El mismo, sin cajones..........$ 75.—

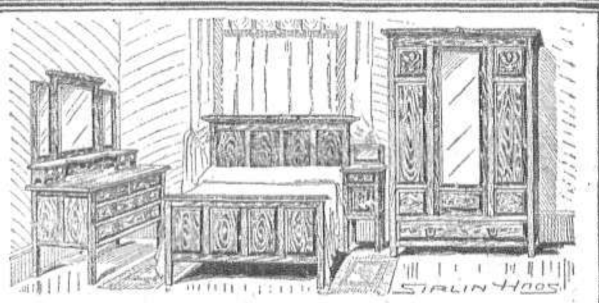


JUEGO DE COMEDOR, modelo 1177, construído en roble norteamericano con espejos y cristales biselados, mármoles rosados, herrajes y aplicaciones de bronce. Compuesto de: 1 aparador, 1 trinchante, 6 sillas tapizadas en cuero búfalo y 1 mesa con tabla de agregar. El juego completo.............................$

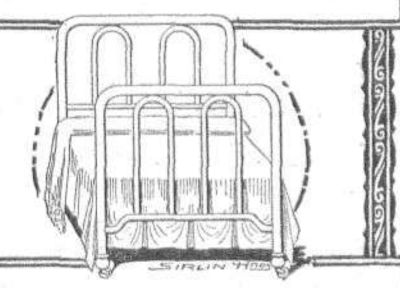

500.-



MUSIQUERO de fantasía, dorado «París», con artístico «Panneaux», adornos tallados bajo relieve, amplio formato..................$ **140.-**



DORMITORIO construído en roble norteamericano, macizo, compuesto de: 1 ropero matrimonial, luna biselada, 1 lavatorio forma cómoda con tocador de 3 lunas, 1 cama de 2 plazas con elástico patente, 1 mesa de luz con espejo, herrajes y aplicaciones de bronce, acabado perfecto, lustre claro u obscuro. Completo..$ **265.-**



CAMA DE HIERRO esmaltada en blanco, con elástico imperial reforzado a doble tejido, toda en hierro; 2 plazas, pesos 45.—; 1 1/2 plazas, $ 35.—; 1 plaza $..................... **25.-**

CATALOGOS
- General de MUEBLES edi- Nº 9
- CAMAS de BRONCE " " Nº 2
- CAMAS de HIERRO esmalt Nº 1

Solicite catálogo del artículo que le interese



SOCIALMENTE EL

Oporto DOM LUIZ

es un vínculo de afectuosa solidaridad.

Saborear entre amigos una copa de este añejo vino generoso, constituye una de las más gratas expansiones.

Es el preferido de las personas delicadas de salud en mérito a que se destaca por su delicado perfume, su color brillante y la intensidad de su fino sabor.

Oporto DOM LUIZ

es el que ofrece mayor suma de alta calidad en relación a su precio.

BUENOS AIRES, 15 DE SEPTIEMBRE DE 1923

AÑO XXVI

CARAS Y CARETAS

N.° 1302

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



BAILE DE LA COLECTIVIDAD INGLESA

FIESTA A BENEFICIO DEL HOSPITAL BRITÁNICO

Bonito aspecto tomado durante un descanso en la lucida reunión que con tan loable fin se celebró en el Prince George's Hall, y a la que asistieron distinguidas familias angloporteñas. La nota social, que fué en extremo brillante, se caracterizó por sus rasgos de cultura y buen tono, alcanzando excelentes resultados pecuniarios.

FOTO DE BELL

Dr. Sebastián Recasens



Sabio tocólogo, decano de la Facultad de Medicina de Madrid y médico de la Real Cámara, que está dando notables conferencias en nuestros principales centros científicos.

En la Legación de los Paises Bajos



El ministro de Relaciones Exteriores, doctor Gallardo; el representante de Holanda, señor J. Barendrecht, y su señora, diplomáticos y destacadas familias de la colonia holandesa y de la sociedad porteña que fueron invitadas a la recepción ofrecida con motivo del 25.º aniversario de la coronación de la reina Guillermina.

En la Exposición Nacional de Ganadería



El Presidente de la República haciendo entrega de los premios a los expositores que resultaron triunfantes, rodeado del gobernador de Buenos Aires y de otros personajes, momentos antes de presidir el "banquete de los campeones".



El gran campeón de raza Shorthorn exhibido frente al palco presidencial, que alcanzó el precio de 50.000 pesos m n. en el remate público verificado ante numerosos espectadores.



El señor Cantilo, el presidente de la Sociedad Rural Argentina, ingeniero Pagés, miembros pertenecientes al jurado y delegados uruguayos que fueron comensales en el banquete ofrecido por dicha institución a los ganadores de los premios "campeón" y "conjunto".

Demostración al presbítero B. Barbarrosa



Monseñores Duprat y Andrea, sacerdotes y caballeros que concurrieron al homenaje dispensado al P. Barbarrosa, teniente cura de la basílica del Socorro, a quien el presidente de la comisión organizadora, doctor Cullen, ofreció una medalla de oro y un pergamino conmemorando su 25.º aniversario sacerdotal.

Biblioteca María Antonieta Arce



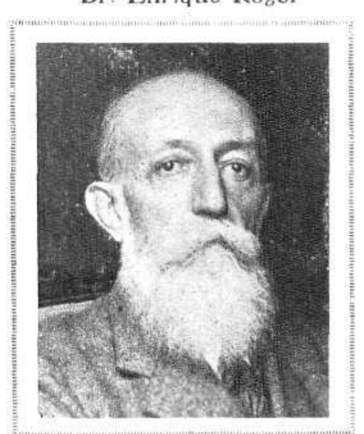
El doctor Carlos Alberto Castaño leyendo su discurso de entrega de la biblioteca donada al Hospital de Clínicas por su director, el doctor José Arce, en recordación de su malograda hija; sentida ceremonia que se efectuó en presencia de los facultativos del establecimiento y otras muchas personas.

DE LA SEMANA

Banquete de confraternidad brasileño-argentina

Caracterizado grupo de caballeros brasileños y conocidos políticos y diplomáticos argentinos que fraternizaron durante una comida íntima ofrecida por los primeros con ocasión del 101.° aniversario de la independencia de la república hermana.

Dr. Enrique Roger



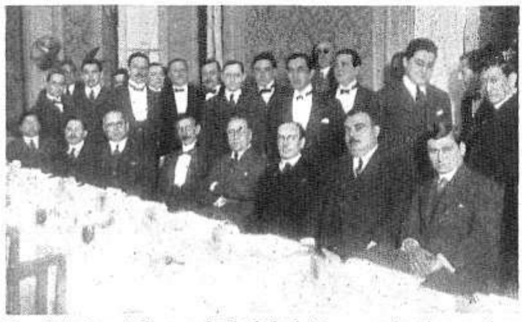
Ilustre profesor, decano de la Facultad de Ciencias de París, cuyas conferencias han atraído la atención de nuestros profesionales.

En honor de Benito Quinquela Martín



Amigos, compañeros y admiradores del excelente marinista argentino que le ofrecieron un cordial banquete para celebrar los triunfos artísticos obtenidos en Madrid con la exposición de sus cuadros.

En obsequio del gobernador de Tucumán



Don Octaviano S. Vera, rodeado de legisladores nacionales y amigos que le obsequiaron con un banquete a su llegada a esta capital en viaje relacionado con los intereses de la provincia que gobierna.

Asociación Española de Socorros Mutuos



El ministro de relaciones Exteriores, el embajador y el cónsul general de España y otras personas, a la salida de la tradicional función religiosa celebrada en la Catedral para conmemorar el 66.° aniversario de la fundación de esa entidad.

Comida periodística



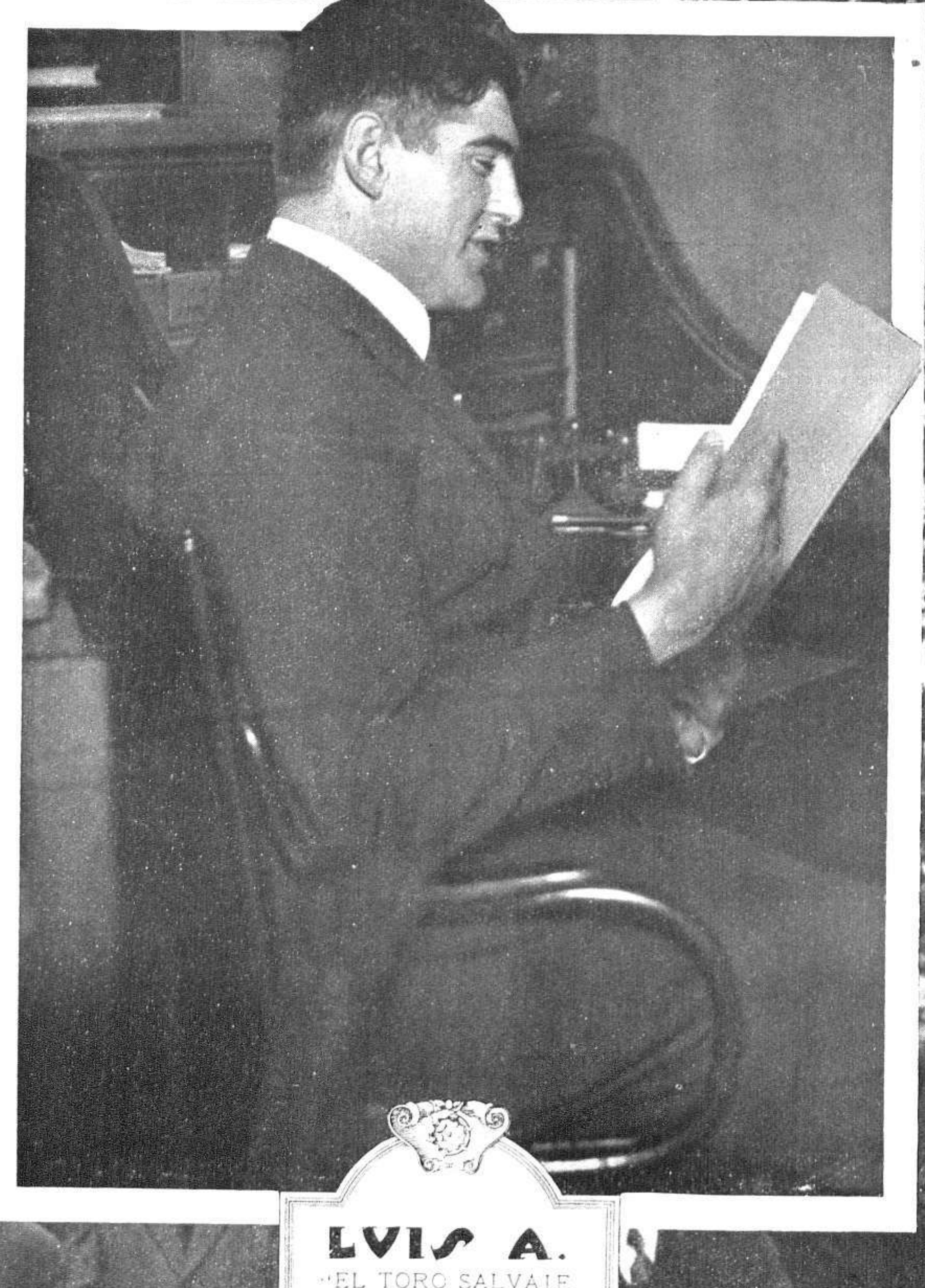
Personal de la redacción y administración del periódico "La Palabra", que se reunieron en un ágape de compañerismo para festejar el primer aniversario de su publicación.

Visita escolar a "Caras y Caretas"



La directora de la "Escuela República Dominicana", señorita María A. Laplane, y la profesora, señorita Mary Rocha, con las alumnas que visitaron los talleres gráficos de nuestra revista.

FOTOS DE ARROYO, BELL Y VARGAS.

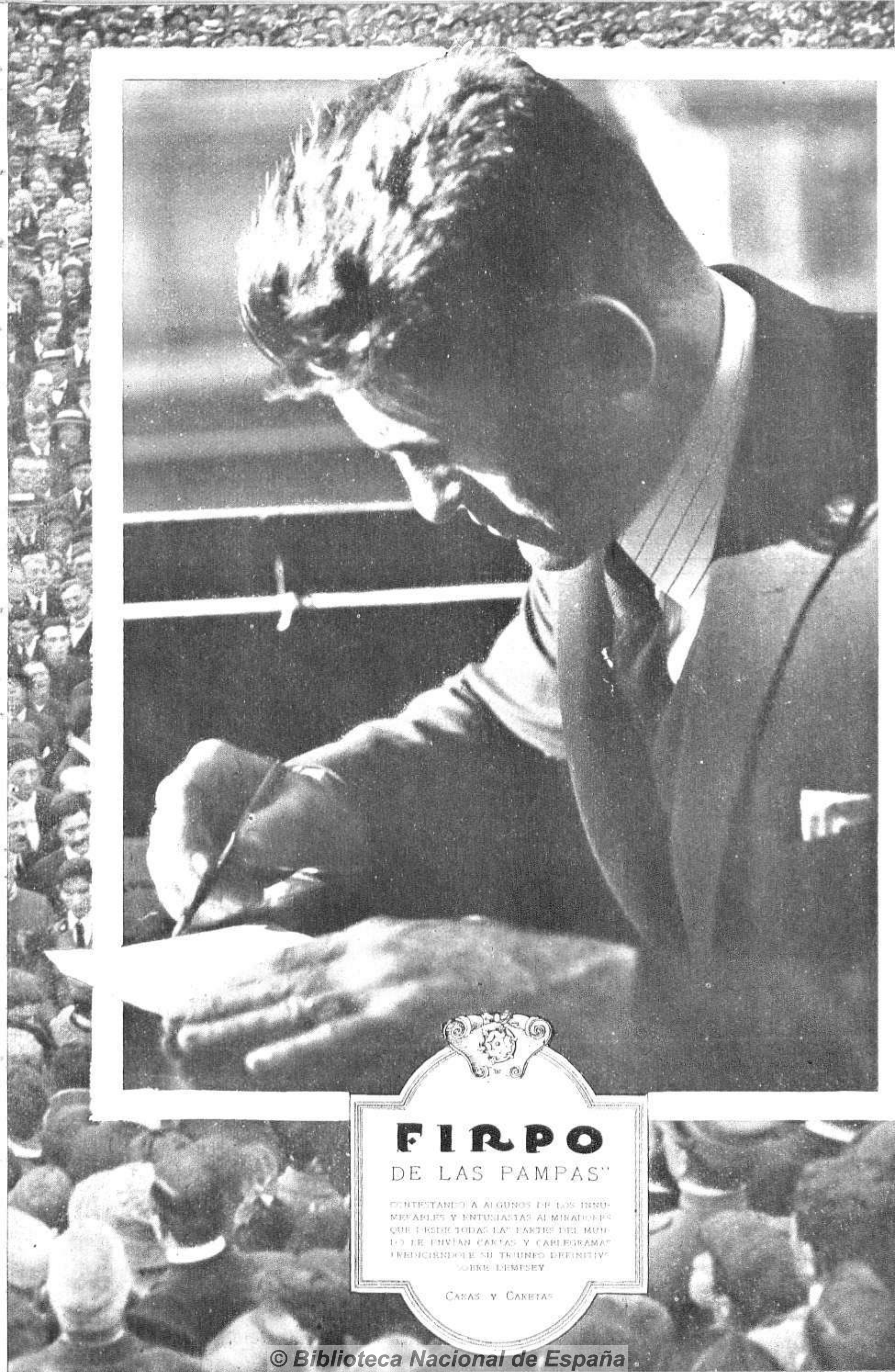


LUIS A.

"EL TORO SALVAJE"

LEYENDO Y COMENTANDO CON [illegible] CONDESCENDIENTE LOS EPÍGRAFES DE ALGUNAS INTENCIONADAS CARICATURAS PUBLICADAS EN LOS PRINCIPALES [illegible] Y REVISTAS NORTEAMERICANAS.

FOTOS ESPECIALES PARA [illegible]

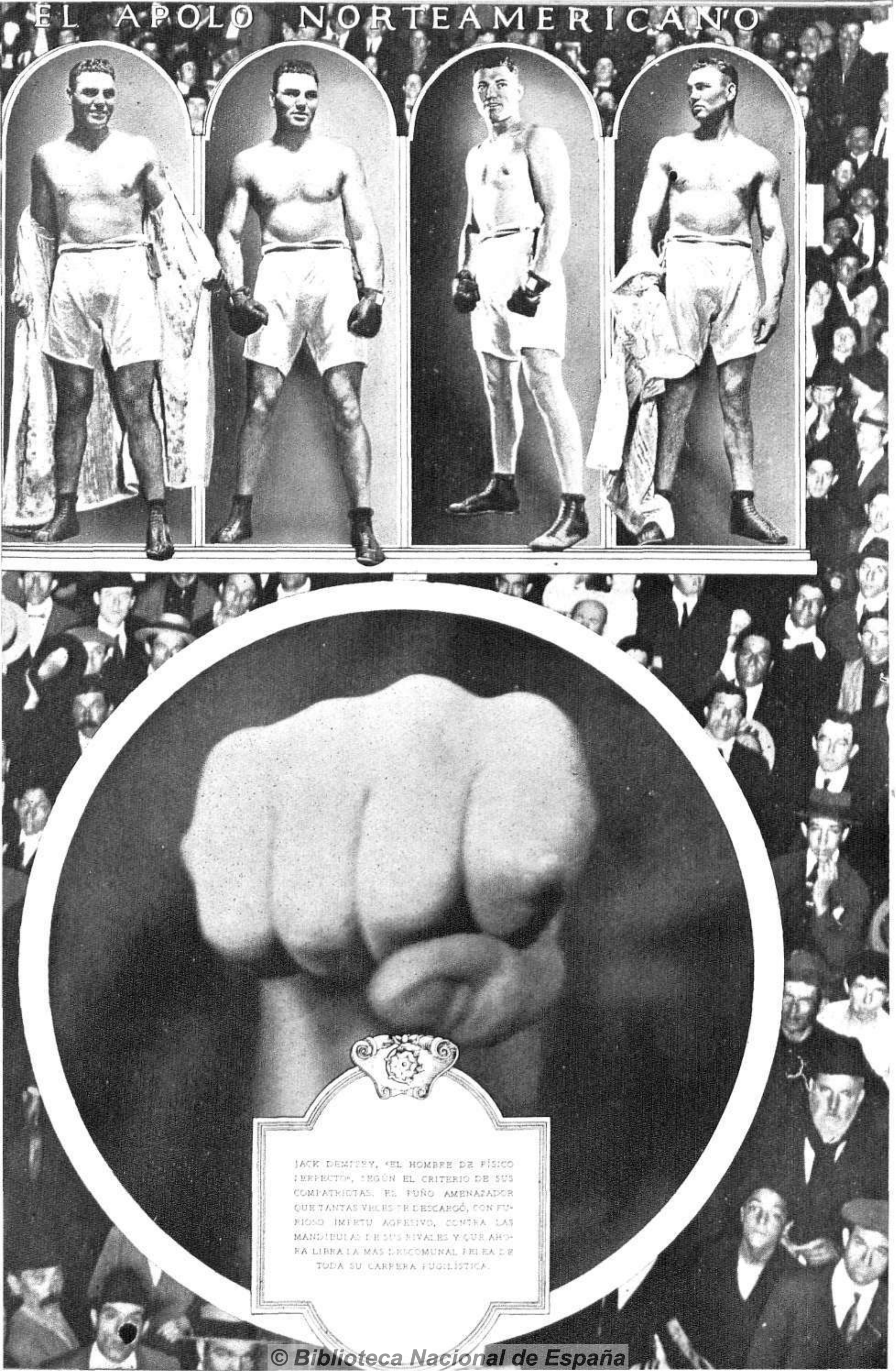


FIRPO
"DE LAS PAMPAS"

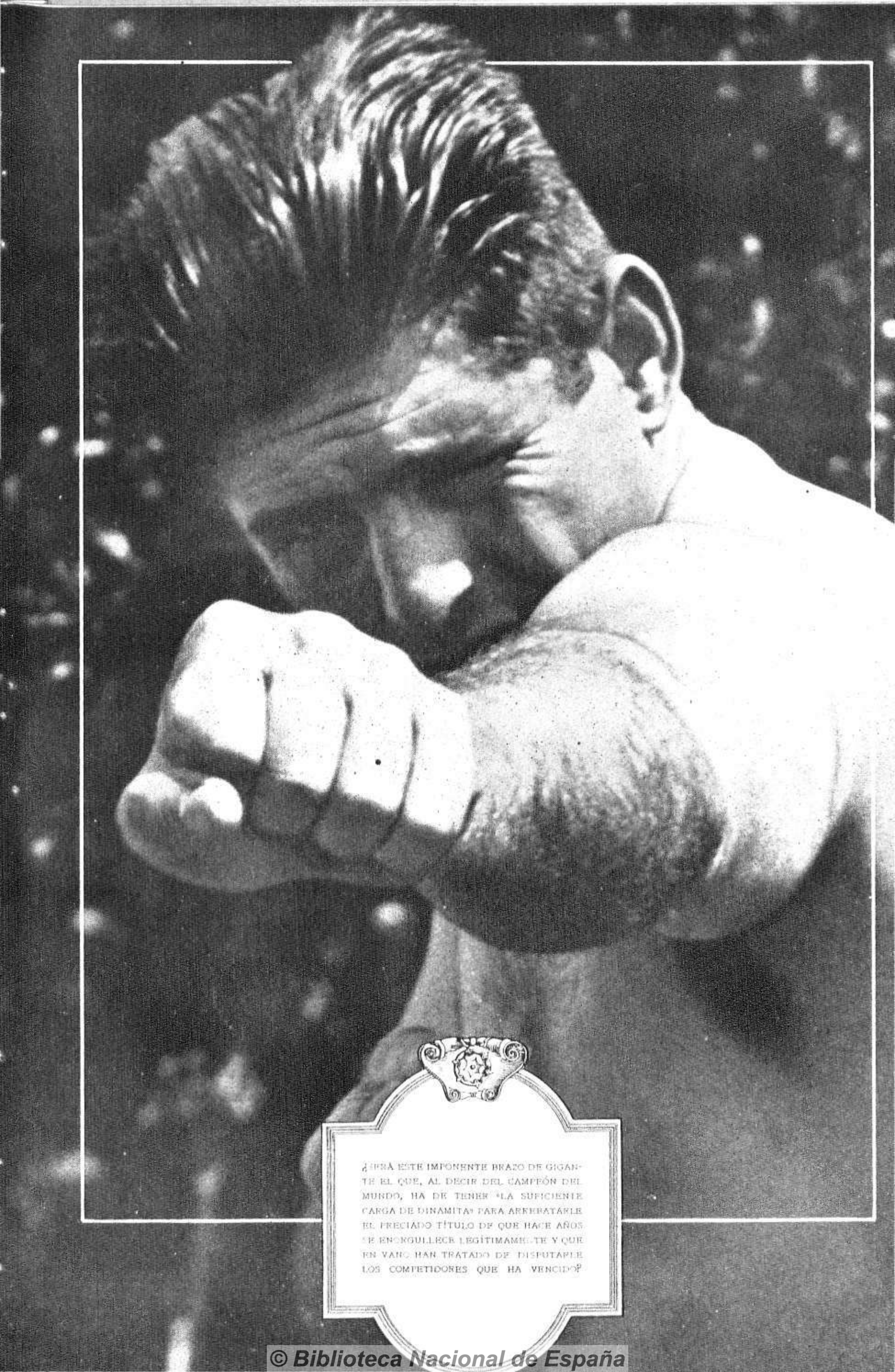
CONTESTANDO A ALGUNOS DE LOS INNUMERABLES Y ENTUSIASTAS ADMIRADORES QUE DESDE TODAS LAS PARTES DEL MUNDO LE ENVÍAN CARTAS Y CABLEGRAMAS PREDICIÉNDOLE SU TRIUNFO DEFINITIVO SOBRE DEMPSEY

CARAS Y CARETAS

EL APOLO NORTEAMERICANO



JACK DEMPSEY, «EL HOMBRE DE FÍSICO PERFECTO», SEGÚN EL CRITERIO DE SUS COMPATRIOTAS. EL PUÑO AMENAZADOR QUE TANTAS VECES SE DESCARGÓ, CON FURIOSO IMPETU AGRESIVO, CONTRA LAS MANDIBULAS DE SUS RIVALES Y QUE AHORA LIBRA LA MAS DESCOMUNAL PELEA DE TODA SU CARRERA PUGILÍSTICA.



¿SERÁ ESTE IMPONENTE BRAZO DE GIGANTE EL QUE, AL DECIR DEL CAMPEÓN DEL MUNDO, HA DE TENER «LA SUFICIENTE CARGA DE DINAMITA» PARA ARREBATARLE EL PRECIADO TÍTULO DE QUE HACE AÑOS SE ENORGULLECE LEGÍTIMAMENTE Y QUE EN VANO HAN TRATADO DE DISPUTARLE LOS COMPETIDORES QUE HA VENCIDO?

LAS ULTIMAS PRESENTACIONES DE LOS JUGADORES ITALIANOS

Partidos jugados en Montevideo y en la cancha del Club Sportivo Barracas



El primer magistrado, el ministro de Italia, el ministro de Guerra, el presidente de la Asociación Argentina de Football y otras conocidas personas presenciando, desde la tribuna oficial, el reñido partido disputado entre los jugadores del Genoa Club y el team argentino, siendo el resultado final de un goal por cada bando. El enorme público que acudió al campo deportivo demostró a los caballerosos jugadores genoveses, con sus aclamaciones, la intensa simpatía que supieron despertar durante su corta estada entre nosotros.







Tres movidas escenas del match, cuyo desarrollo entusiasmó a la concurrencia por los interesantes incidentes que se sucedieron durante el curso del mismo.

Montevideo



De Prat, el goalkeeper genovés, abandonando el arco para atajar un «shot» de Romano, quien se distinguió notablemente.



El presidente de la República, ingeniero José Serrato, el presidente del Consejo de Estado y el ministro de Italia, siguiendo atentamente las in[illegible]



Un momento de verdadero apremio frente a la valla defendida por el Genoa Club, poco antes de producirse el primer goal uruguayo.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

AGUSTÍN P. JUSTO

NUEVO GENERAL DEL EJÉRCITO ARGENTINO

POR SIRIO.

MILITAR en el más amplio sentido de la frase, el general Justo, cuyo ascenso reciente fué votado por unanimidad en el Senado Nacional, ha desempeñado delicados cargos en el ejército. Su obra al frente de la Escuela de Tiro y en el Colegio Militar, por no citar sino las más salientes, fué de innegable beneficio para ambos institutos, y en el cargo que actualmente desempeña, de ministro de Guerra, espérase de su energía, competencia y ecuanimidad una acción de positivos resultados.



ELEGANTE «TOILETTE» PRIMAVERAL CON ORIGINALES BORDADOS, LUCIDA EN AUTEUIL.



NUEVO ESTILO DE FALDA AGUADA CON ADORNOS EN LOS BAJOS Y SIN MANGAS.



UNA DE LAS ÚLTIMAS Y MÁS ATRACTIVAS CREACIONES DE LA MODA LANZADA EN LONGCHAMP.



VESTIDO FLOREADO PROFUSAMENTE Y DE LLAMATIVA CONFECCIÓN SUELTA Y ELEGANTE.



HOMBRES CÉLEBRES



El doctor Guillermo Rawson, a quien tú, niño, conoces por su fama, nació en San Juan el día 25 de junio de 1821. Su padre, Amán Rawson, era un distinguido médico militar norteamericano que llegó a Chile y de allí trasladóse a Mendoza y luego a San Juan. En lugar de hacer dinero y llevárselo a su país, Rawson se acriolló inmediatamente, casándose con la señorita sanjuanina María Jacinta Rojo.

Guillermito desde pequeño demostró ser un criollazo. Había heredado el carácter firme de su padre y la bondad materna. Fué un buen alumno y un excelente hijo.

A los diez y seis años, es decir, en 1837, hizo el largo y trabajoso viaje de San Juan a esta ciudad. Venía recomendado al doctor Diego Alcorta, uno de los talentos más famosos de aquella época. Estudió en el colegio de los padres jesuítas.

Esto sucedía en los tiempos de Rozas, a quien unos llaman tirano cruel y a quien otros defienden y



alaban. Rozas expulsó a los jesuitas, y Rawson tuvo que seguir los estudios en otro colegio. Terminado el preparatorio, ingresó en la facultad de medicina.

Rawson fué un estudiante de primer orden, que tenía tanto talento como carácter. Estudiaba y practicaba sin descanso. Hasta sus profesores le auguraron que dejaría huellas imborrables en la historia de la ciencia médica argentina.

Después de doctorarse brillantemente abandonó la metrópoli estableciéndose en su ciudad natal. Bien pronto se hizo famoso entre sus conciudadanos como médico notable. Pero en aquella época había un ser aquejado de enfermedad gravísima. Era la patria argentina, a quien una anarquía cruel amenazaba matar. El doctor Rawson, como muchos patriotas, tuvo que dedicarse a la política. Fué elegido diputado para la legislatura provincial.

Benavídez, que gobernaba allí en nombre de Rozas, exigió de los diputados votasen al tirano jefe supremo con facultades extraordinarias. Los espías del gobernador le advirtieron que Rawson iba a oponerse a la tiránica orden. Entonces sitió la cámara amenazando de este modo a los legisladores.

Rawson propuso, y así se hizo, que la legislatura se reuniese en la catedral. El discurso fogoso que pronunció contra Rozas y Benavídez es un modelo de energía y de bravura. El gobernador, irritado contra los legisladores que se negaban a reconocer poderes tiránicos, encarceló a Rawson y otros patriotas.

Cuando recobró la libertad fué el más decidido enemigo del tirano, cooperando a su caída desde la tribuna oratoria y desde el periódico que fundó con otros compañeros.

Para probar que Rawson era enemigo de todo poder que tuviese caracteres despóticos, combatió a Urquiza en el Congreso del Paraná.

Luego combatió por la unidad nacional desde la banca que ocupara en la capital de la Confederación.

Nombrado senador nacional por San Juan, dejó el cargo para aceptar el ministerio del Interior, puesto de confianza que el presidente don Bartolomé Mitre le concediera.

También fué un modelo de ministros laboriosos y emprendedores. A él se deben las primeras obras ferroviarias argentinas, la creación del Departamento de Agricultura, del Banco Nacional y otras mejoras importantes. Además luchó siempre por la justicia y la ley. Los revoltosos encontraron en la palabra y en los órdenes de Rawson un obstáculo infranqueable.



Terminada la presidencia Mitre, Rawson ejerció la carrera; pero al poco tiempo tuvo que volver a la política como diputado y senador. En la alta Cámara discutió con el gran Sarmiento. Los discursos que ambos pronunciaron entonces son maravillosos. Era Rawson un digno contrincante de don Domingo.

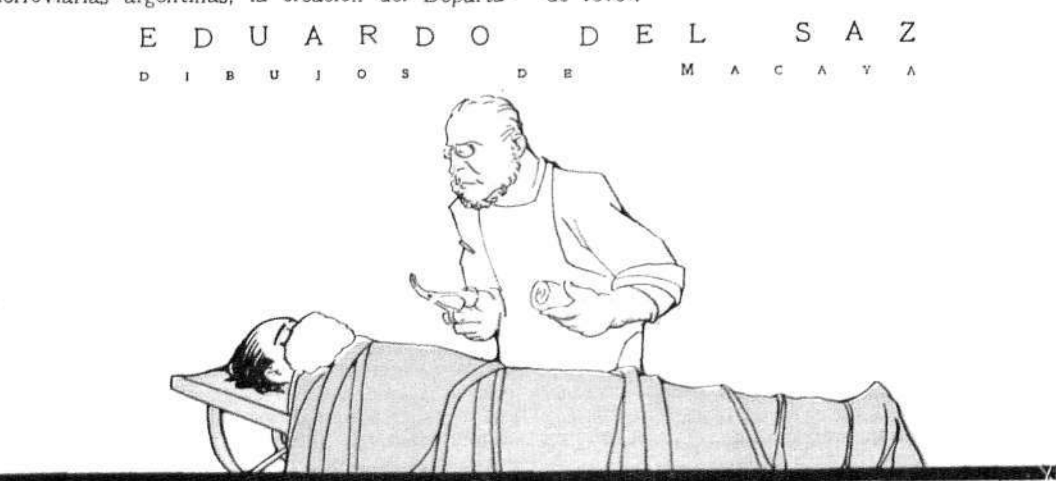
Nombrado para dictar la cátedra de Higiene que él fundó, distinguióse por sus hermosos estudios sobre hogares obreros, higiene internacional, demografía y lecciones de higiene pública. El echó las bases de la higienización de esta ciudad y de las otras ciudades argentinas..

Era un sabio médico y un filántropo valeroso, como lo demostrara durante la epidemia de fiebre amarilla de 1871 y representando a la Argentina en los congresos médicos de La Haya, Biarritz, Filadelfia y Copenhague.

El doctor Herrera Vegas nos lo pinta con estas justas palabras: «Y era tal en su aspecto exterior que revelaba los rasgos de un carácter viril. Alto, fuerte, cargado de hombros, dejaba ver una cabeza de león con una frente saliente y despejada, cabello poco abundante, ojos pequeños ocultos por anteojos cuyos vidrios espesos correjían su miopía, labio superior muy largo, bigote afeitado, barba en herradura, correcto en el vestir, de porte simpático y marcha majestuosa; tal era el tipo físico del hombre... Sus últimos años fueron tristes. Enfermo y con los achaques propios de la edad, vivía muy humildemente, pero con altivez, en medio de su pobreza, al amparo de una ley que le aseguraba la subsistencia. Atacado por cruel enfermedad, se despide de sus alumnos con el adiós más elocuente y patético que uno puede imaginarse y parte rumbo a Europa. A poco de llegar sufre cruenta operación, y, ya sea por efecto de la anestesia o por complicaciones inherentes a su edad, entrega su alma a Dios, en la ciudad Luz (París), el 29 de enero de 1890».

EDUARDO DEL SAZ

DIBUJOS DE MACAYA

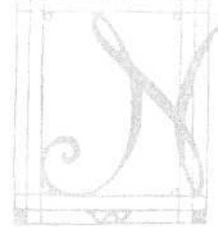


EL ARRESTO DEL CULPABLE

por

FRANCIS CARCO

ERE.



o era en ese crimen de la calle de Racine, imbécil y sin objeto, en lo que Jorge pensaba, sino en el abominable parecido que inmediatamente habíase impuesto en su espíritu entre la vieja mujer en cuya muerte hallábase complicado y su madre, burguesa apacible de la que recordaba la dulce y límpida mirada, la boca plena de bondad y su frente ornada por las crenchas canosas... No deseo a nadie un retorno al dominio de sus propias facultades si él le ha de sobrevenir como a Jorge en aquella gris y fría mañana de invierno, en su cuarto de estudiante y ante unos cuantos centenares de francos, mísero producto de tan triste hazaña. Y, no obstante, Jorge no era un mal muchacho. Le conocí en la taberna de Miguel, donde jugaba, con otros estudiantes, unas partidas de naipes que indefectiblemente terminaban en descomunales disputas.

Aquella mañana, cuando penetró en su habitación, vecina a la mía, bien que le escuché. El día brillaba ya por entre los intersticios de las persianas. Hora sonora de los tranvías primeros y de los traperos de voz enronquecida. Hora del jugador que se recoge, de la gente de mala vida, de los infelices despertados por el frío sobre un banco, de los poetas y de los rateros. Escuché a Jorge que iba y venía por la estancia, le oí también cuando se acostó. Luego, por la tarde, fué necesario golpear con rudeza la puerta para entregarle un telegrama que leyó con aire de idiota y en el cual le comunicaban el fallecimiento de su madre.

Nada invento en este relato. Por telegrama, Jorge anunció a su padre, radicado en provincias, la hora de su llegada. Alcanzó a ver a su madre tendida sobre el mismo lecho en que él había venido al mundo. Vió a su padre, a sus dos hermanos, a su hermanita trajeados de luto. Aquello produjole un profundo horror. Sólo lloró un poco. ¿Por qué no se podía desahogar? Jorge contemplaba a su madre: entre ambas manos piadosamente cruzadas estrechaba aquel crucifijo ante el cual tantas veces la sorprendiera arrodillada. Después encontró Jorge muchos otros recuerdos. Sus hermanos, cuando a ellos se aproximaba, le abrazaban llenos de dolor y desconsuelo. Su pena, no obstante, no era la de ellos. Unicamente, de vez en cuando, un sollozo oprimía la garganta de Jorge, que era el mayor de la familia; pero sufría mil veces más ante la obsesión de aquel parecido fatal, ante aquella imagen que comenzaba a perseguirle implacablemente. Al cabo, como siempre ocurre, comenzó a habituarse; pero sin lograr abandonarse a aquel dolor cuyo terrible aguijón acicateábale tan violentamente que, para no traicionarse, inmensos sacrificios tenía que realizar.

En lo que duró el trayecto hasta su pueblo y en aquellas horas espantosas que tuvo la paciencia de soportar una a una antes de la salida del tren, Jorge, entre dos vecinos de café, luego en el vagón, abismóse en la lectura de los diarios de la tarde. Todos hablaban del crimen. ¡De su crimen! ¡Qué extraño sentimiento produjole entonces la idea de su impunidad! Jorge respiró. Díjose, entonces, que había pasado lo más duro y que la policía no le inquietaría más. La impresión de que se hallaba libre, de que no le arrestarían en el curso del viaje, infundióle una nueva seguridad. Mentalmente evocó la escena del crimen que había realizado. ¿Cómo omitir un solo detalle? Y mientras, entre los suyos, experimentaba la sensación de ser extraño a su dolor, aquél que le anonadaba y enloquecía nutríase insaciablemente con los menores actos realizados, en la calle de Racine, en la casa vieja cuyo implacable recuerdo le atormentaba.

Jorge debió aguardar hasta el día siguiente por la tarde la llegada de los diarios de París para poseer, en medio de las inverosímiles suposiciones que en ellos se hacían, una nueva certeza no desligada, por cierto, de los consiguientes sobresaltos. Mas se dominó. El traje negro que le hizo el modesto sastre del pueblo, siguiendo medidas de años anteriores, le quedó mal. Le abandonó con la angustia supersticiosa de que sin él le sería más difícil esquivar las sospechas... Pero, con todo, ¿qué es lo que temía? ¿Donde se hallaba, en aquella casa fúnebre y tranquila, no se sentía, acaso, en el lugar

más seguro e inviolable? Este pensamiento le apesadumbró. Hay que confesarlo. Jorge había llegado a tener la certidumbre de que la muerte de su madre le purificaría de su crimen y aquello le produjo un absoluto desprecio de sí mismo. Pero pocas son las fuerzas que puede tener ese sentimiento cuando se halla ante la ferocidad del instinto de conservación... Se rehizo. Durante la noche realizó algo así como un balance de los peligros corridos y las ventajas que le restaban en su favor. Las segundas le infundieron ánimos. Por consiguiente, en los días sucesivos no vivió sino para aguardar los periódicos que leía con avidez, de cabo a rabo, maquinalmente, sin pensar en nada. El sepelio de su madre, que tuvo lugar al día siguiente de su arribo; la casa vacía y como fría por la falta del calor de la que se había marchado; el aire abstraído de su padre y de los hermanos no le conmovieron mayormente. Si prestaba su atención a las personas u objetos que le rodeaban era sólo para oponer entre ellos y él su muda actitud y aquella frialdad que, día a día, invadía su espíritu.

Entonces aconteció que, después de una semana, Jorge experimentó como un desahogo, estalló en lágrimas en la soledad de su alcoba y, para aplacar su inmensa desdicha, somormujóse en el dolor de los suyos. Lloró. Retornó a ser Jorge, es decir, un muchacho que había perdido a su madre y que tenía gran necesidad de ella para confesarle su crimen y demandarle la absolución. Pasaron algunos días. Días y noches con los diarios de la mañana o de la tarde. Jorge sentíase revivir. Acompañaba a su padre en los paseos por el jardín o discurría solo, a lo largo de las alamedas, con la cabeza descubierta pese al frío reinante. Era aquel un jardín provinciano, bordeado por pequeños árboles; un jardín triste y vago, vulgar; y el olor de la tierra era ese pronunciado olor que no se puede olvidar más cuando se ha enterrado a un muerto en el cementerio.

— ¿Cuándo regresarás, Jorge? — le dijo el padre una tarde. — No puedes permanecer aquí como no sea con perjuicio de tus estudios.

— ¡Oh! ¡Padre, padre!

Jorge no hubiera querido abandonar su hogar. Temía irse, abandonar aquella casa, separarse de los suyos y de tantos recuerdos. Una especie de terror instintivo le apartaba de París como si en la capital no hubiera existido más que una calle — ¡bien que la conocía! — por la que iría a rondar durante la noche para perderse cuanto antes. Fué preciso por lo tanto que Jorge fijara el día de su regreso. Así lo hizo. La vieja Matilde preparó el equipaje y Jorge comprendió que aquel día, por última vez, abrazaría a aquellos seres inocentes de toda la vergüenza y el oprobio que sobre sus cabezas había arrojado.

Llegó la fecha, la tarde de la separación. Eran las siete y Jorge, que no podía comer, hallábase sentado ante la mesa donde, malgrado ocupar su lugar, quedaba aún otro vacío. Todos sentían aquella separación, pero no hablaban, y los ruidos de la vajilla llenaban la atmósfera en una forma fría y maquinal.

— ¡Señor Jorge! — dijo de pronto Matilde. — Un caballero pregunta por usted...

— ¿Un caballero?

No fué sino mucho después, transcurrido mucho tiempo, cuando Jorge recordó y aquilató la discreción con que aquel visitante habíase introducido en su casa. Jorge, vacilante, salió tras de la criada.

— Buenas tardes — dijo el hombre.

— ¡Ah! — murmuró Jorge, reconociéndole. — Usted tiene algo para mí...

— Es preciso que salga usted de aquí, señor Jorge — respondió el policía. — ¿Usted me comprende?... Dos días hace que ha llegado un delegado de la Prefectura de París... ¡Naturalmente! Después de la desgracia de su señor padre, ¿verdad?, no hemos querido... Se ha hecho todo lo que se ha podido para tratar de evitar esto... Pero ese señor no puede aguardar más... De manera que...

— Bien... Enterado... — articuló Jorge, haciendo lo posible para dar a su voz una entonación natural. — Puede decir a ese señor... — hizo un gran esfuerzo sobre sí mismo — que... yo... yo... ¿no es así?... esta noche... a las nueve y doce estaré en el tren... Sí... A las nueve y doce... En el rápido para París...

Y Jorge se pasó la mano por la frente como apartando de ella algo fatídico, y todos, desde el comedor donde le aguardaban, escucharon el ruido de su caída en el vestíbulo y el grito que lanzó llamándoles deshecho en lágrimas.



TRADUCCIÓN DE E. M. S. DANERO

DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA



XANTHIS O LA VITRINA SENTIMENTAL

... Et in pulverem reverteris.
(*Gen.*, III, 19.)

La nodriza. — ¿En qué piensas pues, niño mío?
(EURÍPIDES, *Fedra*, esc. II.)

CADA vez que me he parado a mirar las estanterías o las vitrinas, esos pequeños asilos de madera preciosa y de cristal, donde se evaporan perfumes añejos, donde flota un enternecedor polvo de otro tiempo, donde el alma noble y melancólica del lujo vibra en un silencio de pensamiento, he creído siempre que una vida particular debía alentar al abrigo de las grandes cortinas profundas, lejos de las promiscuidades y futilezas de lo real. Allí, efectivamente, se encuentran reunidos, en sujestivo conjunto, todos los elementos de una vida esencial, y me ha parecido que serían, en verdad, maravillosos Campos Elíseos para las almas delicadas, libres al fin de lo útil y definitivamente reintegradas en lo superfluo.

Este género de solicitud me ha valido las más interesantes relaciones, y, entre otras, las que mantengo con una vieja tabaquera de plata en que se ve, cincelado a lo largo, el triunfo de Alejandro el Grande sobre Porus, rey de las Indias. Pues bien; en una de estas últimas noches, en la intimidad de un intenso crepúsculo, esta amable abuela me ha contado una historia tan conmovedora, tan dramática y de tan edificante moralidad que no resisto al deseo de transcribirla aquí para los que, complacientes con el ensueño, no tengan inconveniente en creer que haya sucedido.

Había, pues, en una vitrina del tiempo de Luis XV una estatuita de Tanagra, impecablemente bonita. Sus cabellos rubios coronábanse de violetas; en las orejas tenía anillos de oricalco; collares de piedras tornasoladas descendían sobre su pecho, y ella estaba envuelta de la cabeza a los pies por un velo de mil pliegues, bajo el cual su joven cuerpo, fino y dócil, descubierto y escondido sucesivamente, parecía diluirse en un misterio de desnudeces fluídas.

Las letras griegas grabadas sobre el zócalo llamábanla Xanthis, y había nacido en Crisa, fecunda en viñas y rodeada por la mar sonora. Xanthis era la luz de la vitrina.

Ocurríasele a menudo descender de su zócalo y repetir, en medio de un círculo de admiradores, las danzas que ejecutara en otro tiempo bajo los peristilos del templo de Artemis: con los piececitos ceñidos de anillos de oro, giraba entrelazando pasos complicados y tejiendo con gracia perfecta los más maravillosos bordados del ritmo. Expresaba así, sin saberlo, las cosas más diversas y también las más profundas, y cuando al fin se erguía, enarcada y solemne, sus brazos redondos encima de la cabeza, las puntas de los senos jóvenes tendiendo el velo inmóvil, desprendíase de ella una belleza misteriosa y grave cuyo estremecimiento tenía algo de sagrado.

Un día que había bailado de una manera más sorprendente aún que de costumbre recibió la visita de un gran señor de la vecindad. Era un marqués de porcelana, de elegancia exquisita, hermoso todavía a pesar de cierta fatiga en los rasgos, y de una cortesía incomparable. La guerra le había hecho sufrir sus consecuencias. Tenía la cabeza y el pie izquierdo pegados de nuevo. Así y todo, le plugo infinitamente a Xanthis; precisamente ese aire de fatiga que denunciaba su voz, siempre velada un poco, la seducía más que lo que hubiera podido hacerlo un hermoso esplendor de juventud triunfal.

El marqués le habló largamente y sobre mil temas con una gracia suprema. Cosa rara: escuchándolo, le volvían al espíritu conversaciones oídas en otro tiempo en su país y veía de nuevo hombres sabios, de ojos dulces y finos, conversando alrededor de ella, a la orilla del mar, en crepúsculos de oro rosa...

Al retirarse, el gran señor, tomándole la mano, apoyó en ella sus labios dulcemente; y Xanthis, muy desgraciada desde hacía tiempo en casa de un viejo judío que la había arrojado entre odiosos pobres diablos de cinc dorado de una repugnante chatura, no cupo en sí de contenta al encontrar de nuevo en su vecindad un hombre cuya distinción se manifestaba con tan gracioso refinamiento.

Las relaciones así comenzadas volviéronse pronto más frecuentes.

El marqués, como todos los de su época, que tuvo por función la bonitura, sabía organizar el placer maravillosamente.

Cada día eran nuevas partidas, una ingeniosidad incansable en las diversiones.

A menudo llegaba por la mañana a tomarla, al levantarse, en su carroza de porcelana toda enguirnaldada de rosas. Ella se vestía pronto, eligiendo el tocado que mejor armonizaba con el color del cielo o el ritmo de sus pensamientos: ya una clara saya Pompadour con tontillos fofos, ligera y florida como una mañana de primavera; ya algún luengo vestido Watteau de satín melancólico, verde sauce o reseda, con gran pliegue fruncido en la espalda; o bien alguna túnica Recamier, adornada con palmetas de oro y enlutada a la altura de la axila con cinto aurora, azafrán o venturina.

Se paseaban todo el día a través del paisaje encantador de los Abanicos, entre los grandes parques de césped verde apagado, ornados de chorros de agua en forma de penacho, los jardines decorados de nobles estatuas, los sotillos donde se elevaban los templos del Amor. A veces desayunaban sobre la hierba o en algún bonito pabellón de caza, o retornaban lentamente por la villa, donde pastoras y pastores amartelados hacían corteses reverencias al paso de la carroza.

Era la vida más adorable del mundo.

Por otra parte, en su traje de terciopelo color ciruela, la guirindola espumosa de encajes, la espada llevada horizontalmente, con sus cabellos empolvados, sus finos labios en que mariposeaba el más vivo ingenio de Francia, el marqués tenía un gran aire perfecto.

Xanthis no hallaba nada comparable a sus manos afiladas y blancas, y el indefinible aroma de ámbar que lo envolvía por entero resumía bien para ella el encanto sutil de su inalterable cortesía.

Algún tiempo después él la llevó a casa de un joven busto de mármol a quien acababa de conocer y que daba, según dijo, una adorable música.

Xanthis, al primer golpe de vista, comprendió que había producido al músico una impresión profunda. A través de las futilezas de la conversación tenía una manera extraña y un tanto enagenada de mirarla; ella bajaba a propósito los párpados, y bajo sus ojos ardientes y fijos sentía una inefable sensación de calor...

Por pedido del marqués el músico habíase puesto a tocar, y violentamente Xanthis tuvo la impresión de que una mano invisible la llevaba por la torcida cabellera a un mundo de vertiginosas emociones.

Por momentos el marqués subrayaba con elogios discretos algún pasaje y se inclinaba hacia ella para explicarle su pensamiento; pero Xanthis, silenciosa y fascinada, no escuchaba una sola palabra; ella comprendía sólo a través de los ojos del músico, y sus ojos le revelaban, por primera vez, la ebriedad de la tristeza.

Apenas afuera, pretextando una atroz jaqueca, despidió muy secamente al marqués. Tenía prisa de volver a su zócalo.

Cosas desconocidas para ella agitaban su ser. Para conservar las emociones sentimentales, esas dulces flores del alma, no hay como el agua fresca y tranquila de la soledad.

Sola consigo misma, vió surgir en su corazón la imagen del músico y evocó en la sombra ese hermoso rostro de frente amplia y pálida; esos ojos hundidos como cavernas de misterio, que por instantes despedían llamas; esa boca ancha, ardiente y trágica, y esa garganta tempestuosa, henchida de zollozo, semidesnuda en el collarín entreabierto...

Al otro día se colgó al cuello del marqués para agradecerle el haberle hecho conocer un joven tan distinguido, y su vida desde entonces parecióle infinitamente más interesante.

Dedicaba el día al marqués a las visitas, al paseo, y por la noche corría junto al busto de mármol. Después de las futilidades del día, del brillo cansador de los madrigales y los epigramas, era un contraste delicioso, y como un baño de dulzura, encontrarse de nuevo con su amigo.

El le echaba dulcemente la cabeza hacia atrás para hundirse en sus ojos, y la besaba larga y silenciosamente en la boca, mientras presionaba tiernamente sus senos todavía agitados por la carrera y palpitantes como pájaros... Y ese beso, en los días que siguieron, era ya fuego, ya nieve que descendía a su alma.

En torno, paulatinamente, caía la tarde. Allá lejos, las grandes cortinas se llenaban de sombra. Las cosas hundíanse insensiblemente en las tinieblas. El silencio volvíase tan profundo que se oía la caída de los pétalos de rosa sobre el mármol de las consolas.

Ella sentábase muy cerca de él y la magia de los sonidos empezaba...

¡Ah, qué bien expresaba esa música el carácter apasionado de su alma! Eran primero grandes ondas arrulladoras; después, poco a poco, quejas, sollozos, desgarramientos, hervores y como abrazos, y todo esto se resolvía de repente en inefables dulzuras que desfallecían en caricia a lo largo del corazón y llevaban el alma enagenada hasta los confines de un cielo como flotando en el silencio!

Las horas huían con la rapidez del éxtasis...

— Figúrate — decía a veces Xanthis (pues lo había tuteado desde la segunda vez), — figúrate que escuchándote me parece que he vivido siempre así, y me es imposible imaginarme otra existencia.

— Es que entras en lo eterno, en lo absoluto.

— Sí, eso es — respondía ella.

En el fondo no comprendía nada, pero siendo lo absoluto un misterio, iba tan lejos como su amigo. Repetía esas palabras «eterno, absoluto», que pasando por sus labios le daban precisamente la impresión indefinible que trataba de expresar. Ocurríale a menudo emplearlas delante del marqués, por ejemplo, lo que producía en los labios de éste una imperceptible ironía, bien que causándole en el fondo un despecho inconfesado.

Por las tardes el busto pálido le contaba su vida, una vida de luchas, de decepciones, de tropiezos lamentables a través del mundo, y de esfuerzos aniquiladores para llegar a la belleza.

Cuando recordaba algunos pasajes demasiado tristes, interrumpíanle a veces los sollozos; entonces atraía hacia él a la pequeña danzarina, apoyaba la cabeza sobre sus senos desnudos murmurando con voz de niño cosas extravagantes: «Querida hermanita de luz, pequeña arcilla divina, carne infinita, pequeña esfinge pueril...»

Esto la desconcertaba, pero ante el acento de ternura con que lo decía no lo tomaba a mal, y sentía que eran cumplimientos, que, si bien diferentes a los del marqués, tenían sin duda un alcance más profundo.

Las horas huían adornadas con cintillos de oro...

La luna, deslizándose entre las cortinas, tocaba todas las cosas con sus dedos de plata; la música se tornaba aérea, etérea, las notas tenían centelleos de estrellas lejanas, y era preciso que el péndulo de columnillas diera lentamente con su voz trémula de viejecita las doce campanadas para que ella se decidiera a partir.

Entonces, rápidamente, con su gran manta perfumada echada sobre los hombros, huía en la melancolía exquisita de un último beso.

Ella nunca quería retardarse tanto, pues para volver a su zócalo le era preciso tomar un sendero transversal donde se hallaba siempre un infame monote con un sombrero de campanillas, las piernas replegadas bajo un vientre desbordante, que, cuando pasaba, poníase a mover de arriba abajo

la cabeza sacando una lengua escarlata, y a reír con una especie de ligero cloqueo canallesco.

El tal cloqueo le era insoportable; sin embargo, otras veces, la mueca resultaba tan chusca que necesitaba hacer esfuerzos increíbles para no reír.

HACIA mediados del verano un recién venido desembarcó en la vitrina. Era un faunillo de bronce. Su llegada causó una impresión considerable y los comentarios verbenearon.

— Tiene un aire brutal — exclamaron las frágiles porcelanas, retrocediendo con instintivo ademán de desconfianza.

— ¡Dios mío, yo no lo hallo tan malo! — cumplimentó con voz azucarada una pequeña bombonera rosada, aproximándose, al contrario, disimuladamente.

Con gran osadía una ninfa de Clodión proclamó su admiración sin reservas por esa atlética figura.

—¡Vaya —interrumpió con altivez—unos impertinentes de concha escudados de brillantes! ¿Se permiten alardear gustos tan vulgares? Pues mirad esas ataduras vergonzosas... ¡esas manos!... ¡esos pies!...

— ¡Oh, señoras mías, si supieseis!...

E inclinándose con aire misterioso, una maliciosa viuda de *biscuit* estalló de risa repentinamente en su pañuelo de encajes.

Todas se aprontaron para la gollería de un escándalo; entonces la viuda, después del juego sabio de las reticencias convenientes, cuchicheó algunas palabras a la oreja de la más próxima, que las trasmitió a su vecina, y así sucesivamente, en un prolongado murmullo de abanicos inquietos.

En resumidas cuentas, preciso es reconocerlo, el conjunto de las apreciaciones no le era favorable. Cuando el fauno, en un gesto de expansión trivial, se golpeaba con estrépito el pecho, el hermoso ruido sonoro que dejaba escapar ponía soñadoras a las miniaturas; mas, por parte de los hombres, más medidos en sus palabras, pero infinitamente más convencidos en el fondo, una sorda hostilidad reinaba contra aquél a quien se consideraba como un intruso.

Verdaderamente, en esta atmósfera selecta la grosera risa bestial del fauno repercutía como una disonancia y la desfachatez de sus maneras resultaba incómoda. Pero se contentaban con estar en acuerdo tácito sobre esto, o si llegaban a quejarse lo hacían en una forma indirecta y velada, muy por encima del tacto rudimentario del bronce.

Por el envalentonamiento implícito que da a las personas mal educadas la discreción, cuando es excesiva, trae consigo las más deplorables consecuencias. Es lo que sucedió en este caso, y no se puede menos que impacientarse un poco con estos remilgados, *más cuidadosos de su elegancia exterior que de su* verdadera dignidad, al pensar que con una actitud francamente conminatoria desde el principio hubieran podido evitar más de una desgracia.

La primera vez que vió a Xanthis, el fauno le dirigió una sonrisa triunfante e insistente, y retorciendo los pelos de su barba corta se puso a contemplarla con la familiaridad de un paisano que encuentra de nuevo a su paisana.

Xanthis, no muy ofendida, le respondió bastante amablemente.

Por casualidad el marqués estaba junto a ella.

— ¿Cómo se explica, hermosa mía, que mostréis tanta indulgencia con la insolente atención de ese palurdo?

—¡Oh, palurdo! —dijo Xanthis, ligeramente picada, y con ojeada pronta midió al marqués como para establecer una maliciosa comparación; pero recobrando su zalamería habitual: — ¡Bah, con esas especies!...

Y recogiendo su falda floreada trepó rápidamente al estribo de la carroza.

Durante los días que siguieron su carácter, generalmente fácil, sufrió sensibles alteraciones. Tuvo cambios de humor extravagantes. El marqués no se dignó concederle mayor importancia, habiendo adquirido al respecto, por su larga experiencia mujeril, una indulgencia tan perfecta que sin gran esfuerzo hubiérase podido ver en ello una suerte de secreto desprecio.

Una tarde llegó Xanthis a casa de su amigo el músico completamente enervada; como él le preguntara la causa, respondióle secamente que sus secretos eran suyos. Justamente herido por esta descortesía, el músico le replicó a su vez con dureza.

Forzosamente debía seguirse una escena. Por otra parte la atmósfera de su ternura, como un cielo estival demasiado hermoso, se había cargado de electricidad desde hacía algún tiempo.

El enojoso suceso se produjo pues, y, según costumbre, acompañado de vehementes apóstrofes, de reproches agrios, de gritos, de sollozos y de una abundante lluvia de lágrimas.

— ¡Ay, *amigo mío, qué poco generoso eres*! ¡Cuánta crueldad la de desconocerme de ese modo!

Xanthis, al hablar así, tenía la voz enternecida, los ojos brillantes, los senos agitados todavía dulcemente, y toda su persona exhalaba la voluptuosidad húmeda y lánguida de un fin de tormenta.

El músico le pidió perdón, la consoló como a un niño, le suplicó que olvidara los deslices de lenguaje, y terminaron por abrazarse muy íntimamente.

En seguida, como él iniciara la ejecución de un ardiente *appassionato*, ella declaró que sufría demasiado a consecuencia de las fuertes emociones, y antes de la hora acostumbrada, a pesar de las instancias reiteradas de su amigo, se retiró.........

....

Sólo al otro día volvió a su zócalo.

DESDE entonces fué perfectamente feliz. Nada más digno de admiración que una existencia armoniosamente combinada y cuyo delicado equilibrio asegura el juego regular de las complejidades de nuestra naturaleza; precisamente el sentimiento de la ingeniosidad desplegada y de las dificultades resueltas cada día da a la vida un sabor incomparable, y Xanthis jamás se había sentido vivir más deliciosamente. Aspiraba por todos los poros esa dulce luz del día de que hablan los poetas de su patria; su color nunca había sido más brillante, ni sus cabellos más dorados, ni sus formas más puras.

— Es exquisita — decía el marqués.

— Unica — decía el músico.

— ¡Divina!

— ¡Ideal!

Y ambos exaltábanse de mutuo entusiasmo, mientras el imperturbable fauno, adosado a un candelero vecino, los miraba a uno y a otro retorciendo los pelos de su barba corta.

Y cuando por la tarde, de vuelta a su casa, y mientras desanudaba sus trenzas para la noche Xanthis recapitulaba las distracciones de la jornada, no dejaba de esperimentar cierto amor propio, y después de haber dirigido, según su costumbre, una oración a la buena Artemis, patrona de los coregas sagrados, dormíase con la linda cabeza sobre un brazo replegado, con un suspiro de reconocimiento hacia los dioses

Ah, Xanthis, nunca supisteis apreciar la magnitud de esa excepcional merced con que os gratificaban. En verdad habéis atado a vuestro carro al marqués, protector distinguidísimo, al músico, alma locamente exquisita, al fauno, robusto complementario, y vuestra existencia estaba tan bien ordenada que esas relaciones se correspondían mutuamente como las piezas de un mueble raro hecho por impecable artesano. Pero tantas felices condiciones reunidas habrían debido advertiros que alcanzabais el colmo de lo instable, y que un solo descuido, una sola palabra imprudente, un solo gesto falso derrumbaría todo.

¿Os falta tacto, pues? Muy al contrario. Aunque simple bailarina griega, educada en los cultos fáciles del mar Egeo, habéis sabido haceros muy rápido a nuevas exigencias. Lo que os perdió fué ese espíritu perverso que despierta en el corazón de las mujeres los caprichos más inesperados y en horas de extravagancia propone a su virtud las más inquietantes paradojas. A veces la sinrazón misma de esas faltas (casi siempre insípidas faltas de gusto) consigue salvar a las desgraciadas que se hacen culpables de ellas, pues su rapidez en cometerlas sólo es comparable a su facilidad en olvidarlas. Ay, no os fué concedida una impunidad semejante, y vuestra inadvertencia, causando vuestra ruina, debía precipitar a vuestros infelices amigos en las catástrofes más inmerecidas!...

Pero he aquí cómo sucedió la horrible cosa:

Una noche el fauno, que esperaba a Xanthis, asombróse de no verla aparecer a la hora acostumbrada. Se impacientó; dió la media noche y Xanthis no vino. Cualquier otro hubiera tratado de dar a esta ausencia una explicación plausible y tranquilizadora a la vez para su ternura o su dignidad, evitándose así fácilmente penosos minutos. Pero el fauno nada sabía de razonamientos y para él sólo existían los hechos: si dejaba uno era para aferrarse a otro. Perdiendo la paciencia se puso a buscar a Xanthis resueltamente. Apenas había dado unos veinte pasos y la vuelta al cofrecillo de madera rosa que formaba el ángulo de la vitrina, cuando la avistó. ¡Ah, estaba sentada sobre las rodillas del odioso monote! Una risa loca la convulsionaba; y el vil sujeto, cloqueando más fuerte que nunca, ajaba con sus gruesos dedos morcillos el peplo azul cuyos hermosos pligues parecían sufrir. ¡Ah, no duró mucho! Se oyó un rugido que hizo temblar los vidrios; el fauno levantó su puño de bronce, y ¡paff!... le pequeña danzarina de Tanagra, sin exhalar siquiera un grito, se rompió en mil pedazos.

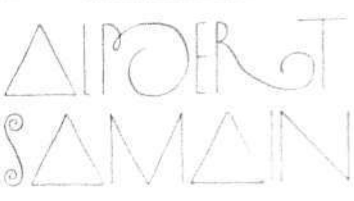


Así terminó Xanthis, la de los cabellos coronados de violetas, la rubia hija de Crisa fecunda en viñas, rodeada por la mar resonante. Así fué castigada por el inexorable Destino la inconsecuencia de un instante. Así fué rota, de un solo golpe, esa linda vida tan galante, tan apasionada, tan feliz.

Desde el día siguiente, en señal de duelo, todos los Amorcillos de la vitrina vistieron una banda negra, los abanicos entrecerrados se velaron de crespón, la *kermesse* de Van Ostade se interrumpió. Todas las gemas de las sortijas, broches y collares apagaron su brillos. Los frascos cincelados, guardadores de esencias raras se abrieron solos para ofrecer a la pequeña alma antigua el homenaje de los supremos perfumes, y hasta la urna de San Trofimo que representaba la basílica de Arlés, enternecida por la desolación general, dejó oir un pequeño doble de oro quejumbroso.

La fatal noticia se esparció con la rapidez del rayo.

— ¡Ah, querida desgraciada — exclamó el marqués, no bien lo supo, — tú únicamente dabas precio a mi vida. En los favores de tu trato llegaba a olvidar el fastido de las horas tan pesadas. ¿Qué hacer ahora de mis días? ¡Ah, Xanthis, tu esclavo, libertado de sus hierros, sólo sabe llorar su libertad.



TRADUCCIÓN DE LUIS L. FRANCO

DIBUJOS DE SIRIO

Toda la noche removió así los pensamientos más disolventes; las lágrimas que en vano trataba de retener inundaban su rostro; poco a poco sintió reabrirse sus viejas heridas; horribles dolores reumáticos flechaban su pie izquierdo; y a la mañana, su cabeza, su fina cabeza empolvada se despegó bruscamente...

Casi al mismo tiempo dos buenos Holandeses de loza, panzudos y sensibles, recogían junto al escritorio de malaquita al busto de mármol que, herido por desmayos sucesivos desde que supo la muerte de su dulce amiga, se había dejado caer de su zócalo. En la caída su cráneo, dando infortunadamente contra un ángulo del escritorio, habíase hendido.

— ¡Pobre joven — exclamaron las caritativas lozas; — hele cascado para siempre!

Delante de Xanthis hecha trizas el fauno había quedado boquiabierto de estupor. Cuando se dió cuenta, cayó de rodillas y lanzando aullidos terribles se entregó a la más salvaje desesperación.

Mientras tanto en la vitrina la indignación contra él había llegado al colmo y todos reclamaban el castigo de un crimen tan abominable. Dicho castigo no se hizo esperar. A los pocos días un vejarrón que se parecía bastante al marqués vino a echar una ojeada sobre sus *bibelots*, y comprendiendo la catastrofe se enfureció violentemente. No tardó en descubrir al culpable: el estado calamitoso del fauno lo denunciaba. Sin vacilar lo sacó de la vitrina y el mismo día lo vendió casi por nada. Desde entonces empezó para el infortunado una serie de lamentables caídas. Conoció el cínico trato de las ventas públicas, el destierro polvoroso en los rincones sin luz, la aflicción de las telarañas. Además habíase vuelto irreconocible; era ya una cosa sin valor y fué a parar a las veredas en la infame abyección de las lozas de desperdicios, de los hierros viejos, de los retratos de familia. En verdad, semejante acumulación de desgracias podría suministrar un rico material a moralistas ingeniosos.

Habiéndose las naciones, desde remotos tiempos, complacido en destilar hechos diversos para extraer sabiduría, no se tendría, en este caso, más que el inconveniente de la elección. Pero me repugna entregarme a esta tarea, habiéndome parecido siempre que el uso de los aforismos, sobre todo cuando son de aplastante solidez, constituia, frente a la desgracia, una crueldad verdaderamente inútil.

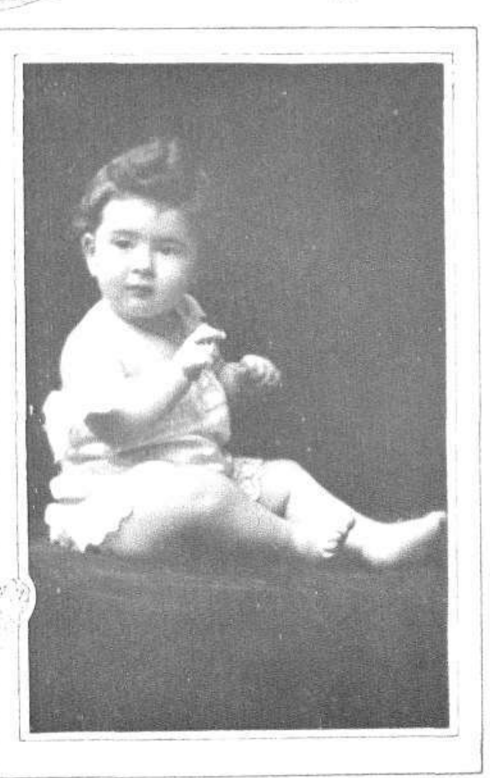
Cada cual podrá, pues, a su gusto, comprobar con estos infortunados la justicia de sus máximas predilectas. Por lo que a mi respecta, prefiero recogerme y murmurar desde el fondo del alma una lenta oración a las Piedades tristes y veladas. Ante la vitrina en duelo, donde hasta ayer resplandecía Xanthis la bonita, una misteriosa ternura me retiene, y me complazco en imaginar que no sin intención una vieja caja de música, que toqué por casualidad con mis dedos, dejó salir, en pequeñas notas agudas y lejanas como lágrimas de figurillas, un aire de tiempos pasados, tan dulce y tan conmovedor al mismo tiempo que parecía inventado a propósito para expresar en su tristeza la vanidad de los amores pasajeros y la melancolía de los frágiles destinos.

Página Infantil

Juan Carlos Luro Pueyrredón



Elsa Aida [illegible]



María Rosa Freyre Freyre

EUCALIPTOS

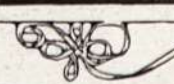
RINCON DE JARDIN

ÓLEOS DE J. C. SERRA

ENLACES





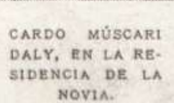


SEÑORITA BLANCA HAYDEE JIMÉNEZ CON EL DOCTOR FRANCISCO SOTO, EN LA RESIDENCIA DE LA NOVIA.

SEÑORITA DINORAH EMILIA QUIROGA CON EL ALFÉREZ DE NAVÍO CLODOMIRO TORRES, EN LA IGLESIA DE SAN AGUSTÍN.



SEÑORITA MARÍA ESTHER ORNSTEIN CON EL SEÑOR RICARDO MÚSCARI DALY, EN LA RESIDENCIA DE LA NOVIA.



EN LA LEGACION DE CHILE



El embajador de Chile, don Juan Enrique Tocornal; el ministro de Agricultura, doctor Le Bretón, y distinguidas damas que concurrieron a la brillante recepción dada por el primero en obsequio del cuerpo diplomático y de sus numerosas relaciones.

ACADEMIA LITERARIA DEL PLATA



La junta organizadora de la cultural institución y el presidente de la Liga Patriótica, doctor Manuel Carlés, que pronunció un discurso acerca de la Cruz Blanca.



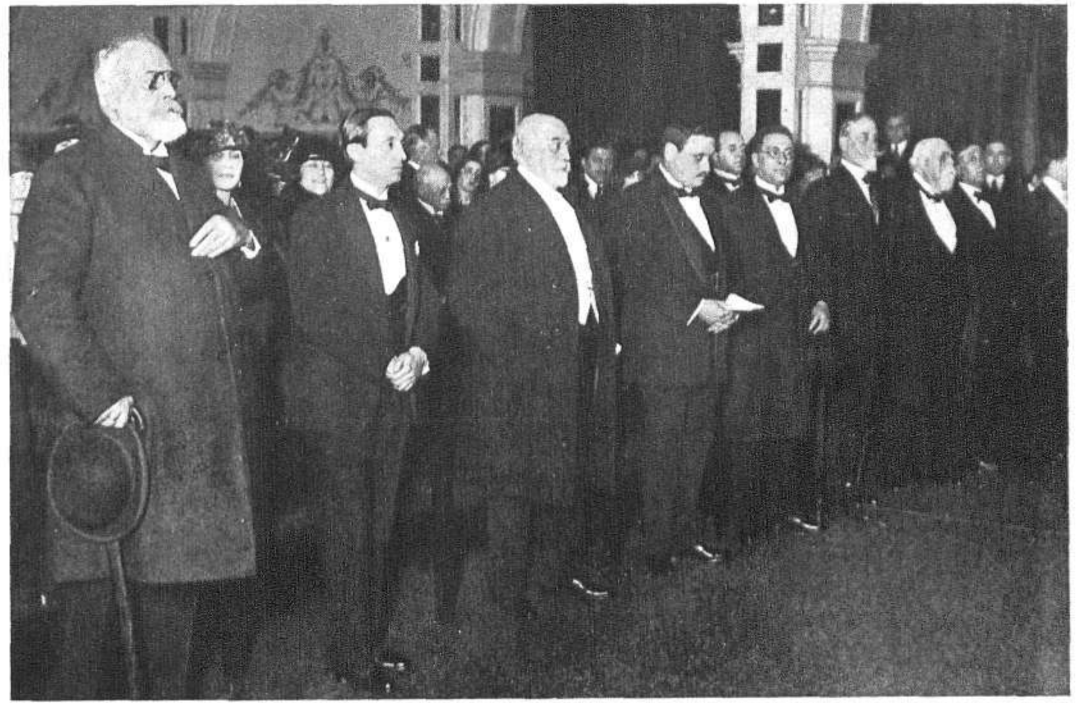
Aspecto que presentaba el Salón de actos del Colegio del Salvador durante el lucido festival que se realizó desarrollándose un hermoso programa.

25.º ANIVERSARIO DE LA CORONACION DE LA REINA DE HOLANDA



El ministro de los Países Bajos, don Jacobo Barendrecht, y destacadas familias de la colectividad holandesa que festejaron con un baile y un banquete el cuarto de siglo del reinado de Guillermina.

CELEBRACION DE LA FIESTA PATRIA URUGUAYA



El ministro del Uruguay, señor Daniel Muñoz, representantes diplomáticos de las repúblicas sudamericanas y personalidades argentinas en el escenario del Principe Jorge, donde se verificó un significativo y patriótico festival en conmemoración de la histórica fecha.

Nuevo director de la Penitenciaría Nacional



El doctor Eusebio Gómez acompañado del ministro de Justicia, del Jefe de Policía, de magistrados y de amigos que presenciaron su toma de posesión como director de ese establecimiento penal.

Fiesta de beneficencia



Conocidas damas y caballeros que dieron realce al te danzante que se celebró en el Savoy Hotel y que fué organizado a beneficio de la asociación Bernardino Rivadavia.

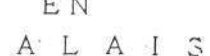
DEMOSTRACION AL AGREGADO MILITAR DE LA EMBAJADA DEL BRASIL



"Attachés" militares de las embajadas y legaciones extranjeras acreditadas en nuestro país que concurrieron al almuerzo de despedida ofrecido por el jefe de la Secretaría de Guerra, coronel Manuel J. Costa, al mayor Octavio O. de Alencastre, con motivo del regreso a su patria.

FOTOS DE ARROYO Y BELL

TIRABOSCHI PREPARANDOSE EN CALAIS





Tiraboschi y su entreineur Pilotta, en pleno canal.

Tiene Tiraboschi un don natural de aclimatación. En la Argentina es un campeón nuestro. En Italia una gloria del deporte nacional y aquí, en Calais, es el héroe del mar, de una ciudad de marinos. Nada tan popular como su persona. Pero faltaría en este elogio de Tiraboschi señalar la cualidad de adaptarse al agua como a un elemento propio.

En el agua es un pez. Un pez deportivo. La corriente no lo arrastra. Es una boya *consciente*.

—Este año — me dice Tiraboschi con una agilidad de sportsman que lo distingue—siento la seguridad interior de que voy a triunfar. Si la impresión de encontrarme tan cerca de la meta final me impresionó vez pasada, esta vez no me ha de emocionar. Ya había nadado tres veces más de lo que se necesita para ir en línea recta.

— ¿Entonces el canal no se cruza como una calle?

— No. Sólo los vapores a turbina y tres hélices lo cruzan así. Un hombre es otra cosa — me dice el ingeniero Donay que caballerescamente ha dirigido el *raid* anterior de Tiraboschi poniendo en juego ideas nuevas sobre las corrientes de la Mancha y comprobándolas matemáticamente y poco a poco. — Un hombre debe ser un corcho en el agua. Tarde o temprano, por el juego de las mareas, el mar lo llevará, sin hacer ningún movimiento, a la otra playa. El nadador debe, pues, en los momentos de calma de la V de las corrientes, hacer su penetración a brazo para ganar tiempo. Teóricamente, el canal debe atravesarse entre diez y siete y veinte y dos horas. ¿Tendrá el nadador resistencia física para mantenerse tanto tiempo en el agua? Ese es todo el problema. Es cierto que Tiraboschi ha nadado mas de 24 horas seguidas. Tengo gran fe en él. Su estilo de nadar lo capacita..

En este momento Tiraboschi va a entrar en el agua. Y al despedirme — pues sigo viaje a Inglaterra — me dice:

— Cuando lleguen sus líneas a Buenos Aires, mi suerte estará ya tirada. Habré recorrido tal vez el ingrato camino y dentro de una hora, cuando se halle en alta mar, en el vapor que lo conduce, asómese a la borda, que le saldré al cruce. Lo iré a saludar en medio del mar... tomándole así un poco de gusto al «caminito» éste que hace el sueño de algunos y el insomnio de los más.

Dos horas después, en ese resumidero de vientos y de corrientes que es el canal de la Mancha, la tempestad rugía. El oleaje barría la cubierta del barco de la carrera entre Dover y Calais. Los pasajeros se marearon apenas el vapor dejó el puerto. Parecíame que el barco se hundiría en cada bache del mar encrespado.

Sobre una ola pasó algo raro. Era un hombre. Era un brazo que emergía del agua... ¡Era Tiraboschi que me saludaba!

VIZCONDE DE LASCANO TEGUI.

A los amigos de Buenos Aires, por intermedio de CARAS Y CARETAS, *un saludo afectuoso y una esperanza de representar con honor el deporte de mi patria de origen y de la de adopción en las aguas de la Mancha*

Calais, 2 Agosto de 1923.



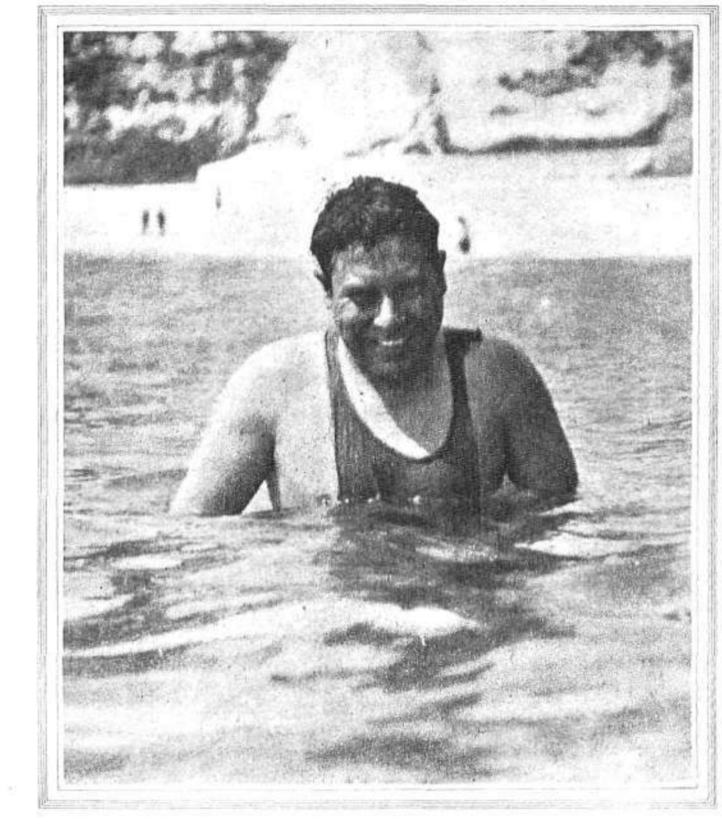
NOTA. — Las predicciones de nuestro corresponsal en París se han cumplido. La fe que pusiera el nadador en la gran empresa juntamente con su magistral habilidad, trocaron en realidades las esperanzas que todos teníamos puestas en su triunfo.



El notable nadador después de haber ensayado, mar adentro, durante tres horas, vuelve al caer de la tarde a la playa de Calais.



El director de la travesía, Mr. Donay, Tiraboschi y su masajista posando ante la cámara en la vereda del hotel que habitan.



CON ROMEO MACIEL EN EL AGUA Y FUERA DE ELLA

No son las 1.000 *libras esterlinas* que el «Daily Sketch» ofrece la aspiración de los nadadores que esperan cruzar el canal de la Mancha. Es la gloria, a raíz de la prueba deportiva, considerada *como la más difícil* del mundo. Romeo Maciel ha salido de las aguas del Paraná y del Plata, que eran suyas, para cruzar estas aguas extranjeras e ingratas. No se halla solo en Dover, donde vengo a visitarlo en nombre de CARAS Y CARETAS. Una legión de nadadores de todas las nacionalidades se encuentra a la expectativa sobre la costa alta. Van a arrojarse cuando el mar parezca calmar sus iras, este mar del norte, siempre agitado al pasar por entre las costas vecinas y que tiene el triste récord del mayor número de naufragios.

En 1875 el capitán Webb atravesaba el canal a nado por la primera vez. Fué la señal de partida. Centenares de veces se le ha querido imitar. Sólo Burgess, en 1911, después de diez y siete tentativas infructuosas, llegaba a la orilla de enfrente. Desde 1911, Tiraboschi, el año pasado, logró acercarse a tierra y jamás se ha visto un mayor número de aspirantes.

Con Maciel se halla en Dover el entusiasta yachtman J. Martínez Vázquez, que dirigió en el Río de la Plata todos los grandes raids que lo han atravesado. Es quien va a dirigir esta vez a Maciel, pero por aguas que tienen una terrible historia de fracasos. Su responsabilidad es enorme. Hay que conocer precisamente el camino, metro a metro; el poder de arrastre de la corriente; su dirección. El nadador puede perderse entre la neblina del canal. La profundidad del mar debe indicarle exactamente el sitio. *El* nadador es un ciego en el agua, a quien hay que conducir y mantener física y espiritualmente durante la monótona tarea de nadar sin horizonte durante más de veinte horas. Y hay que proteger los puntos débiles del nadador. Proteger sus ojos y su boca al cáustico sin piedad del agua salada, rica de yodo.

Toda esta tarea de *preparación* exige una dedicación de meses. Y así la lleva a cabo Martínez Vázquez con seriedad «inglesa», para calificarlo mejor, mientras Maciel espera silencioso el *momento oportuno* sintiendo sobre sus hombros el peso de la gran esperanza que todos los argentinos hemos puesto en él. Su único temor es el frío. Es el único obstáculo serio en su camino. No es el oleaje. No será el agua salada, de la que aprende a defenderse, absteniéndose de nadar en forma que pueda afectarlo. Martínez Vázquez, tomándole una mascarilla en yeso, le ha modelado una careta con la que podrá abrigar sus ojos durante la travesía.

No he sido ajeno a la emoción del silencio en que viven allí en un quinto piso de un hotel modesto de Dover, pequeña ciudad sin interés, en un cuarto humilde, estos dos americanos del sur, lejos de su patria, en que tienen constantemente fijo el pensamiento, doblados sobre la carta marina donde han trazado su derrotero con unas líneas de tinta verde. Es el derrotero de su gran deseo. Es la ruta de su gran anhelo. Quiera el mar rubio abrirles paso feliz a estos hombres nuevos, hijos de una raza vigorosa, joven y entusiasta por todos los deportes.

Dover, 1923.

Redactando un autógrafo exclusivo para nuestra revista.

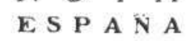
En víspera de la prueba sportiva más grande de mi vida, saludo a mis compatriotas por intermedio de CARAS Y CARETAS, *esperando dar con mi esfuerzo un triunfo más al sport argentino.*



Nuestro compatriota y el experto Martínez Vázquez, que le dirigió durante sus pruebas.

En medio de dos "boy-scouts", que le sirvieron de remeros en su diario entrenamiento.

FOTOS DE NUESTROS CORRESPONSALES.



ESPAÑA



La reina, las infantitas Beatriz y Cristina y la infanta Isabel en la "Fiesta del Jardín", organizada por la duquesa de Fernán-Núñez y celebrada a beneficio de la "Hospedería del Patrocinio".



Doña Victoria Eugenia comprando papeletas en una de las tómbolas instaladas en la hermosa finca "El chalet", donde tuvo lugar la aristocrática kermesse.



El nuevo obispo de Madrid, Ilmo. señor D. Leopoldo Eijo, en los momentos de salir con su comitiva de la catedral de la Almudena.



El cardenal Reig y Casanova, nuevo arzobispo de Toledo y Primado de España, con los prelados y las autoridades locales después de la toma de posesión en la catedral.



Su Eminencia, acompañado del gobernador civil, dirigiéndose a pie al palacio episcopal en seguida de la solemne ceremonia, saluda sonriente a la muchedumbre.



El ilustre médico argentino doctor Segura rodeado de colegas en la Facultad de Medicina de Madrid al terminar su notable conferencia acerca de "Cirugía de las hipófisis".



El eximio literato don Jacinto Benavente brindando al final del banquete con que le obsequió el "Liceo América" a su regreso a la patria, donde fué recibido con gran entusiasmo.

DEL EXTRANJERO

FRANCIA



PARIS. — Delegados de varias potencias a la Liga de las Naciones reunidos en sesión para deliberar sobre algunos de los muchos problemas internacionales que actualmente preocupan la atención del mundo.



PARIS. — El "as de los ases" de la aviación francesa, teniente Nungesser, después de su enlace con miss Consuelo Hatsuabrer, con la que realizará un largo viaje aéreo.



PENMARCH. — Pintoresco cortejo de bretones celebrando una de sus tradicionales fiestas y encabezado por una pareja de músicos populares.



Trajes típicos que usan los habitantes de Bretaña para, de acuerdo con sus viejas tradiciones, festejar sus grandes días.

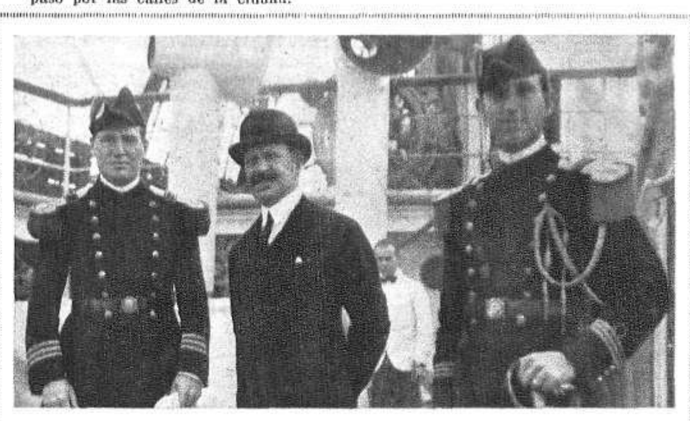
HOLANDA



AMSTERDAM. — El rey de Noruega y la reina Guillermina de Holanda llegando al palacio de Dam en la carroza real. Gran pompa y lucimiento alcanzaron las fiestas organizadas en honor del regio visitante, al que el pueblo dispensó clamorosas ovaciones a su paso por las calles de la ciudad.



La reina de Holanda y el rey de Noruega revistando las tropas durante una gran parada militar.



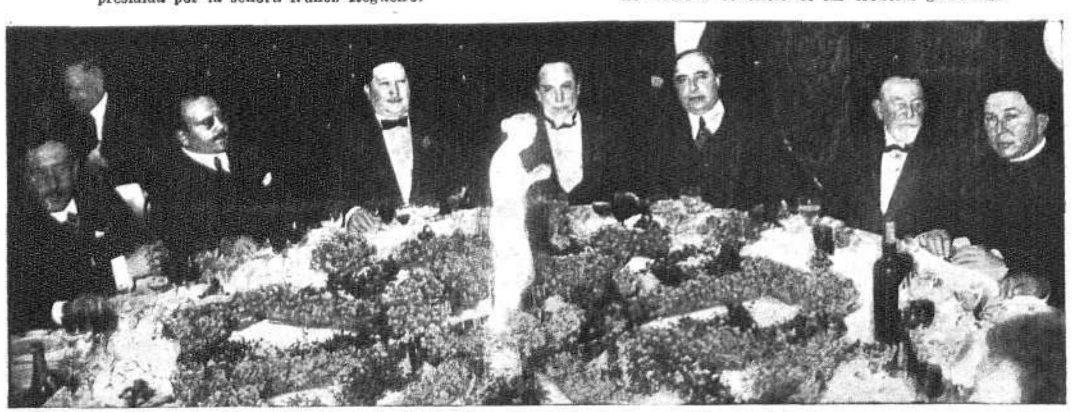
El comandante Braña, el cónsul general argentino y el ayudante señor Parker a bordo de la fragata "Sarmiento" durante su visita al puerto, donde se le dispensó un espléndido recibimiento.



Grupo de damas pertenecientes a la junta de "La Casa Uruguaya" presidida por la señora Núñez Regueiro.



Comisión de señoras de "La infancia desvalida" que organizó una kermesse a beneficio de las escuelas gratuitas.



Cabecera de la mesa ocupada por el señor Centeno, gobernador del territorio nacional del Chaco; los doctores Cardarelli, Lago, Mendieta y otros personajes que ofrecieron un banquete al primero de los citados.



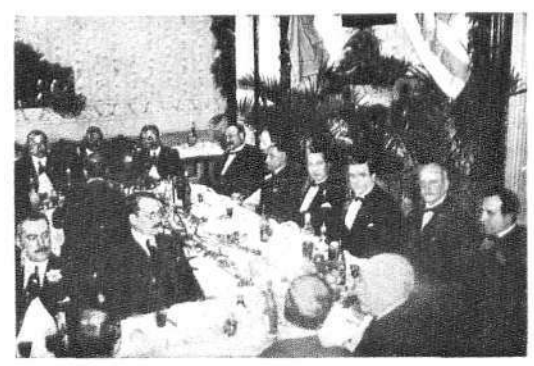
El teniente coronel Carlos Giani, jefe del 11 regimiento de infantería, pronunciando su alocución.



El intendente municipal, el vicegobernador y otras altas autoridades presenciando, en la plaza Brown, la jura de la bandera del regimiento "Las Heras".



Abanderado del regimiento 11 de infantería durante la ceremonia, con la enseña ante la cual juraron los conscriptos.



El cónsul del Uruguay y autoridades locales en el banquete que se celebró para solemnizar el aniversario de la independencia de la república hermana.



Lunch servido en el Hospital Italiano en obsequio de la compañía Niccodemi, al que asistieron el cuerpo médico y distinguidas familias.



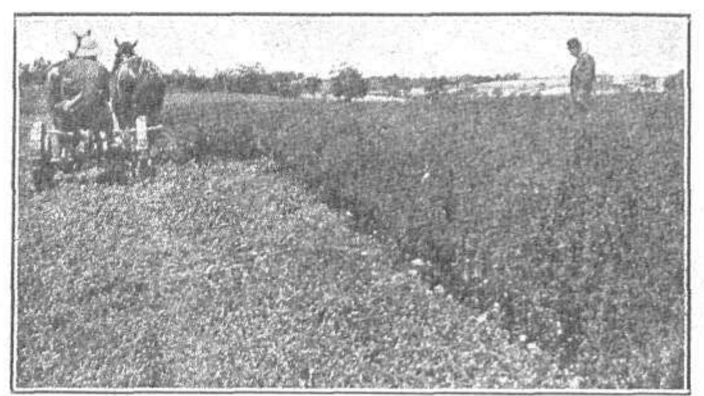
FREIXAS y C.ia SECCION ACEITE DE OLIVA

AGRICULTURA

SIEMBRA DE ALFALFA

La época clásica para las grandes siembras de alfalfa es, indudablemente, el otoño: marzo y abril, sobre todo en las zonas central y norte de la república; bajo el clima templado y cálido que las caracteriza, a favor de las lluvias otoñales y con un invierno tibio, las plantas se desarrollan pronto y suficientemente para pasar sin peligro esta estación, llegando en la primavera siguiente al estado de poder ser utilizado el alfalfar en debida forma.

Para las regiones desde Buenos Aires al sud, en cambio, de invierno más rígido y de verano no tan riguroso, y en todas partes donde no se haya podido hacerlo antes, la siembra de primavera es la propia; en este caso hay que procurar no efectuarla demasiado temprano para no correr el riesgo de que las heladas tardías sorprendan las tiernas plantitas y las destruyan, ni muy tarde a fin de evitar que los solazones las desequen en sus primeras fases vegetativas; de septiembre a octubre es la época más oportuna, según zona, como hemos indicado.


Un alfalfar para corte.

Un detalle importante y fundamental de esta operación es el que se refiere a la cantidad de semilla a emplear; en términos generales varía según el fin a que se destina el alfalfar: si es para corte, debemos formar una plantación tupida, para tener un crecimiento más herbáceo, con plantas ahiladas, que den un pasto más delgado y tierno, que es el mejor para emparvar y enfardar, y en este caso la siembra debe ser abundante en cantidad de semilla; si es para pastoreo, en cambio, debemos procurar obtener plantas fuertes, robustas, de desarrollo vigoroso, que macollen mucho, para resistir el pisoteo y el diente de los animales y durar muchos años, y en este caso debemos dejar más espacio entre las matas de alfalfa y haremos una siembra rala.

Pero la cantidad de semilla a emplearse no depende únicamente de la condición anotada, sino también de la clase de la semilla y de la tierra; si empleamos semilla buena, con alto poder germinativo, bastará una cantidad mínima, y si utilizamos, en cambio, semilla vieja o sucia, de escaso poder germinativo, con granos duros, se comprende que se necesitará una cantidad máxima; y así, en tierras más bien sueltas y arenosas con subsuelo de la misma clase, profundo y fértil, donde las plantas crecen vigorosa y rápidamente alargando sus raíces hasta límites increíbles a veces, y el alfalfar vive, prosperando, muchos años, no hay que echar mucha semilla; en cambio, en tierras arcillosas, fuertes, endurecidas más aún por el pisoteo de los animales, con subsuelo más compacto, a veces con tosca, donde las plantas crecen despacio, oprimidas sus raíces por el duro ambiente, hasta que al fin perecen a los pocos años, se comprende que corresponde una siembra tupida, empleando mayor cantidad de semilla.

En general los agricultores, en nuestro país, especialmente en los partidos próximos a la capital federal, emplean una cantidad excesiva de semilla de alfalfa; unos por temor a las malezas o al pasto duro, y otros porque la tierra es compacta y el alfalfar, dicen, se pierde pronto, siembran hasta 40 y más kilogramos por hectárea, lo que es una enormidad.

Para poblar una hectárea de tierra bien preparada y con buena semilla, teóricamente, bastaría de 2 a 3 kilogramos; pero teniendo en cuenta los diversos factores que organizan la pérdida de una cantidad de granos y de plantas, se comprende que esa cifra resulta insuficiente.

Concretando sobre este particular, y aplicando todo lo que nuestros estudios, experiencia y observaciones personales nos enseñan, podemos afirmar que sembrando en la mejor época, con semilla seleccionada, en buenas tierras, bien preparadas y para pastoreo, con 15 a 20 kilogramos de semilla hay más que suficiente, pues en las zonas típicas para esta forrajera, de la provincia de Córdoba, vimos buenos y tupidos alfalfares sembrados con 12 kilogramos por hectárea; y en tierras poco adecuadas, compactas y fuertes, y para corte, puede sembrarse de 20 a 25 kilogramos, llegándose como máximo a 30 kilogramos por hectárea. Mayores cantidades de las anotadas solamente pueden justificarse empleando semilla vieja, sucia y de escaso poder germinativo, y sembrando en tierra poco apta y deficientemente preparada, y como quiera que sea resulta siempre un derroche inútil de semilla y por consiguiente de dinero.

PLAGAS DE LAS PLANTAS: LA VIRUELA NEGRA DE LA VID

Una enfermedad poco conocida y sin embargo muy difundida, especialmente en los viñedos del litoral y de la provincia de Buenos Aires, es la *viruela negra* o *antracnosis* (Gleosporium ampelophagus) que ataca los tallos, las hojas y los racimos de la vid.

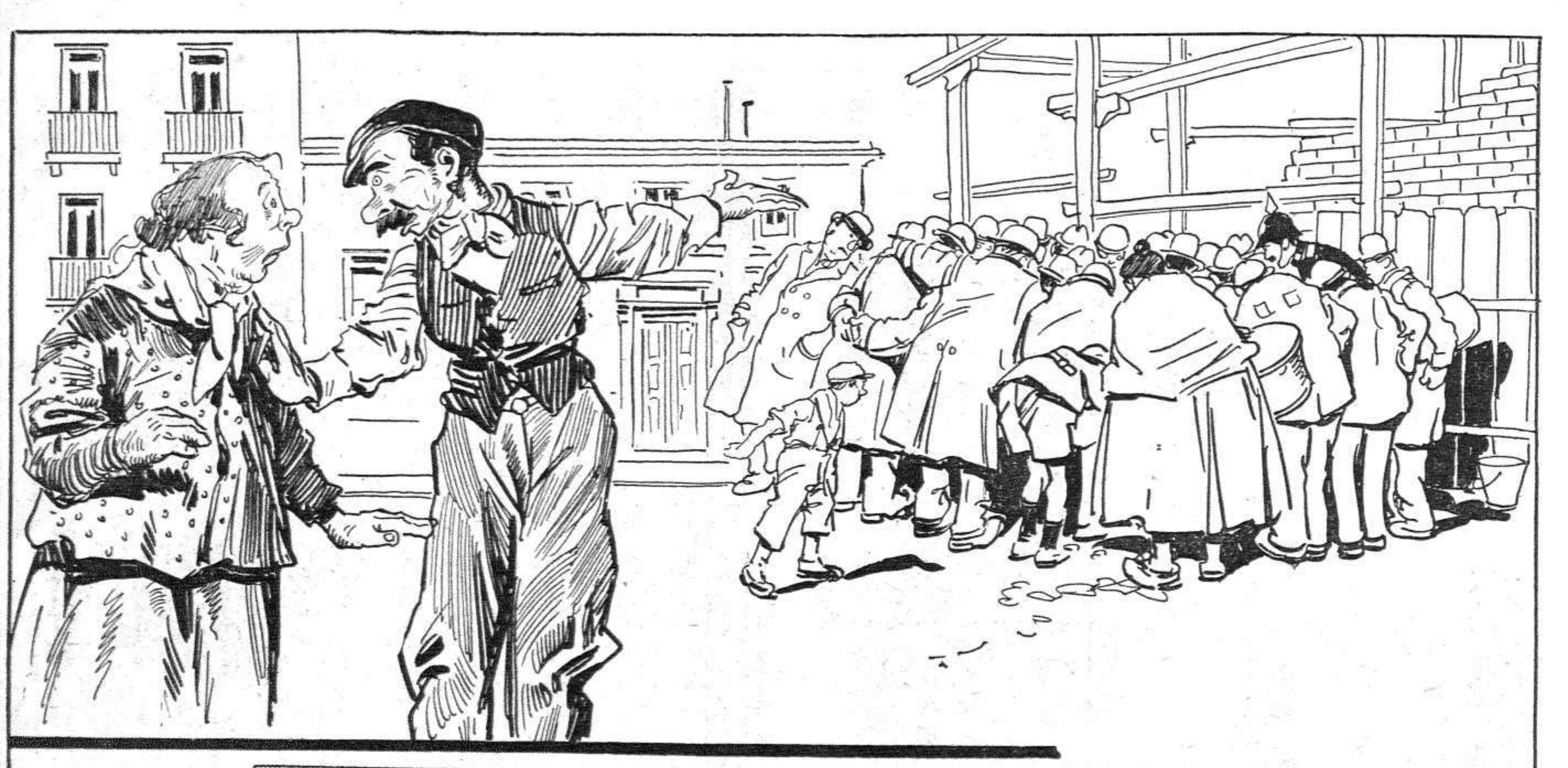
En los brotes tiernos se observan, en primavera, pequeñas manchas obscuras, con borde negro, de forma irregular, alargada, que se extienden hasta quedar los brotes desorganizados; en los sarmientos ya lignificados estas manchas son más grandes y profundas; en las hojas ataca el peciolo, las nervaciones y el parenquima, que queda perforado; y, en fin, en los frutos también se observan manchas negras, de forma irregular, donde el pellejo se endurece y se raja o se quiebra; los daños de este mal son grandes y temibles porque las plantas, cansadas y agotadas por ataques sucesivos, mueren.

Hoja, tallo y racimo atacados por la viruela negra.

La cura eficaz contra esta plaga debe hacerse durante el invierno, después de la poda, con pinceladas fuertes, sobre todo los ramos, con esta solución: sulfato de hierro, 3 kilogramos: agua, 10 litros; ácido sulfúrico, 300 gramos. Se disuelve el sulfato en agua caliente en un recipiente de madera, y una vez enfriada se agrega despacio el ácido sulfúrico.

Es conveniente repetir esta operación poco antes del brote, en primavera, y aplicándola con método todos los años, y prolijamente, se puede contar con la desaparición del mal.

Hugo Miatello.
Ing. Agrón.



NOTA COMICA DEL

GLAUDA

VERMOUTH ARGENTINO

—No vaya a ver a su marido porque se le acaba de caer el saco.

—¿Y qué importa eso?

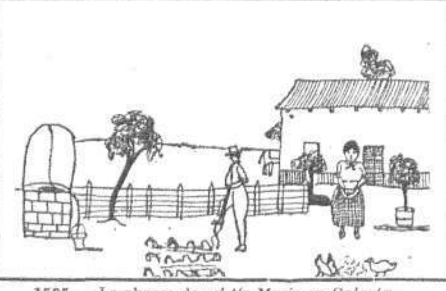
—¡Es... es... es que lo llevaba puesto!



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



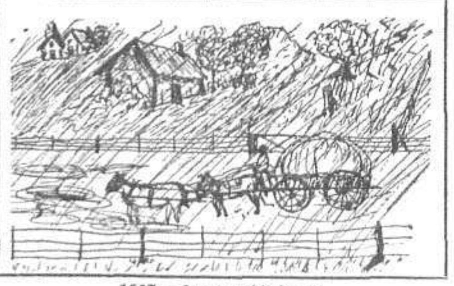
Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



1505 — La chacra de mi tía María en Gaimán.
ORLANDA DI CLEMENTE.



1506 — Firucha llorando.
MARÍA ESTHER ALONSO.



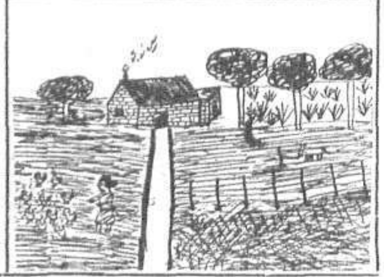
1507 — Lo agarró la lluvia.
G. AGERVE.



1508 — El repartidor de mi casa.
HÉCTOR IORIO.



1509 — Un caballo que disparó.
FRANCISCO OLMEDO MUÑOZ RANDO.



1510 — La chacra de abuelita.
ALICIA AIZAGUER.



Para aclarar, suavizar y embellecer el cutis femenino no hay nada que supere al

Polvo Graseoso LEICHNER

el más eficaz y delicioso producto de belleza facial.

(PRECIO EN LA CAPITAL FEDERAL: $ **1.50** LA CAJA.)

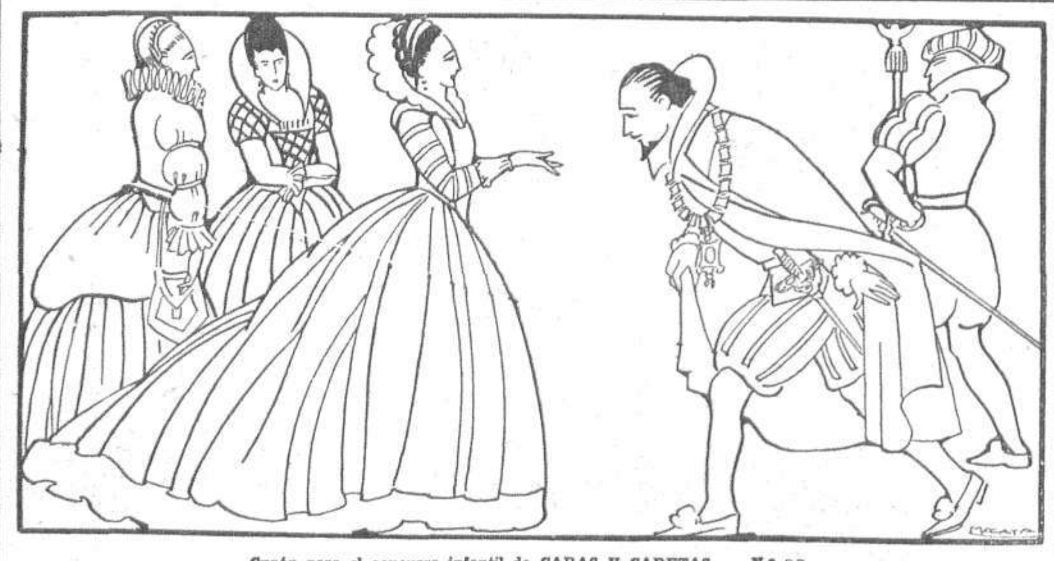
MENDEL y Cía.

En Buenos Aires: calle Guardia Vieja, 4439 — En Montevideo: calle Cerrito, 673

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán **CIEN PREMIOS**, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 98

Nombre y apellido...

Domicilio...

Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.



Torne sus muebles tan brillantes

como cuando nuevos

ES muy rara la casa en que no exista algunos muebles antiguos que sus dueños deseen conservar por ser herencia de familia o por cualquier otro motivo. Pero ya muy viejos y estropeados con el uso alguien intenta restaurarlos barnizándolos de muy mala manera.

Dadles un retoque con "SAPOLIN", y vereis con cuanta facilidad producirá el atractivo y deleite de las cosas nuevas.

Sapolin se prepara en una variedad de colores y es fácil de aplicar.



Se vende en todo almacén que venda pinturas. Búsquese siempre la marca "SAPOLIN". *Evite las imitaciones.*

ESMALTE

SAPOLIN

(Acabado Porcelana en blanco, negro y demás colores)

Además:

Pintura de Lustre SAPOLIN para Carruajes
Aluminio SAPOLIN Resistente al Calor
Esmalte SAPOLIN para Tinas de Baño
Esmalte de Aluminio SAPOLIN
Tinte de Lustre SAPOLIN
Lustre de Plata SAPOLIN
Colores lustrosos SAPOLIN para Pisos y Maderas
Lustre de Oro SAPOLIN
etc., etc.

Fabricantes: Gerstendorfer Bros.
Nueva York, E. U. A.

Fabricamos también el Esmalte de Oro, lavable, que lleva por nombre "Our Favorite". De económica y fácil aplicación y el mejor substituto del legítimo oro en hojas. 1



Amilal

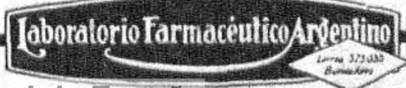
La untura que no deja olor

La dulce sonrisa del hijito, cuyo dolor la cariñosa madre calmó con una fricción de Amilal és un bálsamo que a su vez la calma a ella.

Señora: Tenga Vd. un frasco de Amilal en su casa; cuesta poco y presta grandes servicios. Cuando alguno de sus hijitos llore por los efectos de un golpe, de un chichón, de un apretón, etc. le devolverán mil veces su precio en la primera sonrisa de su dolor rápidamente curado.

Precio del frasco: $ 1.80

EN LAS FARMACIAS





MARIPOSA, FLOR

por ADELIA DI CARLO

Mariposa, flor. Continuamente repetía esas dos palabras la pequeña Marieta mientras estudiaba su lección de gramática. En cierto momento acertó a pasar por allí el abuelo y se detuvo para escuchar lo que su nieta decía en aquellos momentos.

—Mariposa, flor...

Deseando indagar hasta qué punto llegaban los conocimientos de la niña, le preguntó:

—¿Di, Marieta, qué significan esas dos palabras que te afanas en repetir?

—Abuelo, son proposiciones.

—¿Sabes tú lo que es una idea antes de preguntarte lo que es una proposición?

—Si nosotros pensamos en una mariposa o en una flor nos parece verlas de una manera más o menos diferente en nuestra mente. A esa representación intelectual es a lo que se llama *idea*.

—Entonces las ideas ¿qué son?

—Las ideas son las imágenes de las cosas que nosotros formamos en nuestra mente.

—Bien, bien. Advierto que eres una alumna aprovechada—dijo satisfecho el abuelo.—Veamos ahora si sabes el modo de fijar las ideas y de comunicarlas a los otros.

—Para eso usaremos un signo que se llama letra y con ese signo se formará la *palabra*. Así nosotros, diciendo o escribiendo *mariposa* o *flor*, podemos fijar nuestras ideas y comunicarlas a los otros.

—Si esas dos palabras *mariposa* o *flor* las aplicáramos a ciertas niñas, ¿qué significaríamos con ellas?

—¡Ay, abuelo; ahora sí que no sé responder!

—Sin embargo la respuesta es fácil. La mariposa es la niña frívola y vanidosa que quiere adornarse como una muñeca, sin pensar en los gastos que origina a sus padres. Esa niña que discute con su madre para tener vestido y sombrerito de última moda, sin apercibirse que la condescendencia de la buena madre y del padre afectuoso les privará de cosas a veces muy necesarias. La mariposilla en cuestión va por la calle siempre erguida y toda su persona respira un aire de frialdad y de superficialidad que inspiran antipatía. Sus labios no se abren para esas sonrisas alegres, que son la expresión de la serena alegría de un alma juvenil. Hijita mía, ese es el retrato fiel de nuestra vecina, esa jovencita alta y delgada que cursa el segundo año de la escuela normal, que vemos pasar todas las mañanas por nuestra puerta, vestida siempre con cierta elegancia.

—Bien, abuelo; ¿cuál sería la niña flor?

—La que es sencilla en su vestir, graciosa y amable en sus maneras, educada y correcta para con todo el mundo, respetuosa siempre, en especial con los ancianos, y muy cuidadosa del aseo de sus vestidos y de su persona toda. En fin, la criatura *flor* es aquella que al verla es grato exclamar: ¡Qué buena y querida es esta niña!

Marieta estaba atónita. Nunca creyó que su lección de gramática conduciríala por influencia del abuelo al conocimiento de cosas tan útiles y provechosas. Mirando fijamente al anciano, repitió maquinalmente:

—Mariposa, flor.

Y luego, como hablando consigo misma, dijo quedamente:

—¡Quiero ser flor!...



LEYENDAS DE ORIENTE

Por el

EMIR EMIN ARSLAN

La Reina "El Zabba"

Hay entre las leyendas árabes la historia de una reina — de quien dícese que era la más bella mujer de su tiempo y cuya belleza igualaba a su valor y su genio — denominada «El Zabba», que quiere decir «peluda».

Los historiadores no están de acuerdo ni en lo referente al origen de ella ni acerca de su verdadero nombre. Algunos han pretendido que era de origen romano, pero que sabía hablar el árabe; otros sostienen que era la misma Zenobia, la famosa reina de Palmira.

Cualquiera que haya sido, lo cierto es que, como soberana de la Mesopotamia, se hizo edificar sobre las dos márgenes del Eufrates dos castillos-fuertes, unidos ambos por un túnel construído bajo el lecho del río.

Para ejecutar tal obra y poder construir el túnel, dispuso que se detuvieran las aguas del río por un dique. Desviadas las aguas de su cauce y una vez seco el río, mandó hacer una zanja profunda de una costa a la otra, luego una sólida bóveda, terminada la cual se destruyó el dique devolviendo al río su curso ordinario.

«El Zabba», desde hacía mucho tiempo, alimentaba el propósito de vengar la muerte de su padre, acaecida en un combate con Dyohaima, rey del Irak, mas viendo que no podría vencer a su adversario por la fuerza decidió recurrir a la astucia.

Envióle a Dyohaima un mensajero secreto haciéndole saber que, viendo cuán poco conveniente es el ejercicio del poder real para una mujer, y no hallando ningún príncipe más digno que él para ser su protector y su esposo, le ofrecía su mano y la fusión de los dos Estados. Agregaba que si esta proposición era aceptada, fuese a visitarla a fin de concluir el asunto.

Dyohaima, halagado con la proposición y feliz de agregar otro Estado al suyo, convocó a su consejo para anunciarle la nueva y solicitar su opinión. Los miembros del consejo respondieron que debía aceptar esa proposición de la reina «El Zabba» y acceder a su invitación. Sólo uno fué de opinión contraria; se llamaba Cossayr. Este dijo: «Aceptarla es un mal consejo y, además, es exponerse a una perfidia».

Pero Dyohaima, animado por la opinión de todos sus consejeros y movido por su propia ambición, se puso en camino al día siguiente, seguido de una pequeña escolta en la cual se hallaba Cossayr.

A la mitad del camino recibió regalos y presentes de toda especie que le fueron entregados de parte de «El Zabba».

— ¿Qué dices tú de esto? — preguntó Dyohaima a Cossayr.

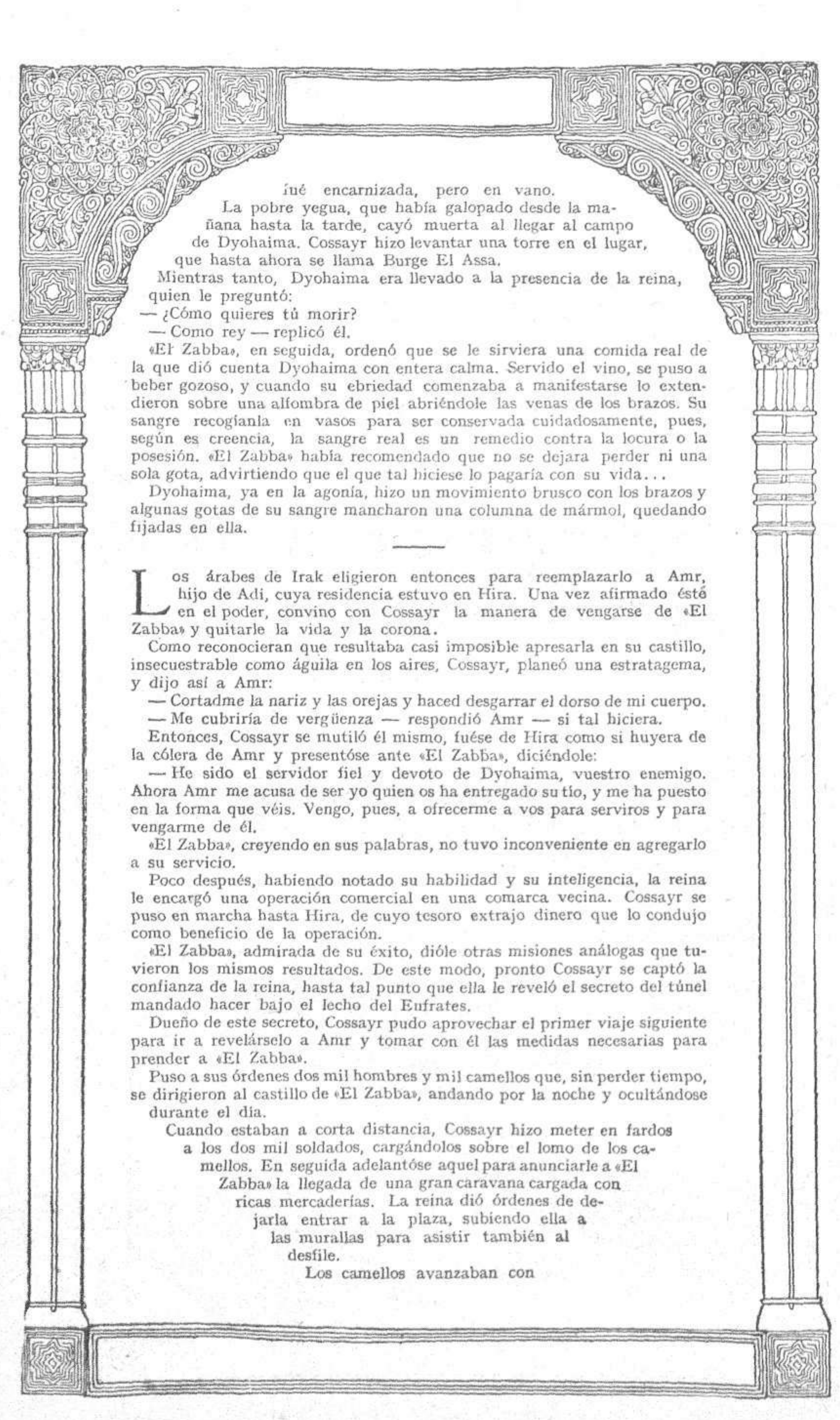
— Es un pequeño incidente en una gran desgracia — le respondió.

Como desde que iniciaran el viaje, y más a medida que se acercaban a la ciudad de «El Zabba», se veía avanzar un gran número de jinetes, dijo Cossayr:

— Si estos jinetes se nos aproximan en masa, vienen a hacernos honor. Pero si se dividen, eso querrá decir que hostiles propósitos traen. En este caso montad vuestra yegua «El Assa» y emprended la huída.

Es fama que «El Assa» era una yegua de extraordinaria velocidad, tanta que ningún caballo podía alcanzarla.

Dyohaima, confiando en los presentes de la reina, no prestó atención al consejo de Cossayr, siendo rodeado por los jinetes y preso. Cossayr, más prudente y avisado, permaneció cerca de la yegua, de modo que sin perder un instante montó en ella partiendo a toda rienda. La persecución



fué encarnizada, pero en vano.

La pobre yegua, que había galopado desde la mañana hasta la tarde, cayó muerta al llegar al campo de Dyohaima. Cossayr hizo levantar una torre en el lugar, que hasta ahora se llama Burge El Assa.

Mientras tanto, Dyohaima era llevado a la presencia de la reina, quien le preguntó:

— ¿Cómo quieres tú morir?

— Como rey — replicó él.

«El Zabba», en seguida, ordenó que se le sirviera una comida real de la que dió cuenta Dyohaima con entera calma. Servido el vino, se puso a beber gozoso, y cuando su ebriedad comenzaba a manifestarse lo extendieron sobre una alfombra de piel abriéndole las venas de los brazos. Su sangre recogíanla en vasos para ser conservada cuidadosamente, pues, según es creencia, la sangre real es un remedio contra la locura o la posesión. «El Zabba» había recomendado que no se dejara perder ni una sola gota, advirtiendo que el que tal hiciese lo pagaría con su vida...

Dyohaima, ya en la agonía, hizo un movimiento brusco con los brazos y algunas gotas de su sangre mancharon una columna de mármol, quedando fijadas en ella.

Los árabes de Irak eligieron entonces para reemplazarlo a Amr, hijo de Adi, cuya residencia estuvo en Hira. Una vez afirmado éste en el poder, convino con Cossayr la manera de vengarse de «El Zabba» y quitarle la vida y la corona.

Como reconocieran que resultaba casi imposible apresarla en su castillo, insecuestrable como águila en los aires, Cossayr, planeó una estratagema, y dijo así a Amr:

— Cortadme la nariz y las orejas y haced desgarrar el dorso de mi cuerpo.

— Me cubriría de vergüenza — respondió Amr — si tal hiciera.

Entonces, Cossayr se mutiló él mismo, fuése de Hira como si huyera de la cólera de Amr y presentóse ante «El Zabba», diciéndole:

— He sido el servidor fiel y devoto de Dyohaima, vuestro enemigo. Ahora Amr me acusa de ser yo quien os ha entregado su tío, y me ha puesto en la forma que véis. Vengo, pues, a ofrecerme a vos para serviros y para vengarme de él.

«El Zabba», creyendo en sus palabras, no tuvo inconveniente en agregarlo a su servicio.

Poco después, habiendo notado su habilidad y su inteligencia, la reina le encargó una operación comercial en una comarca vecina. Cossayr se puso en marcha hasta Hira, de cuyo tesoro extrajo dinero que lo condujo como beneficio de la operación.

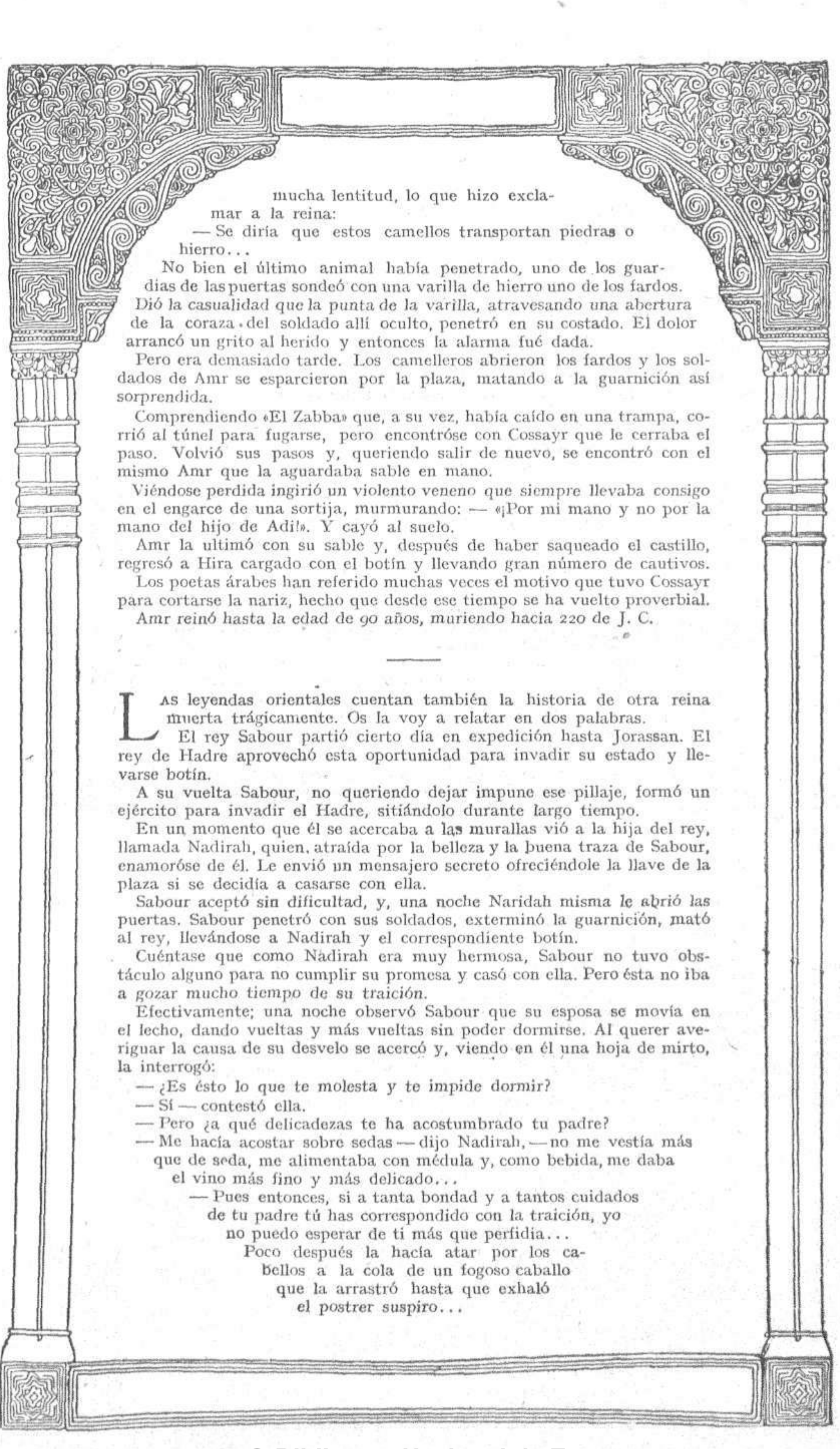
«El Zabba», admirada de su éxito, dióle otras misiones análogas que tuvieron los mismos resultados. De este modo, pronto Cossayr se captó la confianza de la reina, hasta tal punto que ella le reveló el secreto del túnel mandado hacer bajo el lecho del Eufrates.

Dueño de este secreto, Cossayr pudo aprovechar el primer viaje siguiente para ir a revelárselo a Amr y tomar con él las medidas necesarias para prender a «El Zabba».

Puso a sus órdenes dos mil hombres y mil camellos que, sin perder tiempo, se dirigieron al castillo de «El Zabba», andando por la noche y ocultándose durante el día.

Cuando estaban a corta distancia, Cossayr hizo meter en fardos a los dos mil soldados, cargándolos sobre el lomo de los camellos. En seguida adelantóse aquel para anunciarle a «El Zabba» la llegada de una gran caravana cargada con ricas mercaderías. La reina dió órdenes de dejarla entrar a la plaza, subiendo ella a las murallas para asistir también al desfile.

Los camellos avanzaban con



mucha lentitud, lo que hizo exclamar a la reina:

— Se diría que estos camellos transportan piedras o hierro...

No bien el último animal había penetrado, uno de los guardias de las puertas sondeó con una varilla de hierro uno de los fardos. Dió la casualidad que la punta de la varilla, atravesando una abertura de la coraza del soldado allí oculto, penetró en su costado. El dolor arrancó un grito al herido y entonces la alarma fué dada.

Pero era demasiado tarde. Los camelleros abrieron los fardos y los soldados de Amr se esparcieron por la plaza, matando a la guarnición así sorprendida.

Comprendiendo «El Zabba» que, a su vez, había caído en una trampa, corrió al túnel para fugarse, pero encontróse con Cossayr que le cerraba el paso. Volvió sus pasos y, queriendo salir de nuevo, se encontró con el mismo Amr que la aguardaba sable en mano.

Viéndose perdida ingirió un violento veneno que siempre llevaba consigo en el engarce de una sortija, murmurando: — «¡Por mi mano y no por la mano del hijo de Adi!». Y cayó al suelo.

Amr la ultimó con su sable y, después de haber saqueado el castillo, regresó a Hira cargado con el botín y llevando gran número de cautivos.

Los poetas árabes han referido muchas veces el motivo que tuvo Cossayr para cortarse la nariz, hecho que desde ese tiempo se ha vuelto proverbial.

Amr reinó hasta la edad de 90 años, muriendo hacia 220 de J. C.

Las leyendas orientales cuentan también la historia de otra reina muerta trágicamente. Os la voy a relatar en dos palabras.

El rey Sabour partió cierto día en expedición hasta Jorassan. El rey de Hadre aprovechó esta oportunidad para invadir su estado y llevarse botín.

A su vuelta Sabour, no queriendo dejar impune ese pillaje, formó un ejército para invadir el Hadre, sitiándolo durante largo tiempo.

En un momento que él se acercaba a las murallas vió a la hija del rey, llamada Nadirah, quien, atraída por la belleza y la buena traza de Sabour, enamoróse de él. Le envió un mensajero secreto ofreciéndole la llave de la plaza si se decidía a casarse con ella.

Sabour aceptó sin dificultad, y, una noche Naridah misma le abrió las puertas. Sabour penetró con sus soldados, exterminó la guarnición, mató al rey, llevándose a Nadirah y el correspondiente botín.

Cuéntase que como Nadirah era muy hermosa, Sabour no tuvo obstáculo alguno para no cumplir su promesa y casó con ella. Pero ésta no iba a gozar mucho tiempo de su traición.

Efectivamente; una noche observó Sabour que su esposa se movía en el lecho, dando vueltas y más vueltas sin poder dormirse. Al querer averiguar la causa de su desvelo se acercó y, viendo en él una hoja de mirto, la interrogó:

— ¿Es ésto lo que te molesta y te impide dormir?

— Sí — contestó ella.

— Pero ¿a qué delicadezas te ha acostumbrado tu padre?

— Me hacía acostar sobre sedas — dijo Nadirah, — no me vestía más que de seda, me alimentaba con médula y, como bebida, me daba el vino más fino y más delicado...

— Pues entonces, si a tanta bondad y a tantos cuidados de tu padre tú has correspondido con la traición, yo no puedo esperar de ti más que perfidia...

Poco después la hacía atar por los cabellos a la cola de un fogoso caballo que la arrastró hasta que exhaló el postrer suspiro...



Núcleo de distinguidas familias que asistieron al "diner - concert" efectuado a beneficio de las Escuelas de la Infancia Desvalida.

Representantes diplomáticos y comerciales de las repúblicas hermanas que concurrieron a la inauguración de la "Casa Uruguaya", siendo padrinos en esta ceremonia la señora de Bocaccio y el señor Wolflin.

EL AUTOMOVIL-DE-TURISMO DODGE BROTHERS

En la frescura de la mañana estival es deleitoso acomodarse tras el volante, consciente de que su automóvil de turismo le obedece fielmente durante todo el largo día.

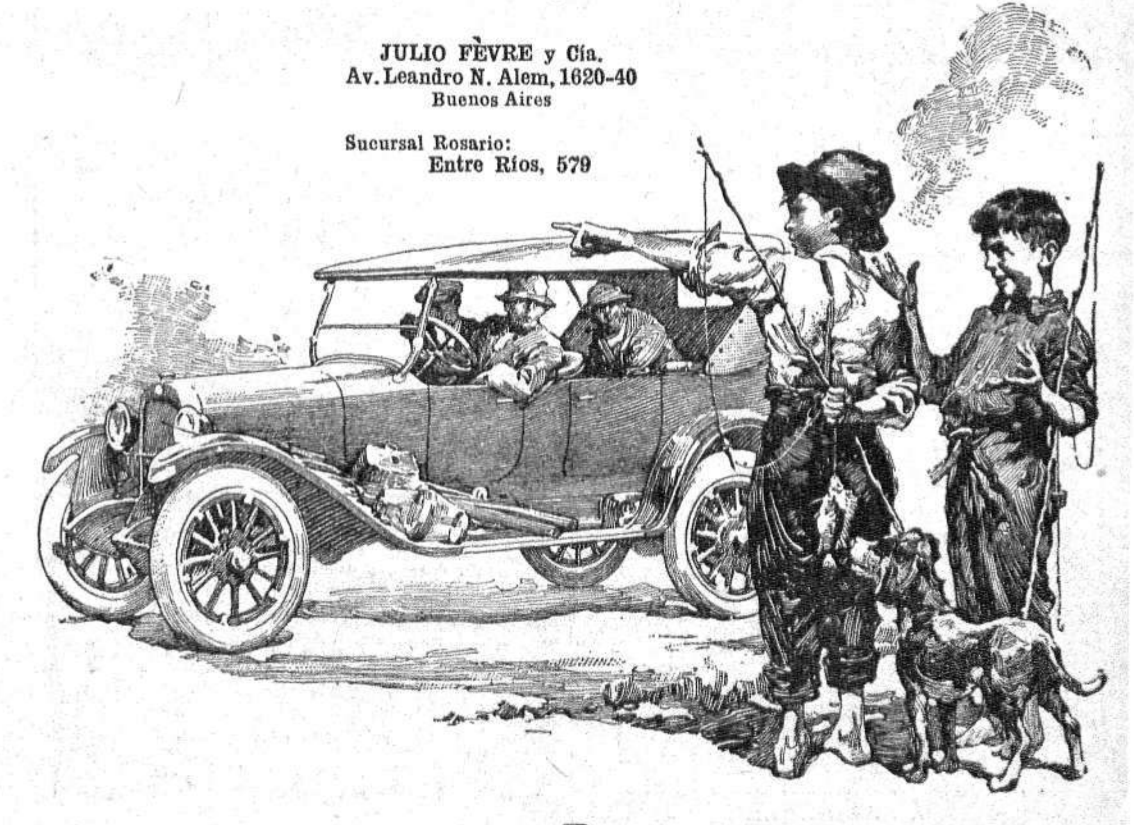
Es esa dependencia probada por el tiempo tan vital para el goce y economía del automovilismo lo que, más que ningún otro factor, encariña el automóvil de turismo DODGE BROTHERS a los muchos cientos de miles de dueños.

Un octavo del peso total del automóvil consiste de acero al cromo-vanadio. Se usan muchas más piezas de aleación de acero en las partes vitales que las que requiere el desgaste normal.

El precio completamente equipado con su quinta goma, $ **4.550**
(*puesto sobre vagón Buenos Aires*)

JULIO FÈVRE y Cía.
Av. Leandro N. Alem, 1620-40
Buenos Aires

Sucursal Rosario:
Entre Ríos, 579



De Rosario



Público congregado en la plaza Brown presenciando la jura de la bandera efectuada por las tropas del regimiento 11.° de infantería, ante el gran monumento que en homenaje a nuestro emblema nacional se levanta en dicho lugar.



Piperazine MIDY

el mejor disolvente del

Acido Urico

Es el tratamiento clásico del Artritismo en todas sus manifestaciones.

Reumatismo - Gota aguda y crónica - Arenillas - Uricemia - Litiasis Renal y Vesical.

La **Piperazine MIDY** se vende en todas las Farmacias.

LABORATORIOS MIDY - 4, rue du Colonel Moll - París.

Unicos Representantes para la República Argentina y Uruguay:
Caillon y Hamonet
Casilla correo 543 - Buenos Aires

Para la Moda Actual

y personas que no usan corset.

CINTURA
ELASTICA

punto inglés, artículo de mucha duración; enteriza o abrochada con cordones, MEDIDAS hasta 115 centímetros.

Ancho:	25	30	35	40	45	50
$	25	30	35	40	45	50

CASA PORTA
PIEDRAS, 341
BUENOS AIRES

Fajas de todas clases para Señoras y Caballeros.

BRAGUEROS, VENDAS, MEDIAS ELASTICOS, ETC.

PIDAN PRECIOS.



es fuente natural de salud y fuerza vital purificada desde sus bases orgánicas.

Bioforina Liquida de Ruxell

actúa como un revividor de energía devolviendo a las **personas débiles, anémicas, convalecientes, etc.** el vigor y las fuerzas, siendo considerada por el cuerpo médico mundial como

Un inapreciable estimulante contra el agotamiento físico.

Adóptela Vd. desde hoy y comprobará pronto su eficacia.

Se vende en todas las farmacias.
Rechacénse substitutos o similares.

Unico Concesionario:
FEDERICO TAUBER
Sáenz Peña, 890
Buenos Aires

UNA BODA EN LA ESTANCIA

Por

LUZ Y SOMBRA



Se habrá elegido, por lo tanto, algún género suple y algún corte sencillo que armonicen entre ellos. El crepe Georgette sabiamente drapeado, para el vestido de novia, será aún más bonito sin puntillas ni adornos complicados. Es un género vaporoso y sentador. O bien se puede elegir el crepe de Chine, el tul, la musselina, si la novia se atreve a enarbolar esa novedad un poco difícil de llevar cuando no tiene la hechura de algún maestro en ese arte. La pollera de largo desigual es mucho más moderna, y en todo caso es aconsejable no llevar cola. El modelo del grabado es en crepe Georgette adornado en el escote y al fondo de la pollera por un bordado de seda o de perlas. Los azahares sujetan el tul en ambos lados y desbordan de la cintura en gracioso

No ya para ir a Palermo — pues sería como vestirse de alpinista para ir a las barrancas de Belgrano — sino para un viaje o una excursión en automóvil en el campo, el abrigo de cuero es indispensable para la elegante que está al volante de su máquina. Abrigo cerrado lateralmente o de atrás, en cuero obscuro y grueso, permitiendo las reparaciones de la máquina en el camino, ofreciendo en fin un buen abrigo contra los elementos y los contratiempos. El sombrerito, bien metido y sujetado bajo la barba como los gorros de automovilistas; los guantes gruesos y forrados si no es en sitios y épocas de mucho calor; botines o zapatos con cordones, eventualmente completados por unas polainas de paño o de tela.

Las demás personas que ocupan el coche pueden vestir con más fantasía. Según la temperatura, será oportuno el abrigo de drapella a cuadros, gamuza, lana angora o shantung grueso. El sombrero puede ser de todos las formas y gustos, siempre que sea chiquito, y el velo de tul que protege la cara, envuelve el cuello y muere en dos tablas suples flotantes, tiene que ser del mismo color del cabello. El conjunto debe presentar un aspecto gris o beige, y a pesar de que el blanco sea mucho más bonito no es aconsejable sobre nuestros caminos de provincia. En cuanto al corsé — detalle importantísimo en viajes en automóvil — será bajo y abrochado sobre el costado, en coutil o batista, con tiras elásticas en la espalda.

Así equipadas, juntando la elegancia con el confort, nuestras viajeras llegarán sin cansancio hasta el lugar en que una agradable fatiga las espera: el enlace de la amiga íntima, en su propia estancia.

Dentro del marco verde que presta tanto encanto a las ceremonias nupciales celebradas en el campo, chocarían como notas falsas los géneros demasiado suntuosos, los lamés, brocatos, etc.

discreto ramillete. La madre de la novia podrá llevar un vestido de marocain negro, gris u otro tono no menos discreto, completado por una puntilla de seda del mismo tono formando capita.

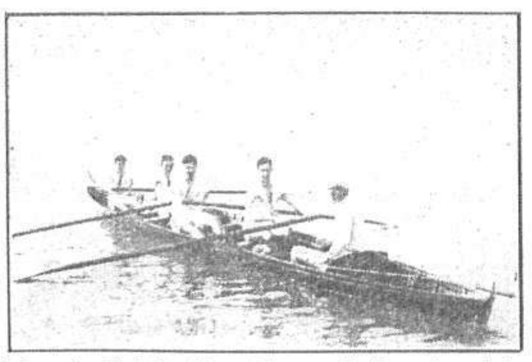
Las damas de honor no encontrarán nada más apropiado que el fulard y la musselina estampada para sus vestidos de hechura juvenil.

Un vestido de voile blanco todo bordado de flores del campo y completado por un volado de organdí con picot, que da a la pollera la forma a delantal, tan de moda en la presente temporada. En la cintura un ramillete de florcitas en el tono. Varios voladitos de tul o de valencienne de tono antiguo (coloreadas con te) adornarán un vestido de fulard rosa con dibujos blancos, y por fin sería largo y superfluo tejer aquí el elogio de los mil preciosos vestidos que, para dicha ocasión, se pueden hacer con los fulard o los crepe de Chine estampados. Son, generalmente, modelos drapeados, acompañados de género liso o de organdí.

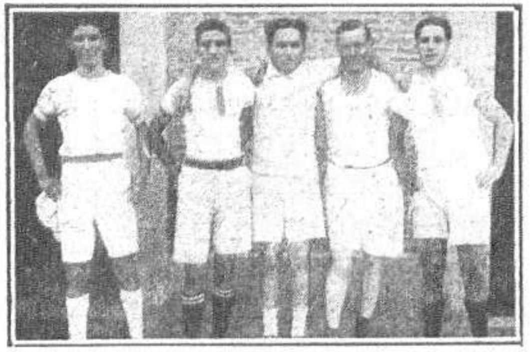
La sombrilla, que nuestra generación parece no saber ya llevar sino como un estorbo, sigue siendo el complemento de la elegancia en el concepto de los creadores de la moda. En el campo las fantasías japonesas o siglo XVIII no son de buen gusto, debiéndose preferir la sombrilla rústica de puño de asta, cubierta de madras o tussor a cuis.



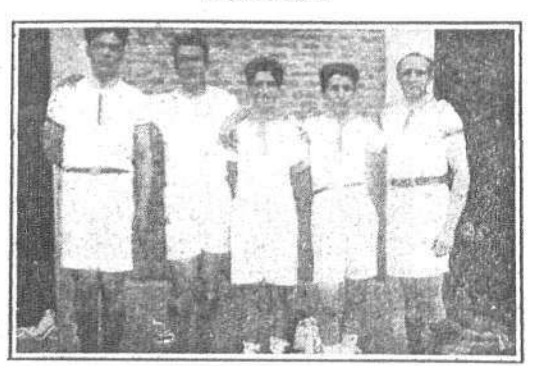
Grupo de jóvenes deportistas que tomaron parte en el campeonato interno organizado por el Club de Regatas Rosario.



Señores J. y M. Avila, Valero, Adsarias y Gardi, ganadores de la tercera carrera.



Equipo de remeros que obtuvieron el triunfo en la séptima carrera.



Señores Benetti, Moneta, Taiana, Guidoni y Calvo, ganadores de la octava carrera.

Especialidades de la Casa América

APRENDA IDIOMAS

aprovechando el Grafófono y nuestro método LENGUAFONO, consistente en un Texto y 15 discos dobles de 30 ctms., adaptados al mismo.



Al poco tiempo quedará usted sorprendido al ver con cuánta facilidad habrá aprendido Inglés o Francés, sin esfuerzos ni pérdida de tiempo. Visítenos o escríbanos que le demostraremos, con mucho gusto y sin ningún compromiso para usted, la maravillosa eficacia de este modernísimo método para aprender idiomas. — Nada pierde Vd. con informarse.

SU PRECIO: $160 AL CONTADO

o bien $ 25 al contado y 10 mensualidades de $ 15 cada una.

APARECIO EL



OFRECEMOS POR TIEMPO LIMITADO este precioso ACORDEON de 8 bajos y 19 voces, con el nuevo método y embalaje gratis, por sólo

$18

El método solo, $ 1.50

Grandioso surtido de **Acordeones a piano, semitonados y cromáticos,** exclusivamente artículos finos, modelos de **"STRADELLA"**, y **Bandoneones Alemanes,** que ofrecemos a precios de verdadera oportunidad.

Solicite en seguida gran catálogo ilustrado N.º 26 enviando $ 0.20 en estampillas.

CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI

Av. de Mayo 979
BUENOS AIRES

No tenemos Sucursales.
No cerramos los Sábados.

VIOLINES FINOS

Modelo STRADIVARIUS

Fabricación esmerada, sonoridad incomparable.



N.º 4100 bis.—**Violín** tipo «Conservatorio», completo, con estuche, arco y pez, a.......... $ 33.—

N.º 4101 bis. — **Violín** de orquesta, completo, con estuche, arco y pez, a................ $ 38.—

N.º 4102 bis. — **Violín** de salón, completo, con estuche, arco y pez, a....................... **$ 45.50**

N.º 4103 bis. — **Violín** de gran orquesta, completo, con estuche, arco y pez, a........... $ 53.—

Otros modelos desde **$ 25.—**. Solicite gran Catálogo ilustrado N.º 24 enviando $ 0.20 en estampillas. (Embalaje gratis).

CUERDAS ARMONICAS

Con el fin de dar a conocer nuestras cuerdas insuperables, hacemos por un tiempo limitado las siguientes ofertas, porte pago a cualquier punto:

Encordado fino, para estudio.................... $ 1.90
Encordado extra, para concierto, con 4.ª de plata.. » 2.60
Encordado «**Concertola**» de gran concierto, 4.ª de plata » 3.40
Comprando los tres encordados en una sola vez.... » 7.50

N.º 101

Regio GRAFOFONO

AMERICA

con gran corneta amplificadora del sonido. Motor suizo, sólido y silencioso, membrana doble con goma aisladora.

Nuestra gran oferta extraordinaria.

$ 49.50

con seis piezas, 200 púas y embalaje gratis. Otros modelos de grafófonos, desde

$ 35



Solicite gran catálogo ilustrado N.º 21

DISCOS

Siempre grandes novedades en bailables Nacionales y Extranjeros, Cantos Populares, Operas, Música Clásica, etc., etc. — Gran Catálogo general de discos remitimos enviándonos $ 0 20 en estampillas. Ya apareció el Suplemento N.º [illegible] con las últimas novedades en discos. Solicítelo. Se remite gratis.



ESPERANZA. — Alumnos de la escuela Santo Domingo (Norte), rodeando a la profesora señora Robinet, cuyo celo profesional le ha captado la unánime simpatía del vecindario.

UN AIRE DE HOMBRES LIBRES

La Junta de Gobierno de Guayaquil obsequiaba al Libertador Bolívar con un banquete al que asistieron las principales entidades políticas y militares de ese tiempo.

Hallábase presente el coronel argentino don Manuel Rojas, plenipotenciario, a la sazón, del gobierno de Perú ante la Junta de Gobierno ecuatoriana.

El coronel Rojas ocupaba la quinta silla inmediata al Libertador. Todos habían notado que Rojas miraba de hito en hito a Bolívar aunque disimulando un tanto con la conversación que seguía con sus vecinos los señores Lusarraga y Tola.

Una vez que el general levantó la vista para recorrer con ella las personas sentadas a su frente, se encontró con la mirada de Rojas que parecía observarlo. Bajó los ojos el Libertador con muestras de desagrado, pero pocos minutos después sucedió una segunda escena idéntica en un todo a la anterior.

Entonces Bolivar, con el ceño fruncido, preguntó dirigiéndose a Rojas:

—¿Quién es Vd.?

—Manuel Rojas —contestó el aludido en tono dulce y suave.

—¿Qué graduación tiene Vd.?

—Coronel.

—¿De qué país?

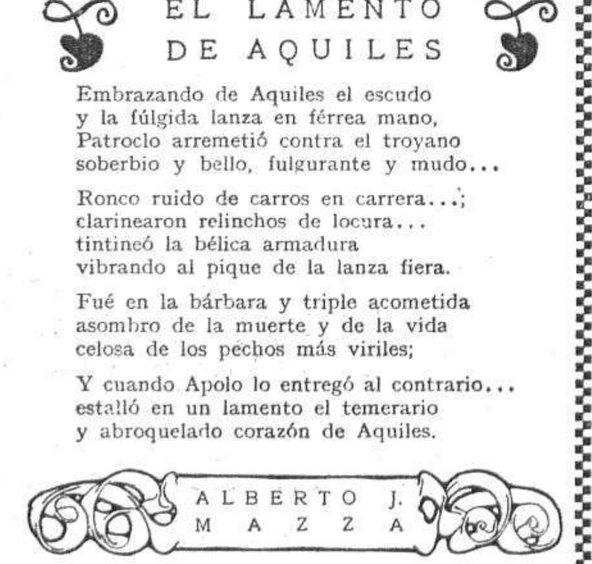
—Tengo el honor de ser de Buenos Aires — contestó Rojas, irguiéndose.

— Bien se conoce por el aire altanero — exclamó Bolívar dando una marcada expresión de ira y disgusto a su semblante.

—Es un aire propio de hombres libres — respondió Rojas en tono satisfecho y firme.




EL LAMENTO DE AQUILES



Embrazando de Aquiles el escudo
y la fúlgida lanza en férrea mano,
Patroclo arremetió contra el troyano
soberbio y bello, fulgurante y mudo...

Ronco ruido de carros en carrera...;
clarinearon relinchos de locura...
tintineó la bélica armadura
vibrando al pique de la lanza fiera.

Fué en la bárbara y triple acometida
asombro de la muerte y de la vida
celosa de los pechos más viriles;

Y cuando Apolo lo entregó al contrario...
estalló en un lamento el temerario
y abroquelado corazón de Aquiles.

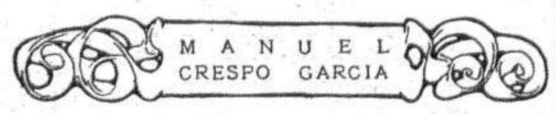
ALBERTO J. MAZZA

MANOS MÍAS

Manos mías, estériles y finas,
manos mías que nada hicisteis, nada
de utilidad alguna...
(Cuidar rosales, apartar espinas...
Frágil solicitud, labor de hada...
Los ojos en la luna!)

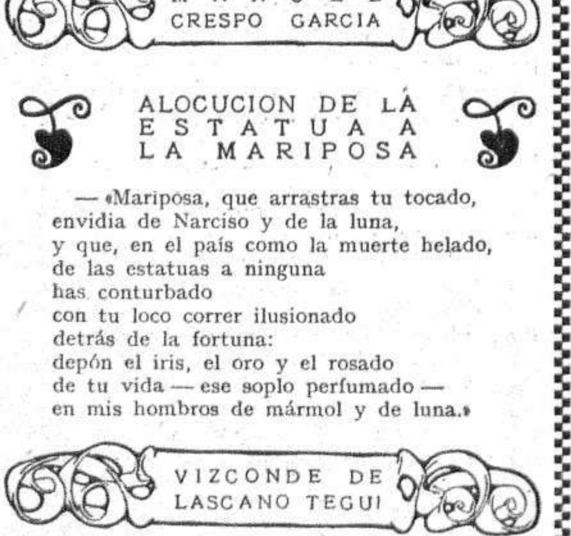
Manos mías, estériles por buenas,
manos mías ¿acaso un eslabón
supisteis añadir a la cadena
de mi propio vivir, algún jalón
me hicisteis ascender?
¡Nada, manos estériles, viciosas
manos mías, prolijas y hacendosas
en obscuras labores de mujer!

Mas a qué maldeciros. Vuestro vicio
mi noble vicio fué; las infinitas
cosas me cautivaron; fué mi oficio
soñar, viví soñando... Y en mis cercos
siempre hubo margaritas
que arrojar a los puercos!



MANUEL CRESPO GARCIA

ALOCUCION DE LA ESTATUA A LA MARIPOSA



—«Mariposa, que arrastras tu tocado,
envidia de Narciso y de la luna,
y que, en el país como la muerte helado,
de las estatuas a ninguna
has conturbado
con tu loco correr ilusionado
detrás de la fortuna:
depón el iris, el oro y el rosado
de tu vida — ese soplo perfumado —
en mis hombros de mármol y de luna.»

VIZCONDE DE LASCANO TEGUI

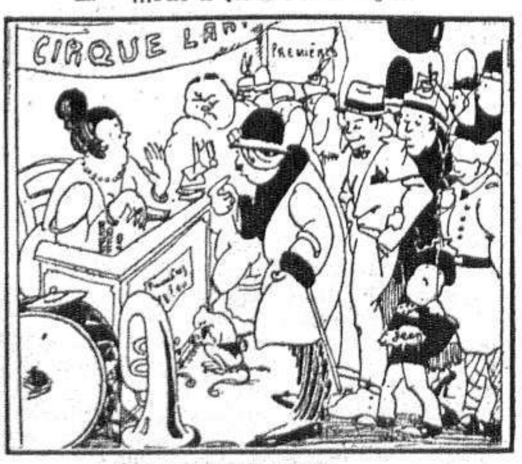


¡MUCAMA ADIESTRADA!

— La señora va a salir...
— ¿Y qué ha dicho?
— ¡Que siente no haber salido antes!...

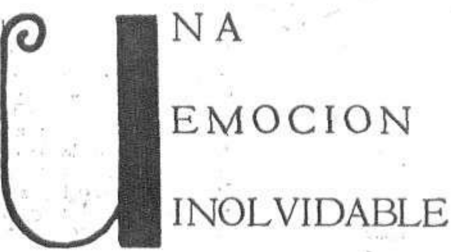
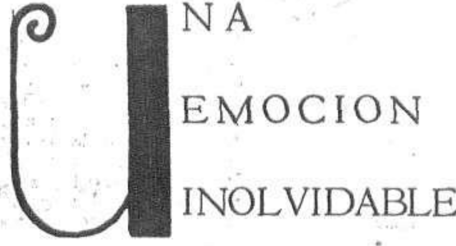


Ella. — ¿Por qué tan triste?
El. — Mi novia se casó.
Ella. — ¡Pero eso no debe entristecerte!
El. — ¡¡¡Pero es que se casó conmigo!!!



— Deme usted media entrada
— ¿Por qué?
— No tengo más que un ojo...

DE MIS RECUERDOS

UNA EMOCION INOLVIDABLE

por

FÉLIX PAREDES



Después de caminar cuatro horas consecutivas sin dar al cuerpo reposo ni humedecer siquiera la boca con el agua pura y sana de las acequias, Manolón el guardabosque y mi insignificante persona nos detuvimos delante de aquella reja que el Renacimiento imaginó para solaz de simples curiosos y golosina de espíritus hambrientos de arte en la zahareña soledad de los caminos.

Manolón exploró el cielo. Declinaba la tarde. Mareaba el olor a hojarasca mojada y a tierra de cultivo. Todos los mastines ladraron a la vez. Esparció al aire repiqueteos triples una campana reidora. Dos monjas, que llevaban las manos escondidas en las anchas mangas del hábito, nos saludaron con unas buenas tardes más para silabeadas en tono de prez al pie de los crucifijos que para exponerlas a la vulgaridad de una cortesía.

Al volver la cara hacia la reja del Renacimiento vi que por entre los barrotes interrogaban acerca de nuestra presencia unos ojos profundamente azules como engastados bajo torbellinos de cabellos rubios que adornaban superpuestos cintones de alelíes dobles.

— Oye, ¿has visto? — pregunté a Manolón en voz tan queda que al mismo guardabosque le costó trabajo entenderme.

— He visto. Es Preciosa.

— Preciosa es, a no dudarlo.

— Digo que es Preciosa, vaya, que por Preciosa la conocen estas gentes.

— Bien escogieron el alias.

Preciosa continuó mirándonos, perfectamente engastado el profundo azul de los grandes ojos bajo el rubio torbellino de cabellos.

Manolón me descifró la incógnita. A la hechicera garza de la reja vínole el alias como anillo al dedo. Sobrina carnal de don Julio de Gándara, fué a la casa solariega del tío para reponerse. Padecía de anemia, de neurosis, de juventud. Cuantos la vieron la adoraron, y los que no la adoraban a lo erótico adorábanla en silencio y a lo religioso. Preciosa se les ocurrió a los viejos tejedores de cáñamo que se llamara: y Preciosa se llamó la de la reja. Pronto su sonreír punzó el deseo al mocerío. De noche despertaban las serenatas a la vecindad; eran cancioncillas cortas y estribillos aun más cortos. El mocerío templaba las guitarras al beso de la luna, y el beso de luz lunar, espejeando sobre el barniz de los mástiles alhajados de escarapelas rojas, amarillas, blancas y verdes, arropaba el instrumento de «talle y caderas como una mujer» con puntitos de marino cabrilleo.

Me enamoré de Preciosa. Creo que fué mi primer amor. Y como me enamoré de ella, pedí que se apartara al guardabosque, compúseme el lazo del corbatín que por entonces usábamos los muchachos de Facultad y, con insultante prestancia de galanteador dieciochesco, apoyéme en la panzuda cornisa de la reja que daba a la calle y murmuré, o musicalicé, abarcando con mis ojillos enfermos el busto venusino de Preciosa.

— Yo la amo.

Aguardé la respuesta seguro de ser correspondido. Entonces las mujeres no me hacían temblar. Hoy ya me hacen temblar un poco. Pero como la respuesta tardaba, repetí:

—Yo la amo.

Preciosa se azoró y bajó los ojos, los grandes ojos profundamente azules. Largo rato mantuvo su actitud azorada. Yo esperé, esperé más enamorado, más seguro de mis irresistibles influencias en el alma femenina.

Manolón me chistó, según supe al día siguiente por él. Yo no le oí porque esperaba, esperaba apasionándome la espera y apasionándome la azorada actitud de Preciosa que se me aparecía como una Virgen del Carmen en abstracción.

Aventuré un gesto de hombre avezado a lides amorosas, y mis labios casi casi aromándose en el aroma de los cabellos rubios y de los cintones de alelíes, repetí de nuevo.

— Yo la amo, Preciosa.

Los ojos profundamente azules de la mujer amada interrogaron atónitos ahora, y vertieron lágrimas una a una, como cuentas que se desgarzan del collar.

— ¿Lloras de amor, Preciosa?... ¡Cuánto te lo agradezco!... Amor que nace de lágrimas riega rosaledas de perpetuos cálices. Llora, llora, Preciosa, y que purifique tu llanto mis flaquezas de hombre. Sé la novia de mi redención.

Yo no tenía nada de que redimirme, pero como la frase resultaba redonda y oportuna, no la guardé para mi coleto; hubiera sido no sólo estúpido sino deplorable.

Preciosa dió rienda suelta a su llanto. Empecé a enternecerme. Un hombretón pesadote y antipático encendió el farolillo de enfrente a la verja. El llanto de Preciosa me apenaba. Las lágrimas que caían una a una fueron heraldos de las que recorrieron luego el venusino busto perdiéndose en las reconditeces del regazo virginal.

Manolón el guardabosque me tiró de la zamarra. Le atendí:

— No se canse, señorito. Preciosa no oye, Y, además, no hay quien cure su sordera.

Una ráfaga de viento apagó la mal resguardada mecha del farolillo. No sé por qué me acordé del chuzo del farolero. El guardabosque y yo regresamos, orientándonos los trajinantes que proveían de algarroba para los palomos a las alquerías del predio.

Yo me ahogaba...



SAN MARTIN DE LAS ESCOBAS. — El señor Santiago Della Schiava y señora rodeados de sus hijos y nietos en la celebración de sus bodas de plata.

EL BESO

Los varios modos de expresar el afecto en uso entre los distintos pueblos que llenan la tierra constituyen un estudio curioso para el aficionado a las costumbres de diferentes razas.

Nosotros consideramos el beso como el lenguaje natural del afecto y no un mero signo. Con lo que se ha escrito sobre el beso, con los poemas, sonetos y cantares que a esta demostración de cariño se han dedicado podrían escribirse volúmenes que formasen una regular biblioteca y escribirse otra con lo que significan según se den y donde se reciben, pues el beso:

Es en la mano respeto,
En los ojos ilusión,
En las mejillas cariño
Y entre los labios pasión.

Hay quien ha llamado al beso la letra que falta en todos los alfabetos, y sigue faltando, letra labial del amor, que se pronuncia entre dos personas; la letra sigue faltando, pues no encuentra lugar en ningún abecedario.

Parece natural que los labios grandes, gruesos, carnosos sean los más apropiados para dar y recibir ósculos, y, sin embargo, no es así, pues los finlandeses consideran como grandísimo insulto un beso en los labios, y aun entre esposos se considera como tal, a pesar de que la naturaleza les ha dotado de hermosos belfos con que poder hacer esta manifestación amorosa. Otro tanto sucede con los negros de Africa.

— ¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!



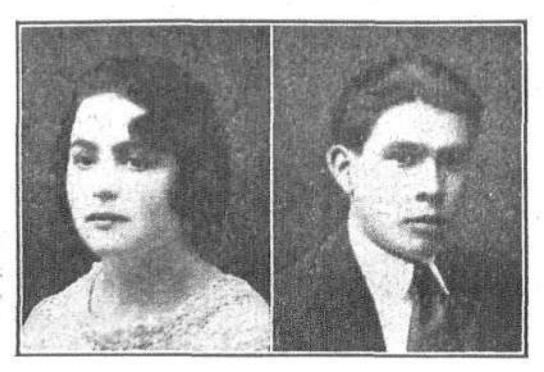
Señorita Irene Denegri con el señor Luis Yorio. — Capital.



Señorita Herminia Chiavon con el señor Juan Cesano. — Col. Irigoyen.



Señorita Juana Celina Etchegoyen con el señor Deraldo Michelini. — Saladillo.



Señorita Elvira R. Martinicorena con el señor Luis G. Lemus. — Carmen de las Flores.





PASATIEMPOS

CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.ª En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.ª Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.ª Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio aunque se publiquen con seudónimo.

4.ª Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.ª El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

NOTA IMPORTANTE

Toda la página de hoy está destinada a la técnica, que continuaremos en otros números, alternando con pasatiempos de concurso.

Para el concurso del corriente mes nuestros lectores deben acompañar el cupón de hoy en sus listas de soluciones, aunque la página no comprende ningún juego de concurso.

TECNICA

Reanudamos hoy la publicación de la técnica, es decir, a detallar ciertos requisitos que deben poseer y que la costumbre ha impuesto como condiciones indispensables para su belleza, adoptada por especialistas en la materia, de los cuales contamos con varios en el país.

La publicación de hoy está destinada al arte enigmático, en un aspecto poco difundido, pero no por eso menos interesante.

ENIGMOGRAFIA GEOMETRICA

La enigmografía geométrica comprende:
A) Palabras crecientes; palabras decrecientes.
B) Palabras a base de rectilíneas.
C) Palabras a base de curvilíneas.

A) PALABRAS CRECIENTES Y DECRECIENTES

Tienen origen del «logogrifo», debido a la condición de aumentar o disminuir gradualmente una letra.

Ejemplos:

PALABRAS CRECIENTES

(1)	(2)	(3)
O	M	P
DO	MI	PO
ADO	MIS	PIO
LADO	MISA	PINO
ALADO	MISAL (Palabra principal)	PIANO
SALADO (Palabra principal)		PISANO (Palabra principal)

Ejemplo de:

PALABRAS DECRECIENTES

(4)	(5)
ESTERA (Palabra principal)	OPERAS (Palabra principal)
ESTER	PERAS
ESTE	ERAS
EST	RAS
ES	AS
E	S

Ejemplo de:

PALABRAS CRECIENTE - DECRECIENTE

(6)	(7)
P	A
PA	LA
PAR	OLA
PARA	SOLA (Palabra principal)
PARAD	SOL
(Palabra principal) PARADA	SO
ARADA	S
RADA	
ADA	
DA	
A	

En todos los ejemplos vemos que la letra que se quita o se agrega puede serlo tanto a la derecha como a la izquierda.

En el ejemplo Número 3 se observa que las letras agregadas se encuentran en medio de cada vocablo, sin que varíe el orden de las demás letras.

Cuando se quita una letra de la **palabra principal**, y se anagraman las demás letras, entonces el juego toma el nombre de «Palabra Decreciente Anagramada».

(Número 8)

Ejemplo de:

PALABRA DECRECIENTE ANAGRAMADA

Palabra principal	Letras que se quitan	Nuevas palabras derivadas, anagramando las demás letras	
REPUBLICA	B	PRELUCIA	1)
PRELUCIA	U	REPLICA	2)
REPLICA	P	LARICE	3)
LARICE	I	LACRE	4)
LACRE	R	ALCE	5)
ALCE	E	CAL	6)
CAL	C	LA	7)
LA	L	A	
A			

El presente ejemplo demuestra que, una vez quitada una letra, ella no vuelve a aparecer en ninguna de las palabras derivadas subsiguientes.

En efecto, la letra B no vuelve a figurar en ninguna de las palabras derivadas 1) 2) 3) 4) 5) 6) 7).

La letra U en ninguna de las palabras 2) 3) 4) 5) 6) 7)
» » P » » » » » 3) 4) 5) 6) 7)
» » I » » » » » 4) 5) 6) 7)
» » R » » » » » 5) 6) 7)
» » E » » » » » 6) 7)
» » C » » » » » 7)

Explicando el tejido de las **Palabras crecientes; Palabras decrecientes; Palabras creciente-decreciente**, y **Palabras decrecientes anagramadas**, vamos ahora a observar la diferencia que existe entre la **palabra decreciente anagramada** y **logogrifo decreciente**.

Ejemplos:

Palabra decreciente anagramada (9)	Logogrifo decreciente (10)
ARCON	ARCON
ROCA	CANO
ARO	ORA
RO	NO
O	C

Clara es la diferencia que existe entre uno y otro juego. En el número 9, como hemos visto, cada nuevo vocablo pierde una letra, sin que dicha letra vuelva a ser usada, mientras que en el número 10, aunque pierde en cada combinación una letra, ella se utiliza nuevamente en los demás vocablos.

La entera libertad que se tiene para la composición del **Logogrifo decreciente** favorece su desarrollo a preferencia de las **Palabras decrecientes anagramadas**, cuyo tejido es mucho más difícil.

Todos los juegos mencionados se presentan en forma poética, o a sujeto, o a difiniciones. En el primer caso es indispensable cuidar muy especialmente la exactitud del juego y ser original en el desarrollo de la composición, de lo contrario el juego resultará no solamente árido sino de ningún valor enigmístico.

Somos de parecer que todos estos juegos deben presentarse a definición.

A los solucionistas y colaboradores

Toda serie de soluciones que se envíen deben *acompañarse del cupón respectivo* que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego, es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesaro adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

CONCURSO DE PASATIEMPOS
SEPTIEMBRE DE 1923
CUPON N.° 1302.

NUEVAS ORIENTACIONES DE ESTA SECCION

Es nuestro propósito dar una nueva orientación a esta página, dividiéndola en lo que se refiere a colaboraciones. Todas aquellas que aparezcan con el agregado: «fuera de concurso», se considerarán en tal carácter en cuanto al concurso de colaboraciones se refiera, no así para el de solucionistas, pudiendo por ese procedimiento no vernos privados de excelentes elementos.

Los demás pasatiempos se destinan a estimular a los que se inician en el arte enigmático.

Los que deseen que sus juegos se publiquen fuera de concurso deben manifestarlo al pie del mismo.



El cónsul suizo y miembros de la sociedad helvética que asistieron al festival con que celebró el 632.° aniversario de la independencia patria.

Grupo de señoritas que tuvieron a su cargo varios números del programa en la fiesta conmemorativa del aniversario de la independencia de la república suiza.

De Córdoba



BELL-VILLE. — Reunión social de jóvenes escolares que obsequiaron en tan simpática forma a su condiscípulo el joven Manuel Catoni con motivo de su marcha a Jujuy.

GREGUERÍAS

La tragedia de la gota de agua cayendo en el cubo del lavado toda la noche es una tragedia de asunto lacónico, pero espeluzante, que conocen las pobres criaturas humanas, en las que no todo ¡ni mucho menos! es heroico. . .

—

La caída de las horquillas de las mujeres es algo abrumador para nosotros, pero no para ellas... Se están cayendo siempre las horquillas, las vemos quedarse pendientes de un cabello, todas fuera, todas salidas como en los tocados de las japonesas; se lo decimos, pero ellas son apáticas y torpes para retenerlas... Primero no nos hacen caso, después hacen como que no nos oyen, después tenemos que decirlas: «Ahí no». «Más allá», «Más arriba». «Un poco más abajo», «Ahí», hasta que al fin las encuentra... Debíamos de corregirnos de este afán de que no se pierdan sus horquillas, de que las retengan, y dejar que se caigan... Después de todo así como las hojas que se caen de los árboles son una pérdida superflua que no da más que quizás las refresca y las renueva... Pero no nos corregimos nunca, y a cada instante estaremos con esa retahila: «Que se le cae a usted una horquilla. . .» «Que se te cae una horquilla».

—

«La mirada felina de los tornillos. . . », podríamos decir para acusar la expresión fija, fuerte, imperante con que se nos encara la cabeza de los tornillos, su ojo rayado.

R. GÓMEZ DE LA SERNA.

LOS SEÑORES BURKE Y HARE, ASESINOS



El señor William Burke se elevó de la condición más baja a un renombre eterno. Nació en Irlanda y principió como zapatero. Ejerció este oficio durante varios años en Edimburgo, donde hizo su amigo al señor Hare, sobre el cual tuvo grande influencia. No cabe duda que en la colaboración de los señores Burke y Hare la potencia inventiva y simplificadora perteneció al señor Burke. Pero quedan inseparables sus nombres en el arte como los de Beaumont y Fletcher. Vivieron juntos, trabajaron juntos y fueron aprehendidos juntos. El señor Hare no protestó nunca contra el furor popular que se inclinó particularmente hacia la persona del señor Burke. Un desinterés tan completo no ha recibido su recompensa. Es el señor Burke el que legó su nombre al procedimiento especial que honra a los dos colaboradores. El monosílabo *burke* vivirá largo tiempo aun en los labios de los hombres, cuando la persona de Hare habrá desaparecido ya en el olvido que se extiende injustamente sobre los trabajadores obscuros.

Parece que el señor Burke aportó a su obra la fantasía hechiceresca de la isla verde en que nació. Su alma debió estar bañada en los relatos del folklore. Hay, en lo que hizo, como un hálito lejano de las *Mil y Una Noches*. Semejante al califa errante por los jardines nocturnos de Bagdad, deseó misteriosas aventuras, curioso de relatos desconocidos y de personas extrañas. Como el gran esclavo negro armado de una pesada cimitarra, no encontró más digna conclusión a su voluptuosidad que la muerte de los otros. Pero su originalidad anglosajona consistió en que logró sacar el partido más práctico de las ensoñaciones de su imaginación de celta. Cuando había terminado su placer artístico, ¿qué hacía el esclavo negro, os lo suplico, de aquellos a quienes había cortado la cabeza? Con una barbarie absolutamente árabe los destazaba en cuartos para conservarlos, salados, en una cueva. ¿Qué provecho obtenía? Ninguno. El señor Burke fué infinitamente superior.

En cierto modo, el señor Hare le sirvió de Dinarzada. Parece que el poder de invención del señor Burke fué excitado especialmente por la presencia de su amigo. La ilusión de sus sueños les permitió servirse de un desván para alojar en él pomposas visiones. El señor Hare vivía en un pequeño gabinete, en el sexto piso de una alta casa muy poblada de Edimburgo. Un canapé, una caja grande y algunos utensilios de tocador, sin duda, componían casi todo el mobiliario. Sobre una mesita, una botella de whisky con tres vasos. Invariablemente, el señor Burke sólo recibía una persona a la vez, nunca a la misma. Su procedimiento consistía en invitar a un transeunte desconocido, al caer la noche. Vagaba por las calles para examinar los rostros que le inspiraban curiosidad. Algunas veces elegía al acaso. Se dirigía al extranjero con toda la corrección que habría podido emplear Harum-Al-Raschid. El extranjero subía hasta el sexto piso del desván del señor Hare. Se le cedía el canapé; se le ofrecía whisky de Escocia. El señor Burke le interrogaba sobre los incidentes más interesantes de su existencia. El señor Burke era un escuchador insaciable. El relato era interrumpido siempre por el señor Hare, antes de que apuntara el día. La forma de interrupción del señor Hare era la misma invariablemente, y muy imperativa. Para interrumpir el relato, el señor Hare tenía la costumbre de pasar detrás del canapé y aplicar sus dos manos en la boca del narrador. En el mismo instante, el señor Burke se sentaba sobre su pecho. Ambos en esta posición, soñaban, inmóviles, en el fin de la historia, que no oían nunca. De este modo los señores Burke y Hare terminaron un gran número de historias que no conocerá el mundo.

Cuando el cuento se detenía definitivamente con el aliento del cuentista, los señores Burke y Hare exploraban el misterio. Desnudaban al desconocido, admiraban sus joyas, contaban su dinero, leían sus cartas. Algunas correspondencias no carecieron de interés. Luego ponían a enfriar el cuerpo en la gran caja del señor Hare. Y aquí el señor Burke mostraba la fuerza práctica de su espíritu.

Importaba que el cadáver estuviese fresco, pero no tibio, a fin de poder utilizar hasta los residuos del placer de la aventura.

En estos primeros años del siglo los cirujanos estudiaban con pasión la anatomía; pero, a causa de los prejuicios de la religión, tenían muchas dificultades para procurarse cadáveres que disecar

El señor Burke, espíritu claro, se había dado cuenta de esta laguna de la ciencia. No se sabe cómo se ligó con un venerable y sabio médico, el doctor Knox, que profesaba en la facultad de Edimburgo. Quizá el señor Burke había seguido cursos públicos, aunque su imaginación debió hacerle inclinarse más bien a los placeres artísticos. Es cierto que prometió al doctor Knox ayudarle lo mejor que pudiera. Por su parte, el doctor Knox se comprometió a retribuirle su trabajo. La tarifa iba decreciendo desde los cuerpos de jóvenes hasta los cuerpos de viejos. Estos interesaban poco al doctor Knox. Era también la opinión del señor Burke — porque ordinariamente tenían menos imaginación.—El doctor Know se hizo célebre entre todos sus colegas por su ciencia anatómica. Los señores Burke y Hare gozaron de la vida como diletantes. Conviene sin duda colocar en esta época el período clásico de su existencia.

Porque el genio todopoderoso del señor Burke lo arrastró bien pronto fuera de las normas y reglas de una tragedia en la que había siempre un relato y un confidente. El señor Burke evolucionó solo (sería pueril invocar la influencia del señor Hare) hacia una especie de romanticismo. La decoración del desván del señor Hare no le bastaba ya, e inventó el procedimiento nocturno en la niebla. Los numerosos imitadores del señor Burke han empañado un poco la originalidad de su manera. Pero he aquí la verdadera tradición del maestro.

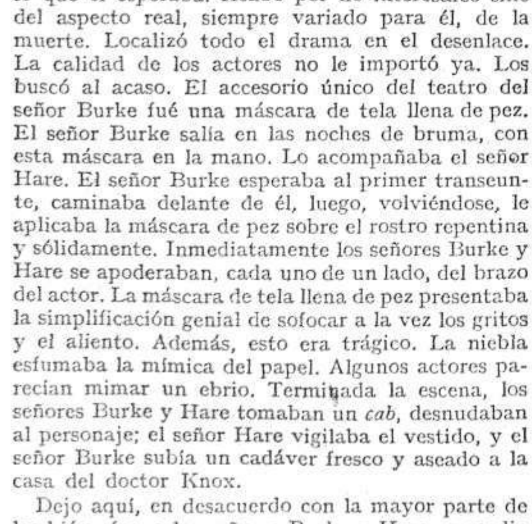
La fecunda imaginación del señor Burke se había fatigado de los relatos eternamente semejantes de la experiencia humana. Jamás había correspondido el resultado a lo que él esperaba. Acabó por no interesarse sino del aspecto real, siempre variado para él, de la muerte. Localizó todo el drama en el desenlace. La calidad de los actores no le importó ya. Los buscó al acaso. El accesorio único del teatro del señor Burke fué una máscara de tela llena de pez. El señor Burke salía en las noches de bruma, con esta máscara en la mano. Lo acompañaba el señor Hare. El señor Burke esperaba al primer transeunte, caminaba delante de él, luego, volviéndose, le aplicaba la máscara de pez sobre el rostro repentina y sólidamente. Inmediatamente los señores Burke y Hare se apoderaban, cada uno de un lado, del brazo del actor. La máscara de tela llena de pez presentaba la simplificación genial de sofocar a la vez los gritos y el aliento. Además, esto era trágico. La niebla esfumaba la mímica del papel. Algunos actores parecían mimar un ebrio. Terminada la escena, los señores Burke y Hare tomaban un *cab*, desnudaban al personaje; el señor Hare vigilaba el vestido, y el señor Burke subía un cadáver fresco y aseado a la casa del doctor Knox.

Dejo aquí, en desacuerdo con la mayor parte de los biógrafos, a los señores Burke y Hare en medio de su aureola de gloria. ¿Para qué destruir tan bello efecto de arte conduciéndolos lánguidamente hasta el fin de su carrera, revelando sus desfallecimientos y sus desencantos? Sólo hay que verlos con la máscara en la mano, vagando en las noches de niebla. Porque el fin de su vida fué vulgar y semejante a tantos otros. Parece que uno de ellos fué ahorcado y que el doctor Knox tuvo que abandonar la Facultad de Edimburgo. El señor Burke no dejó otras obras.



MARCEL SCHWOB

DIBUJO DE MACAYA






Granja Blanca
Dulce Crema de Leche
José Julio Palma y Hnos
Buenos Aires.

De Tucumán

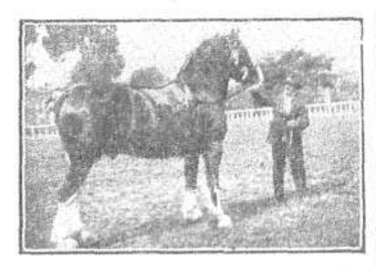


Aspecto de los talleres y de las oficinas del diario matutino «La Nota» después del vandálico asalto de que fueron objeto por hordas políticas que, con el incendio y el empastelamiento creen atemorizar y hacer callar la justa crítica que promueve los actos de sus caudillos. Unimos, pues, nuestra protesta a la de la Prensa *en general que ve* en este hecho un agravio a nuestra cultura nacional.



37.° EXPOSICION NACIONAL DE GANADERIA DE LA S. R. A. EN PALERMO

RESUMEN DE LAS SECCIONES DE EQUINOS Y PORCINOS



«Dunmure Agitator,» campeón Clydesdale.

Comprendiendo la necesidad de tener que ir comentando los resultados de esta exhibición en artículos sucesivos, comenzaré informando sobre los caballos, o sea la sección equina. Las primeras categorías juzgadas fueron ejemplares de la raza árabe S. P. carrera, Hackney, Hackney Pony, Anglo-normando y American Trotter, y he aquí al Sr. Miguel A. Martínez de Hoz, del famoso «Chapadmalal», haciendo de concienzudo y competente juez, en tanto que su hijo, D. Miguel Eduardo, se distinguió como eficaz secretario de su padre.

Los señores S. H. Rocca y el general Victoriano hicieron muy buenos árbitros en la sección de la raza criolla.

Este año se presentaron seis categorías de esta raza, y, sea dicho en honor de los muchos partidarios del caballo criollo, todos ellos respondieron cumplidamente y fueron disputados en reñida porfía por la espléndida calidad que demostraban.

Nadie que conozca la admirable resistencia y el poder del caballo criollo puede negar su valor y provecho en la estancia, en los caminos y en el ejército, y es muy oportuno recalcar que un grupo de hombres de probadas energías ha trabajado con inteligencia para establecer un «stud book» y un buen «standard» para criadores. El que suscribe también ha podido contribuir, como sincero admirador que es del caballo criollo, al desenvolvimiento de esta raza nacional en muchas ocasiones.

Once ejemplares se presentaron para la categoría de machos nacidos del 1 de julio de 1917 al 30 de junio de 1920, y un caballo zaino, de buena calidad, perteneciente a D. Enrique C. Crotto, ganó el primer premio, y otro zaino, de menos cuerpo y costillar, de propiedad del señor C. V. Viera, ganó el segundo.

Diez y seis ejemplares se registraron para machos nacidos del 1 de julio de 1920 al 30 de junio de 1921, y este fué el mejor de todos los lotes, de donde salió el campeón y el reservado campeón. Aquí pudimos advertir buen número de típicos caballos con amplios y buenos costillares, cortos y buenos lomos y espléndidos cuartos traseros y delanteros, así como hermosos cuellos y cabezas, excelentes remos, nudos fuertes y muy andadores.

El ganador de esta categoría fué un gateado padrillo de mucha raza, de los señores P. y E. Solanet, cuyo ejemplar obtuvo después el campeonato; y el segundo premio correspondió al que se le adjudicó el reservado campeón a un espléndido padrillo de propiedad de los señores Urquiza Anchorena Hnos. Ambos animales serán buenos sementales y desde luego son finos exponentes del verdadero tipo de la raza.



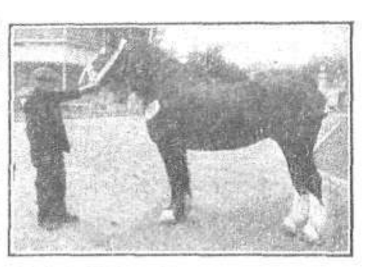
«Atuel Cardal», campeón criollo.

La categoría de dos años no fué muy selecta, pero el gateado de los señores P. y E. Solanet, que ganó el primer lugar, es un buen ejemplar que ganará con la edad.

La categoría para hembras no estuvo muy concurrida ni en número ni en calidad; pero, sin embargo, las ganadoras y las que obtuvieron el campeonato y el reservado, eran potrancas de excepcionales calidades y tipo, y es difícil encontrar mejores ejemplares de la raza, pudiendo asegurarse que nunca se presentaron otros superiores en Palermo. Ambos fueron criados y registrados por los señores P. y E. Solanet.

Muy poco se puede decir en alabanza de los caballos de pura sangre para carreras, ni del mejor de todos los presentados, y también resultaría ridículo hacer elogios de los competidores de raza Hackney. Bastará decir que el campeón demostró muy buenos movimientos con sus remos delanteros y traseros, siendo un gran caballo para tiro, pero escaso de peso y conformación como semental de la raza.

«Drabble Royal Sovereign», campeón Shire.



«Alston's Lady Cedric», campeona Clydesdale.

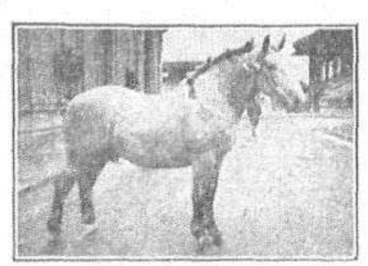
El reservado campeón fué un caballo de buena estampa, poseyendo un gran carácter para la reproducción y, en general, resultó mejor que el anterior, pero abriendo los remos traseros al caminar.

En las categorías para Anglo-normandos se presentaron pocos animales. Ganó el campeonato un padrillo alazán, con mucho carácter para semental, de D. Enrique Santamarina, de muy buenos andares. El reservado campeón fué un padrillo de color zaino, propiedad de D. Carlos P. Boero, cuyo ejemplar ganó el campeonato de Rosario este año; buen animal de esta raza, que, por cierto, no fué tan bien representada como en años pasados.

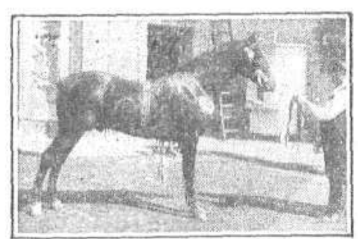
Todos los campeonatos y premios en las categorías para American Trotters fueron adjudicadas al Sr. Bernardo L. Duggan con animales de gran calidad y de muchas características raciales, buenos andadores y con trotes muy ligeros.

Solamente con una excepción, todos los ejemplares competidores en las categorías para Hackney Pon y fueron de la propiedad de la Sucesión de Emilio Anchorena, y el campeón y el reservado campeón demostraron ser padrillos de mucha calidad y carácter de Pony.

Cinco criadores compitieron para disputarse los premios en las categorías para Polo-Pony. La calidad de los ejemplares era excelente. La competencia resultó muy interesante. Dos «ponies» de gran mérito de «Cha-



«Mataco», campeón Boulonais.



«San Justo», campeón Hackney.

padmalal», del señor M. A. Martínez de Hoz, ganaron el campeón y reservado campeón. Las estancias de los señores Juan Duggan Ltd. y Eduardo M. Ash ganaron otros premios. Actuó de competente árbitro el señor Jack D. Nelson.

La sección de padrillos de tiro pesado fué, comentando en general, de buena calidad, siendo las razas mejor representada. Percherón, Shire, Clydesdale, Suffolk-Punch y Boulonais. La raza Shire fué clasificada por mister H. Spillman, jurado inglés, y sus veredictos resultaron a entera satisfacción.

Otra vez los ejemplares del «stud» Drabble ganaron todos los campeonatos y premios principales con padrillos de mucho peso, gran hueso, cuerpos compactos, buenas costillas y lomos, y espléndidos remos y cascos con buenos palmos. El campeón ganó la copa del Jockey Club compitiendo con la raza Clydesdale. Ejemplares de las Estancias y Colonias «La Curamalán» también ganaron premios en sus categorías. En la competencia por el premio especial del Jockey Club, la raza Shire ganó a la Clydesdale.

La popularidad de esta última se demostró ampliamente este año por el crecido número de sus registros y la mejor calidad de los ejemplares, y no cabe duda que la «Clyde» se ha afirmado con buen pie en la república, lo que se comprobó con los espléndidos precios alcanzados en reñida competencia en la subasta.

Se me permitirá mencionar aquí que, siendo todavía posible desarrollar en mayor escala de perfeccionamiento las razas Shire y Clydesdale, los criadores de ambas deberán tomar nota de que ello ha de procurarse sin necesidad de cruzamiento entre ellas. Es perfectamente cierto que la mezcla de estas dos sangres disfruta de general favor debido al hecho de que muchos ejemplares muy útiles para las estancias en general han sido obtenidos por medio de este cruce; pero sigo predicando mi tema de que los criadores obtendrán mejores crías conservando la pureza del tipo. El punto de mira de todos los estancieros consistirá, pues, en producir magníficos ejemplares, no solamente cultivando su «pura sangre» sino cuidándose también de obtener más «pura sangre» de los mismos.

Los principales ganadores procedieron de los «studs» de la Compañía Rural Los Cerros, San Juan y Cochicó y del Dr. Guillermo Alston, William Angus, Bartolomé Ginocchio e Hijos y A. T. Bell. El campeón macho fué un hermoso y vivo garañón de tipo superior con excelentes y duros huesos y gran lomo, hijo del importado Dunmure Agitator, y el reservado campeón lo ganó otro ejemplar del mismo padre, ambos procedentes de Cochicó. El campeón hembra fué, probablemente, una de las mejores yeguas que se han exhibido en Palermo desde hace bastante tiempo; muy bien proporcionada, gran andadora y de gran carácter racial. Ha sido criada y presentada por el doctor Alston. El reservado campeón correspondió a otra yegua de buena calidad del «stud» Santa Aurelia, de Ginocchio e hijos.

El campeón semental de la raza Boulonais fué presentado por el señor Angel Velaz y atrajo mucho la atención, ganando popularidad esta raza en el país; y los animales «Suffolk Punches» acreditáronse como buenos raciales alazanes de limpios remos. Hubo, en esta categoría, bastantes exhibidores, pero los animales de las Estancias y Colonias «La Curamalán» ganaron el campeonato y otros premios con sus ejemplares de uniformes y buenos remos, resistentes nudillos y articulaciones, que no tuvieron formal competencia.

Tanto el número como la excelente calidad de los registros correspondientes a la sección Percherones demostraron con amplitud la simpatía de que goza esta raza en toda la república.

Fué en esta sección de sementales para tiro pesado donde se agruparon el mayor número de criadores rivalizando por los primeros honores, y resultó deplorable, y se notó en seguida, la ausencia de un experto jurado, pues los árbitros que fueron invitados en Francia no pudieron cumplir su compromiso. Sin embargo, el caballero argentino que actuó como tal desempeñó su cargo notoriamente bien, juzgando cuidadosamente según su criterio.

Entre los mejores exhibidores hay que mencionar a los siguientes: Señora Juana D. de Malbrán, Sucesión de Narciso Vivot, Echesortu y Casas, B. M. Barreto, Suc. S. R. de Rosetti, R. Herrera Vegas, Leonardo Pereyra y la Suc. Emilio de Anchorena. El primero de los nombrados adquirió el campeonato y el reservado campeón con dos padrillos, y el último los mismos premios para las yeguas.

Porcinos.— Esta fué una sección bien repleta y que desde luego despertó gran interés en la Exposición, y la presencia de Mr. George Will, procedente de Inglaterra y actuando como árbitro, aseguró a los exhibidores y al público un magnífico espectáculo. Sus decisiones causaron general satisfacción. Describiendo con su reconocida competencia las diversas razas y ejemplares, he aquí su importante opinión, que hemos



«Sorpresa Cardal» campeona criolla.



«Earl Dillon», campeón American Trotter.

recogido personalmente de sus labios:

«De gran calidad fueron los animales presentados en esta sección, y su «standard» puede considerarse de los mejores. Los ganadores de premios de la raza Berkshire resultaron particularmente buenos. Agreguemos que todos los cerdos, en esta sección, poseían un admirable aspecto, lo que constituye un legítimo orgullo para los criadores. En exceso gordos aparecieron los de la raza Duroc Jersey, pero excelentes en todos los demás sentidos, alcanzando también un buen «standard». El ejemplar hembra a quien correspondió el campeonato puede decirse que representa el tipo de mayor demanda ahora por sus magníficas condiciones como criadora de hijos «bacon», larga y ancha, de buenos huesos y fina paleta.

«Gran desarrollo se advertía entre los cerdos correspondientes a la categoría de 3 a 6 meses, sin olvidar la raza Poland China que tenía buenos registros y cuyo engorde rápido siempre promete apreciable descendencia de gran peso. Muy típicos fueron los que se llevaron los premios, acreditando perfectamente su raza. Escasa representación tuvo la raza Middle White, pero con algunos animales de calidad ponderable.

«Seleccionar con esmero los ejemplares de cría, de modo que sus madres sean de temperamento dócil y cuidadoras de sus hijos, es un consejo que me permito recomendar encarecidamente a los criadores de este floreciente país. Otro punto importante es que los animales dedicados a la reproducción posean ese aplomo de patas que da una buena armazón de huesos. Las paletas reducidas y los buenos huesos son dos de las principales condiciones que ha de tener el tipo de cerdo llamado «bacon».

«Finalmente, me es grato decir que si todos los cerdos que yo he tenido el honor de juzgar en la Exposición de Palermo son los típicos representantes de los que se reproducen en la república, la industria porcina tiene un brillante y bien asegurado porvenir.»

Los principales ganadores fueron: *Berkshire*: Genoud, Dónovan y Lagos, B. Ginocchio e hijos, C. Olivera e hijos. A. Velaz, Ramos Mejía y Bengolea y Pérez y Lozano. — *Poland China*: Juan C. Campión.— *Duroc Jersey*: Juan C. Campión, E. J. Smith y E. Signoret.— *Middle White*: Villamayor.

Geo. G. J. Peters

De Tucumán



Grupo de alumnos de la Escuela Comercial durante una de las clases prácticas que efectúan en distintas casas comerciales de esta ciudad, las cuales prestan desinteresado concurso para que los estudiantes adquieran una sólida preparación.

LA ABEJA

Sobre la flor de un romero se había posado una abeja. Luego voló en derredor de mi cabeza, y el susurro de sus alas sonaba como el bordón de un canto coral. Creí entender este discurso:

«... Mientras los hombres buscan lo amargo para acibarar la existencia propia y ajena, yo busco la dulzura que está esparcida en las plantas y la deposito en los estuches de cera para que sea saboreada por lo labios golosos. Una sola gotita de miel basta para perfumar la insipidez. El panal de nuestra colmena chorrea el dorado jugo tan codiciado de los finos paladares. Y de balde los damos a quien se atreve a venir por ellos desafiando nuestros picotazos, en lo que somos ejemplo de que las cosas buenas cuestan sacrificios. Fabricantes somos de sano alimento y lo extraemos de los vegetales en los que la ciencia no halla nada utilizable.

El hombre pasa inadvertido al lado de las grandes riquezas Si un genial investigador descubre una fuente de bienes que modifiquen y mejoren la condición de la vida, se le persigue, se le arruina y se le desespera. Nuestro instinto halló en las flores el delicado zumo, y el poeta latino pudo afirmar que «la codicia generosa de las abejas dotó a los campos de una industria sin par».

... Al volar la abejita en la búsqueda de plantas amorosas el sol la alumbró, y en el extremo de su abdomen brilló un punto de color granate. Era la miel que había elaborado mientras me refería su doctrina...

J. Ortega Munilla.





CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). — Administración: Unión T. 2316 (Avenida)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL

Trimestre	$ 2.50
Semestre	» 5.00
Año	» 9.00
Número suelto	20 ctvs.
Número atrasado del cte. año	40 »

EN EL INTERIOR:

Trimestre	$ 3.00
Semestre	» 6.00
Año	» 11.00
Número suelto	25 ctvs.
Número atrasado del cte. año	50 »

EN EL EXTERIOR

Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» » 4.00
Año	» » 8.00

Para Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, España, Ecuador, Honduras, Méjico, Norte América, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año, $ oro **5.—**

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.



EL QVE LA AMÓ MÁS

Hacía quince días que Ana María habíase extinguido.

Encerrado en la casa donde, durante diez años, todo viviera del hálito de ella, y donde ahora, al desaparecer para siempre, todo permanecía mudo, frío y como petrificado por el soplo de la muerte, Silvio Parenzi, quedábase solo por propia deliberación, consumiéndose en un llanto continuo y desesperado. Los profanadores sirvientes fueron despedidos. El portero tenía orden de rechazar las visitas. Después del décimoquinto día de llanto, le dominó una especie de sueño cataléptico y durmió largamente. Al despertar volvió a sentir rápidamente su dolor, agudo y desolado, pero unido a un nuevo, vago y extrañísimo tormento. Recordaba haber visto una chispa de alegría en el diáfano rostro de la agonizante. Se acordaba también que en el curso de la destructora enfermedad ella dejóse curar, cual si tuviera el deber de resignarse, sin pedir que la salvaran, sin rebelarse a la ineptitud de la ciencia. ¿Había acaso deseado morir Ana María?... El pobre viudo empezó por formular esta duda, extrayéndola, confusa, del mismo tormento que aquel sombrío y morboso sueño habíale preparado. Luego trató de coger su esencia, de quitar la niebla que lo rodeaba, de interpretarlo, casi, cual si se lo hubiera comunicado una esfinge abstrusa. Y lo encontró agarrado a las reminiscencias de su vida conyugal. Del primer *acaso* saltaron, cual chorros, otros más límpidamente graves y perversos. ¿Acaso había vuelto desdichada a su mujer al ligarla a él con los sagrados e indisolubles vínculos del matrimonio? ¿Acaso disimuló ella su desdicha? ¿Y cuál era la causa de tal desdicha no flagrante e intangible?

Silvio Parenzi volvía a investigar, recordaba, se examinaba, discutía.

—Ninguna fuerza extraña a su voluntad la obligó a casarse conmigo. Yo, enamorado, le propuse tímidamente si deseaba vivir a mi lado. Ella consintió y prometió amarme. Nos unimos con una gran sonrisa de esperanzas y de recíproca confianza. Los años transcurrieron en paz. Yo le pagaba con la mayor gratitud. Decuplaba mi modesto trabajo de ingeniero para asegurarle una vida más holgada. Me esforzaba por adivinar sus más recónditos deseos para satisfacerlos. La respetaba, la adoraba, y hasta sentíame muy empequeñecido junto a ella. Hubiera sido su esclavo si lo hubiese consentido. Y, además, no era yo un marido feo ni viejo. Lo que yo era para ella jamás me lo dijo. Sin embargo, su fidelidad perfecta e indudable y su fácil docilidad me tranquilizaban, vedándome sospechar que estaba arrepentida de haberse casado conmigo. Aunque, seguramente, ella no encendíase en llamaradas de pasión por mí, ni yo tenía su existencia en un puño. ¿Pero cómo habría sido posible eso? Ana María no era una criatura de la tierra. Sus mismos rasgos y facciones me lo revelaban. Leve el cuerpo al cual, mirándolo, se le atribuían alas invisibles, la voz suavemente serena, y los ojos color del cielo, y la divina mística boca de virgen extática parecía que exteriorizaban un alma que tenía derecho a rechazar el involucro humano.

Aquí el pensamiento de Silvio Parenzi detúvose, comprimido por un repentino y luminoso silogismo.

—Puesto que ella no era una criatura de la tierra, forzosamente debía anhelar marcharse, como igualmente debía acoger la muerte como un rescate.

Mas en seguida el silogismo se disipó substituído por una torva y cruel reflexión.

—¡Son insulseces! —afirmóse con dureza él mismo. —Sí, insulseces a las cuales recurro para ilusionarme. Quien nace en la tierra es criatura de la tierra. Y sea la que se quiera su incompatibilidad con las eventualidades terrenales es una estupidez el pretender descubrir seriamente su origen celestial! ¡Fuera, fuera los engaños y las ilusiones! ¡El ilusionarse a menudo es una cobardía!

Y volvió a sus indagaciones. ¿Desdichada, por qué? ¿Y por qué el deseo de morir? ¿Por qué el deseo de separarse de él?... ¿Hubiera podido amarla más él? ¿El amor de otro hombre hubiese podido superar al suyo? ¿Rivalizar con el suyo?...

Estos puntos de interrogación atormentaban su cerebro como punzones candentes. Y nada atenuaba su martirio. Pedíale respuestas a su misma conciencia, hurgando ávidamente en ella, y pedíaselas también al aire y a las paredes, y a la alcoba, consagrada a los misterios más íntimos de la vida, y a los misterios de la agonía, y a los mismos que separan el espíritu de la carne. Mas de la conciencia, del aire, de las paredes y de la alcoba, ni una señal siquiera arrancaba de aquellos secretos del pasado sumergidos en la tumba.

Un gran retrato de Ana María, hecho con la escrupulosa exactitud de un consumado pintor, entre unos pequeños reflejos de sol, en el centro de una pared blanca, palpitaba de gracia peregrina y elegantemente. Allí estaba el leve cuerpo pronto para elevar el vuelo con sus alas invisibles, hallábanse allí los ojos de cielo y la divina boca, de la cual parecía que fuera a desbordar la armonía de su suave voz. De pronto confió en que aquel retrato, lleno de las esencias vitales de ella, por fin le habría concedido alguna respuesta, un indicio de la verdad. Arrodillóse ante él, extendió los brazos en actitud de súplica y pronunció claramente las frases de su sed ardiente, casi cual si hubiese tenido la seguridad de ser escuchado.

—Dime, dime, Ana María, si en verdad has deseado la muerte. Dime si no te he amado como merecías. Dime si ni siquiera ahora te das cuenta que mi amor fué insuperado e insuperable. ¡Habla, Ana María! ¡Habla, aunque seas despiadada! ¡Sálvame de la horrenda locura que ya hace presa de mí!

Al decir esto intensificó su mirada sobre los labios de la efigie y tendió el oído en aquel silencio. Pero desvanecióse la efímera vivacidad de los falsos labios, que le hablaron de las pinceladas del pintor, y el silencio se hizo infinitamente profundo, cual si todo el universo hubiese muerto.

Anduvo girando convulsivamente por las estancias mudas y siniestras, sin ver ya nada, dilatando sus enceguecidas pupilas, llevándose por delante los muebles que, a su contacto, suscitaban en él sobresaltos y escalofríos, estrechándose las manos sobre el cráneo, casi como para evitar la explosión del horno que adentro ardía y crepitaba. Todo resultábale indefinible. El espacio de la minúscula casita perdíase en la extensión indefinible invadida por las tinieblas, y las horas se alargaban y confundían en la pesadilla inmanente de la eternidad.

Cuando se puso el sol y unos pequeños reflejos amarillentos de los faroles de la calle empezaron a mostrarse en los vidrios de las ventanas, él no comprendió lo que significaban aquellos reflejos a través de la obscuridad que ahora en verdad lo rodeaba, no percibió que había llegado la noche. Creyó que los tentáculos errantes y fosforescentes de un espectro raspasen sobre los vidrios para anunciarle un hecho nuevo y diabólico, el cual hubiese exacerbado aun más su ambiguo organismo.

Y en aquel preciso instante resonó, con estrépito, la campanilla de la puerta de entrada. Y el tumulto producido por dicho orgasmo cesó de pronto, porque aquel sonido vivaz restituíale, en cierto modo, la sensación de la realidad. Y hasta volvió más en sí al oir la voz de Pedro Verracci que le ordenaba que abriese la puerta:

— ¡Abre, Silvio! ¡Abre, abre, por Dios! ¡Quiero que abras! ¡He violado la consigna! ¡Estaba en mi derecho!

En realidad, Pedro Verracci podía alabarse de ser el único amigo de Silvio Parenzi, el único hombre admitido por él, en casa, familiarmente, durante los diez años de unión conyugal. Taciturno y descortés, velado detrás de una amarga misantropía, descuidado en el vestir, de cuerpo huesudo y como desligado, con una enorme cabeza, con ojos atacados de estrabismo, metidos en sus protuberantes sienes, la nariz respingada, el rostro lampiño y térreo, los labios morunos perennemente abiertos sobre unos dientes gruesos, desunidos y herrumbrosos, siempre despertaba antipatía o desconfianza o abiertamente desagrado; pero desde la niñez había conquistado la amistad de Silvio Parenzi y siempre habíale dado pruebas de cariño y fidelidad, a pesar de las asperezas de su carácter agrio y huraño.

Silvio Parenzi apresuróse a abrirle la puerta al viejo amigo con las ansias del que, sepultado vivo por un terremoto, concibe la esperanza de salvarse al oir un ruido de pasos cercanos.

— ¡Entra! ¡Entra! ¡Entra! ¡Quizás tú me ayudes algo!...

Y se abrazó a Pedro Verracci, cuya enorme y horrible cabeza doblábase sobre un hombro de él.

Después de algunos minutos, llenos de tétrica solemnidad, en un rincón de la casa que ninguno de los dos quiso librar de aquella obscuridad, apenas aclarada aquí y allá, por las reverberaciones amarillentas, Silvio Parenzi, sentado frente a Pedro Varracci, revelábale la implacable obsesión que lo trastornaba. Perdido en lo ignoto multiplicaba sus interrogaciones, y, casi furiosamente, repetía:

— ¿Era ella desdichada? ¿Deseó la muerte? ¿Deseó separarse de mí? ¿No la amé más que cualquier hombre amó nunca a una mujer? ¿Y desde allá arriba, junto a Dios, donde fué a refugiarse y a descansar, no ha debido ver ella que ningún dolor fué jamás tan grande como el mío con motivo de su muerte?

Mas como no habíanle respondido la conciencia, el aire, las paredes, la alcoba ni la efigie de Ana María, igualmente no le respondía ahora Pedro Varracci. En la sombra notaba la enorme e inmóvil cabeza, y un poco, proyectadas por sus ojos oblicuos, sus dos miradas de soslayo, parecidas a dos tenues rayos fugitivos de misteriosa linterna encerrada en un trozo de creta.

— ¿Tampoco tú me respondes? ¿Tampoco me ayudas a entender, a saber, a extraer la verdad del sepulcro que, cualquiera sea, es indispensable que yo la sepa para recuperar mi razón perdida? ¡Te suplico, Pedro! ¡No calles tú! ¡Respóndeme! ¡Respóndeme francamente! ¿Qué crees? ¿Qué piensas? No importa que te equivoques. Una palabra cualquiera que tú me digas será para mí una indicación, una guía, una compañía, un benéfico empréstito de altruísta clarividencia. Lo que más me espanta es quedar a merced de mi suerte. ¡Dame pruebas de que no me abandonas! ¡Dame pruebas de que me socorrerás!... Además ¿para qué puedes haber venido si no es para socorrerme? ¡No calles, entonces, no calles!

Esperó. En larga y vana espera extinguióse la esperanza de salvataje, la fuerza de implorarle y hasta el discernimiento para considerar la incoherencia de la visita urgente y hostil de Pedro Verracci. De manera que al verle que se levantó con la frente baja, los brazos cruzados sobre el pecho, y alejarse lentamente ni se asombró siquiera ni quiso detenerlo. Unicamente murmuró, con voz débil, rencorosa y áspera:

— Haces bien en irte.

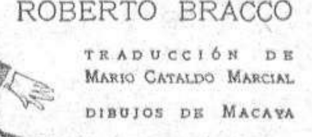
— ¡Adios! — confirmó el otro, glacial y resuelto, mientras salía.

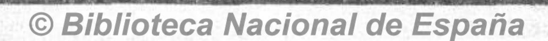
En los oídos y en el corazón de Silvio Parenzi aquel adiós, penetró como la hoja aguda de un puñal. Y mientras retorcíase sobre su silla, conteniendo sus ímpetus para no imprecar, un golpe seco y el ruido de un cuerpo que cayó redondo lo hicieron saltar en pie, dándole, con la rapidez de un rayo, la seguridad de que Pedro Verracci habíase matado. Confundido y lleno de espanto corrió hacia el rellano y halló extendido, supino, bajo la luz plena de una lámpara eléctrica al suicida, que tenía al lado un revólver rústico aun empuñado en su mano aterida, con un manchón rojo en la prominencia de una sien, con los ojos fijos, mirando hacia dos puntos opuestos, con las felinas quijadas sobresaliendo más de la monstruosa boca, que diríase reía larga y burlonamente. Al inclinarse, Silvio Parenzi observó al suicida y tuvo la impresión de que no había cesado de respirar por completo. Lo sacudió violentamente, lo llamó por su nombre irrumpiendo imperiosamente, lo estrechó en un despertar prepotente de sus energías, para infundirle, por lo menos, otro instante de vida.

Luego esperó. Oyó o parecióle oir entre gorgoritos y estertores:

— No la amabas lo suficiente. Yo muero porque la he amado más que tú.

El viudo sintió cual si el alma del suicida hubiese hecho presa de él y lo hubiera arrojado con violencia a un abismo.





De Entre Ríos



COLON.—El jefe de Policía rodeado por el núcleo de tiradores que obtuvieron los primeros premios en el concurso recientemente organizado por las autoridades del Tiro Federal local.

El subprefecto señor Raúl Herrera Oliver acompañado por los señores Cándido Brunel, José Culó, y R. Rodríguez distribuyendo entre los habitantes de la «Isla de Bérgamo», damnificados por la última crecida del Uruguay.

EL IDIOMA CASTELLANO EN LA ARGENTINA




Por FLORENCIO GARRIGOS (Hijo)

(Continuación)

ABOVEDADO, ABRILLANTADO, ABRUMADO

De éstos, el primer vocablo figuró con carácter de adjetivo desde la primera hasta la undécima edición del diccionario oficial; luego, corrió la suerte de los diminutivos con terminaciones vulgares y de los superlativos en «ísimo», contra los cuales la Academia, en cierta ocasión, dictó auto de desalojamiento...

En algunos vocabularios aparecen calificados los tres de adjetivos; pero es dē observar que, por lo regular, aquí se usan como participios y de conformidad con los cánones prescriptos por la docta Corporación.

De un libro de autor argentino han sido tomados estos ejemplos: «la galería, muy estrecha y muy oscura, tiene forma abovedada», «la hoja de acero estaba limpia y abrillantada», «... y abrumado por el dolor, pensó en el suicidio»; en la primer oración, el participio es complemento predicativo; en la segunda, predicado, y, en la tercera, conjunto.

Lo dicho no obsta para que estos vocablos intervengan a veces, en el discurso, con carácter exclusivamente adjetival; así decimos: «la fruta abrillantada gusta a los niños».

ABROGAR

A las veces, impensadamente, se emplea por «arrogar», «atribuir», «apropiar», verbos que tienen otras acepciones.

El artículo 247 del Código Penal actualmente en vigor se halla redactado en estos términos: «Será reprimido con multa de cincuenta a mil pesos, el que públicamente llevare insignias o distintivos de un cargo que no ejerciere o se *abrogare* grados académicos, títulos profesionales u honores que no le correspondieren».

El «lapsus cálami» que va de bastardilla se halla en la edición oficial del código y en otras obras de derecho penal de eruditos criminalistas.

ABÚLICO

Una persona que carece de voluntad es un ser «abúlico».

Si la docta institución transigió con el uso general en cuanto a la palabra «abulia», igual temperamento debió adoptar respecto del adjetivo, el cual viene a reemplazar con elegancia un circunloquio de nuestra lengua, en vista, probablemente, del progresivo aumento de individuos sin aspiraciones y faltos de voluntad.

ACAPARAR

El filólogo Matías Calandrelli observó que por haber sido aceptado y estar registrado en el diccionario este verbo podía emplearse, no obstante los reparos que le hacía la Real Academia en su gramática, edición de 1917, página 445.

La docta Corporación ha vuelto a incidir en la misma censura en la edición de 1920 de la gramática, donde afirma que «por ignorancia y torpeza escriben y estampan muchos: *acaparar*, por monopolizar; *accidentado*, por quebrado, etcétera».

(Continuará.)

SUCEDIDO



n el lugar de Casal de Mosquera murió una moza garrida y lozana una tarde otoñal. Durante su enfermedad oyó con tristeza el sonido de las campanas del monasterio de San Pedro de Gondel, que envían por la comarca sus familiares saludos de bronce, alegrando el alba y entristeciendo las tardes. A esta aldea la circunda un bosque de pinos mansos que baja a lo largo de la montaña de la Escusa.

Por esta moza, muerta en la edad florida de la juventud, tocaron también las campanas, momentos después de anunciar la Salve Sabatina que rezan en aquel gris y austero convento unos frailes mercedarios de blancos hábitos.

Dos viejas vecinas la amortajaron, mientras su madre bajaba del sobrado unas tablas para hacerle una cama en alto, y sacaba de los arcones limpias ropas de lino. Luego la colocaron en una reducida estancia, sin más galas ni adornos que un traje de estameña. Una rama de boj encima de una concha con agua bendita, colocada en la cabecera, la defendía del enemigo, y dos velas iluminaban su rostro exangüe.

La noticia corrió ligera por la aldea, empezando a asistir a la casa mortuoria viejas y mozas cubiertas con negro mantelo. Musitaban una oración ante el cadáver, limpiábanse una fingida lágrima y, al despedirse, todas decían:

—*¡Probiña, qué boa era!*

Llegó la noche; se suspendieron las *fiadas* que todos los sábados se celebraban en el Casal, y de cada casa asistió alguna persona a hacer el velatorio. Alguno comentaba por el camino lo repentina que había sido la muerte de la pobre Sabel. Las rústicas almas de estos aldeanos creían encontrar relación en esta muerte inesperada y los amoríos que en otros tiempos había tenido la moza con Manuel de *Labrada*.

A medida que llegaban a la casa penetraban silenciosos en una amplia sala. Se saludaban en voz baja los más cercanos, y entre lloriqueos ahogados salía a relucir el nombre de la difunta, contando sus virtudes y su desventura. Su madre, una vieja de blancos cabellos, en un rincón de la sala, rodeada de otras viejas, miraba ensimismada hacia la estancia donde su hija dormía entre dos velas su último sueño, y los viejos, en otro rincón, hablaban quedamente del tiempo y las cosechas.

El velatorio hacíase lento. Conversaban entre suspiros las viejas comadres, y se interrumpían cuando alguien entraba salmodiando el mismo pésame y el mismo comento.

Dos mozas, primas de Sabel, condimentaban en la cocina el bacalao con que se obsequia a los acompañantes, a media noche.

Fuera, en las eras, ladraban los perros; tras el bosque de pinos mansos, esmorecía el pálido claror de la luna.

Por un camino de atajo marchaba a esta hora un hombre cuyos zuecos levantaban ruido en el pedregal, trillado por los carros. Venía de la Arganza, una aldea que está enclavada en la falda de la montaña, en donde nacían los primeros rayos del sol mañanero y adonde iban a morir las dulces vibraciones de las campanas de San Pedro de Gondel. Era este hombre, mozo aún, Manuel de *Labrada*, antiguo novio de Sabel. Había sabido la noticia de su muerte al regresar del prado con su par de bueyes marelos. Y con el corazón oprimido, limpiando unas lágrimas grandes como granos de maíz que corrían por sus curtidas mejillas, entró en su casa, vistió el traje dominguero y emprendió presuroso el camino del Casal para ver a Sabel, a

aquella que tanto había querido y que siguió queriendo siempre a pesar de la ruptura obligada por las familias de ambos, que no miran el cariño de los mozos, y sólo tienen en cuenta el rústico interés que se mide por las fincas y los bienes.

Al llegar a la casa vió a través de las ventanas la luz del interior. El humo salía por el tejado e iba a jugar entre los frutales jibosos que crecen arrodeando el pajar. Manuel no se atrevía a subir, pues acaso fuera mal visto. A su alrededor crecerían los comentarios y más de uno hablaría al oído de otro.

Lloraba por lo bajo, ahogando unos suspiros muy hondos.

— ¡Ay, Sabel, Sabel! Quísete mucho, y pienso que tú hicistes igual conmigo hasta la última hora — decía.

De pronto, en el camino se sintieron pasos y voces cercanas. Por temor de que le vieran, saltó un muro y, agachado bajo el parral, dejó que cruzaran dos vecinos que iban también a velar a la difunta.

Arriba, en la sala, empezaba a animarse el velatorio. El vino que al principio se bebía con timidez, era ahora escanciado en las tazas con soltura. En su rincón los viejos contaban historias picarescas y reían mansamente. En el círculo de las viejas se musitaba bajo, y alguna buscaba, respaldándose, un sueño halagador, mientras la luz de un solo cirio acompañaba a la difunta casi olvidada.

Manuel, buscando un abrigo, corrió bajo el parral y se metió en una bodega de la planta baja, cuya puerta sólo estaba entornada. Allí esperaría hasta el día, y cuando todos salieran de la casa podría ver a Sabel a sus anchas.

Sobre su cabeza sonaba el ruido de los pies y se oían, confusas e incoherentes, las conversaciones; las risas, por el contrario, se percibían perfectamente y llegaban claras a sus oídos, torturándole como una burla sangrienta.

— ¡Ay, Sabel, yo soy él único que te acompaña esta noche! Esos que están ahí arriba tiénente olvidada. Mira — decía, — cuando el primer gallo cante en el lugar, subiré a verte.

Quería entretener sus pensamientos tristes reconstituyendo en su memoria el rostro bermejo de la muerta; pero le era imposible. Cuando veía clara la visión de un hecho al que estaba ella ligada, el ruido de un zueco en el entarimado, una carcajada o el crujido de una viga le hacía renegar de aquellos que la velaban.

Los ruidos fueron haciéndose mayores; las vigas viejas de la casa crujían, y las maderas quejábanse de un peso excesivo. El piso se hundía. Parecía que sobre la cabeza de Manuel danzaban unos duendes extraños y fantásticos, que venían en busca de su novia para llevarla de correría por los caminos y lanzarla luego a una cañada profunda.

Asustado, quiso salir de su escondite; se tapaba los oídos lleno de miedo, y buscaba a tientas la puerta, cuando, de pronto, el piso se hundió con estrépito, cayendo todos a la bodega, lanzando gritos de terror y ayes lastimeros. El único que no se quejó fué Manuel. Una viga le había destrozado el cráneo.

En el Casal de Mosquera nadie se explicó el caso. El cadáver de Manuel, encontrado al día siguiente entre los escombros, era obra de milagro o de brujería; y las lenguas supersticiosas de la comarca tejieron una leyenda más, grata y sencilla, llena de maleficio, sin risas, que ponía el asombro de su veracidad en los polvorientos caminos y en los agrestes feriales aldeanos.

PRUDENCIO CANITROT

DIBUJO DE GIGLI

Y fué desde entonces, cuando el mal de simple se tornó grave

después de la ingestión del remedio, que el médico dudó de la preparación de la receta. Y fué desde entonces también, que médicos y enfermos que han querido asegurarse exactitud en las prescripciones, recurrieron invariablemente a nuestros establecimientos profesionales consagrando nuestro nombre como sinónimo de perfección en lo que a la preparación de recetas se refiere.

Esa confianza y esa exactitud no han sido motivo, sin embargo, para que nuestros precios se apartaran jamás de lo que realmente vale lo que se entrega.

FARMACIA Y DROGUERIA

DIEGO GIBSON

192, DEFENSA, 192 — UNICA SUCURSAL: FLORIDA, 159 (P. GÜEMES)

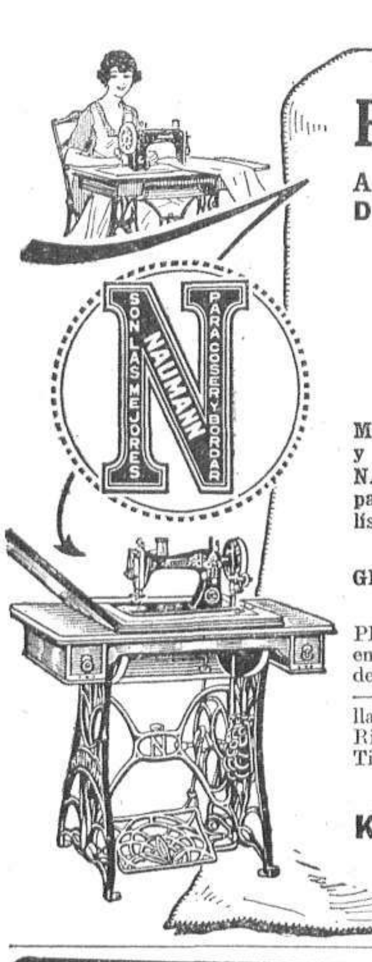
Unión Telefónica del 5921 al 5925, Avenida.



AÑATUYA.—Banquete ofrecido al gobernador de la provincia y su comitiva con motivo de las fiestas de la inauguración del "Mercado Modelo".



El gobernador, ministro y autoridades de Añatuya en el acto de inaugurarse la "Cancha de Tennis".



Perfección y Seguridad

A sus condiciones de **Silenciosa, Cómoda, Liviana** y **Durable,** se agregan otras notables ventajas que justifican el renombre de la famosa

NAUMANN

MAQUINA
PARA **COSER** Y **BORDAR**

Medio siglo de experiencia consagrada a su perfeccionamiento y el empleo de materiales cada vez mejores, han hecho de la NAUMANN la máquina de indiscutible conveniencia. Sirve para **coser, bordar, calar, vainillar, etc.** y su manejo es facilísimo.

Se vende al contado y a plazos.

GRATIS damos lecciones completas de bordados a las compradoras y les otorgamos diplomas de profesora.

PIDA INFORMES HOY MISMO a sus Agentes y Vendedores en cualquier punto de la República o en los siguientes locales de venta: Buenos Aires, Carlos Pellegrini, 326, y Corrientes, 4615. — Belgrano, Mendoza, 2468. — Flores, Rivadavia, 8326, — Avellaneda, Av. Mitre, 933. — Lomas, Laprida, 257. — Quilmes, Rivadavia, 311. — San Isidro, Av. Centenario y Alsina. — Tigre, «La Numancia». — La Plata, calle 6 número 876, o a sus

UNICOS INTRODUCTORES

KIRSCHBAUM & Cía. - Independencia, 401-437

U. T. 0293, Av. — BUENOS AIRES

ALFA-LAVAL

ALFA-LAVAL

DESNATADORAS
Y
Máquinas de Ordeñar

INSTALACIONES ECONOMICAS
PARA CREMERIAS Y GRANJAS
INSTALACIONES PARA FABRICACION DE CASEINA

PIDAN CATALOGOS Y PRECIOS

Goldkuhl y Brostrom Lda.

CHACABUCO, 199 — BUENOS AIRES

ALFA-LAVAL




MADAME PIROTTA

MILÁN, julio 12.

Una de las celebridades milanesas es la «Pirotta».

Adonde no llega la Pirotta no llega nadie. Bien entendido, sin querer con esto quitar la importancia que tienen los santuarios de Lourdes, el brazo de San Francisco Javier y San Antonio...

Pero ya se trata de otras cosas. Aquí estamos hablando de clínicos, no de santos.

Si la Pirotta quisiera tapizar todo un salón con documentos auténticos comprobantes de las curaciones realizadas, cartas de agradecimiento, sonetos, regalos y demás, podría hacerlo muy bien, y si no lo hace es por la sencilla razón de que no dispone de un local capaz para esta clase de exhibiciones.

Tal vez se resuelva a hacerlo ahora que ha comprado una casita en los barrios nuevos que han surgido allá donde se levanta el monumento a Verdi.

Y era tiempo que se resolviera a comprar una casita, pues antes vivía en un par de piezas demasiado humildes. Está bien la humildad, pero cuando se trata de recibir a personajes, damas, niñas bien, es preciso disponer de un ambiente idóneo; de lo contrario los ilustres enfermos postergan las consultas, llegan al último momento y entonces, para salvarlos, se requiere un verdadero «tour de force», que agota las energías de la facultativa.

Tan es así que eran siempre las mismas frases que dirigía a un cliente nuevo:

—¿Por qué vino a verme tan tarde?... Un día más que hubiera esperado y ya no habría remedio... No debe creer usted que yo soy una mujer que realizo lo imposible... Basta... Vamos a ver...

Lo mismo, exactamente lo mismo que suelen decir los facultativos diplomados en debida forma, en sus Casas de Salud.

Como les decía antes, el consultorio de la Pirotta antes era una pobre cosa: cocina y comedor al mismo tiempo, iluminado por luz eléctrica, eso sí, porque todo el mundo tiene luz eléctrica, pero un verdadero hueco más bien que un cuarto.

La otra pieza que completaba el departamentito para corta familia servía de pieza de dormir y daba a la calle.

Pasó un hecho que constituyó el empuje decisivo para el cambio de domicilio. Resulta que estaban en consulta dos damas encopetadas, una de ellas gravísima y muy rica.

Terminada la consulta se trataba de acompañarlas a la puerta, y la Pirotta dió voces al marido para que diera vuelta a la llave de la luz eléctrica en la pieza de dormir.

—Un poco de luz, Antonio, que las señoras se van...

La luz tardaba en hacerse y la Pirotta entretenía a las damas con consejos e indicaciones para disimular su impaciencia...

—¿La luz, Antonio?

Antonio contestó con voz cavernosa:

—No hay luz...

—¿Cómo que no hay luz?

Mujer decidida como ella sola, la Pirotta salió del consultorio y entrando en la pieza de dormir dió vuelta a la llave mientras las damas la seguían de muy cerca.

El espectáculo que se presentó a los ojos de las damas no fué agradable. Antonio, sentado en una silla de paja, chapoteaba con los pies metidos en una palangana de agua realizando poco oportunamente sus abluciones.

El muy pícaro procuraba ganar tiempo echando culpas inmerecidas a la lamparilla eléctrica, que funcionaba a las mil maravillas.

Inútil agregar que la Pirotta se deshizo en excusas, intentando demostrar cómo su marido fuera una especie de hombre prehistórico; la pobre quería recuperar su dominio moral sobre las ilustres clientes. Y todos sabemos como influye lo moral como medio terapéutico. Pero...

Desde entonces el traslado del consultorio fué cosa resuelta, y el marido de la Pirotta hoy en día queda alejado del contacto de la clientela.

He tenido oportunidad de presenciar una consulta, pues tuve que acompañar a un señor enfermo de ciática. Una ciática rebelde a todos los tratamientos de la ciencia.

¡Si habrá gastado dinero el pobre señor! Inyecciones, cataplasmas, electricidad, cama, baños, ¡y nada!

Y no es el caso de decir que se trataba de un enfermo inconstante, de aquellos que hoy se les da el remedio y si mañana no están sanos echan al diablo médico y medicina.

Al contrario. Cuanto a eso un perfecto soldado. Obedecía al pie de la letra todas las indicaciones dietéticas y no dietéticas sin extralimitarse por nada. Eso sí: preguntaba primero al facultativo:

—¿Qué le parece? ¿Me podrá sanar usted, doctor?

—¿Sanarlo? Radicalmente... Con tal...

—Pierda cuidado. Lo que soy yo, haré lo que me indique...

Y el otro indicaba:

—Primero voy a darle dos inyecciones que no son curativas sino que preparan su organismo para la tercera, que es la buena, la que barre con su ciática...

—Muy bien... ¿De manera que en cuántos días le parece que podré levantarme y dejar mis dolores?

—Hombre... Quiero tomarme un plazo muy largo... Quince días... En quince días queda usted transformado en un jovencito...

Muy bien, y... «tutti contenti».

Pero a los quince días el enfermo estaba como antes y el médico de cabecera, rascándose el frontal, decía algo mortificado:

—Vamos a intentar una segunda inyección de aquellas buenas. Raro que...

El paciente se volvía impaciente:

—Le agradezco, pero basta... Seguí su tratamiento al pie de la letra, no encontré ningún alivio y ya no va a «intentar» nada conmigo... Dígame cuánto le debo...

Y así de estas escenas se siguieron muchas, hasta que un lindo día le hablaron de la Pirotta.

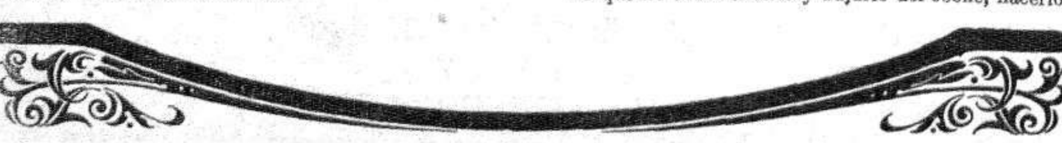
—Es una mujer extraordinaria y sencilla como ella sola. ¡Ha hecho cosas! ¿Usted conoce a la mujer del herrero del Corso Vercelli?... Cómo no la va a conocer, hombre, esa petiza gordinflona. La Dominga. Bueno. No importa, pero está ahí viva y sana... Puede repetírselo cuantas veces quiera... La Dominga había sido operada de apendicitis... Parece que al poco tiempo de haber sido operada empezó a sentir unas molestias persistentes en la región abdominal... Qué es, qué no es... Querían operarla otra vez: ella no quiso y se fué a verla a la Pirotta. ¿Quién le dice, señor mío, que se habían olvidado adentro un bisturí?

—¿Y la Pirotta se lo sacó?

—Ya lo creo y sin operaciones... Poco a poco el bisturí fué empujando, se abrió camino y salió... Una cura que llamó la atención por supuesto..., y bastante.

Si para muestra basta un botón, huelga decir que bastó también el conocimiento de este resultado asombroso para inducir al enfermo de ciática a consultar a la Pirotta.

Lo que no costó subirlo y bajarlo del coche, hacerlo






trepar los pocos escalones de acceso al hall del chalecito... Basta... ¡No quiero ni acordarme de aquello!

Suerte que ella misma, la Pirotta, nos ayudó y por fin lo tuvimos sentado en un sillón, medio muerto de cansancio y dolor.

— Aquí vengo para que me diga si puedo sanar o si debo partirme la cabeza de un balazo!

— No, no... No sea así... No hable de esa manera... Son cosas que pasan...

La Pirotta se lo pasa con un resfrío permanente que no le ocasiona mayores molestias pero que hace un poquito nasal su voz insinuante y bondadosa.

— Vamos a ver, señor, lo que tiene... No me hable... Deme su mano... Así...

Una vez formada la cadena, la mujer empieza a describir el interior del paciente como si lo viera bien abierto y a plena luz del día.

— Su hígado se encuentra así y así, sus riñones de esta y estotra manera, el corazón funciona bien, los intestinos podrían andar mejor...

En fin, un cuadro completo del interior de la máquina humana.

Luego viene una sonrisa:

— ¿Seguirá usted las indicaciones que voy a darle?...

— Estoy dispuesto a todo...

— Vea: se hará usted un emplasto de incienso en polvo y alcohol... Lo aplica a lo largo de la pierna enferma y lo deja ahí hasta que se desprenda solo. Cuando la cataplasma se desprenda quiere decir que el mal ha desaparecido. Al mismo tiempo y *para limpiar la sangre de las impurezas que son* las que en el fondo originan las enfermedades, tomará usted tres veces por día la poción siguiente.

La poción que da a tomar la Pirotta está hecha a base de ruibarbo, magnesia, salvia y otros ingredientes que deben hervir hora y media en dos litros de agua hasta que un litro se evapore.

El efecto de la poción es formidable. El enfermo, mientras dure el período depurativo, que a veces se extiende a quince y treinta días, a veces alcanza a los dos meses, no puede tomarse compromisos de ninguna clase como serían citas, conferencias, conciertos, bailes, etc., porque a lo mejor puede tener llamados muy urgentes; así que le conviene quedarse en su casita y esperar serenamente los acontecimientos.

Bueno. Ahora preguntarán ustedes:

— ¿Se sanan o no se sanan los enfermos?

En estas cosas hay que andar con pies de plomo antes de hablar.

El señor de la ciática mejoró grandemente, tanto que pudo levantarse, atender a sus negocios; en fin, hacer todo lo que hacía antes, pero de vez en cuando un dolorcillo no muy agudo, más bien soportable, venía a recordarle la antigua dolencia.

Y entonces una esquelita a la Pirotta:

« Mi estimada señora... Hoy me resiento algo de mi » acostumbrada ciática, que me parece desaparecida » pero... no sin dejar rastros... ¿Qué hago? »

Y la Pirotta, muy amable:

« Cataplasmas de incienso y la decocción que le » dije... Siga, siga siempre. Para quitar ciertas incrus» taciones del cuerpo humano no sabe usted la pacien» cia que se requiere, y son esas las causas de los en» venenamientos ».

Muchos envidiosos acusan a esta mujer de una monotonía de recetario que aplasta:

— ¿Cómo puede ser? ¿Para toda enfermedad la misma cosa?... ¿Acaso ella ha encontrado la panacea universal?

Lo que resulta cuando... hay que lidiar con ignorantes.

¡Bendito sea Dios! Una vez establecido que las enfermedades provienen de una intoxicación del organismo y que esta intoxicación se arrincona en los intestinos, ¿es o no requetelógico que el tratamiento tenga presente como único fin el cuidadoso barrido del aparato digestivo?

Mientras persista el foco, diremos, el centro de donde irradia la intoxicación, ¿puede haber esperanzas de curación perfecta?

No... ¿Y entonces?

Hay quien se asusta porque en los primeros tiempos los pacientes sufren una demacración apreciable.

Mejor, mejor... No somos los gordos los más sanos a pesar de las apariencias. Y — como dice la Pirotta — también los niños caras sucias en cuanto se lavan bien parecen más delgaditos, menos llenos, pero no dirán que es grasa lo que se fué con el agua.

Una teoría tan sencilla tiene sus atractivos indudablemente, está al alcance de todas las inteligencias y, como es natural, hace prosélitos. Tantos, que ya no le sería posible atender a la muchedumbre que se va agolpando delante del chalecito coquetón en que se hospeda, y... por eso, nada más que por eso, ha tenido que aumentar la tarifa de las consultas, exactamente como hacen los grandes clínicos, quienes estarían bien frescos si tuvieran que atender a cualquiera.

Dicen sus admiradores que un día se le presentó a la Pirotta un señor que pidió consultarla. El caballero ese quería probarla, pues no sufría de la menor molestia. Hubiera querido reirse a costillas de la buena mujer, que al fin y al cabo no va en busca de nadie, no pone avisos en los diarios, y solamente pide que se les permita a los enfermos acercarse a ella.

La mismísima cosa que dijo un día el Salvador del Mundo hablando de los niños:

— ¡Dejad que los niños se acerquen a mí!

Pues bien; la Pirotta, sin desconfianza ninguna, tomó entre sus manos las del cliente, le miró la cara con ojos de profunda piedad y sentenció:

— Lamento no poderle hacer nada... Sus días están contados...

— ¿De veras? — contestó el otro. — Sin embargo, estoy lo más bien...

— Sí... pero no verá usted el próximo verano... Caerá víctima de un accidente ferroviario... Contra estas leyes del destino no puedo oponer mi acción curativa.

El personaje se indignó.

— Yo he venido a consultarla no a pedirle que me profetice el porvenir...

— Usted ha venido a reirse de mí... No es mía la culpa si, debido a su destino, tendrá que llorar... por el fin muy próximo que le he preanunciado...

— ¡Charlatana!... ¡Embaucadora!

A pesar de no creerle palabra, el personaje se abstuvo lo más que pudo de viajar en ferrocarril, pero el tren internacional aplastó el auto en que viajaba y con el auto a los pasajeros también.

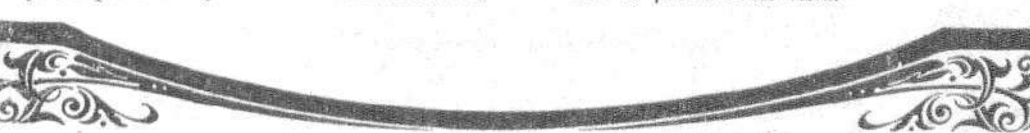
El destino se había cumplido al pie de la letra.

La cosa se supo, y de ahí que ahora no sean muchos los que van allá para hacerle perder tiempo y mucho menos para reirse de ella.

— ¡Mucho cuidado! — decía mi lavandera, ferviente admiradora de madame Pirotta. — Es una mujer que todo lo sabe; como que tiene el don de «ver doble», ¿sabe usted?

— Tiene el don de la doble vista.

— Eso es. ¡De la doble vista!





VICTORICA (Pampa). — El gobernador del territorio, teniente coronel Arturo Núñez, dirigiendo la palabra a la concurrencia que presenció la ceremonia de la colocación de la piedra fundamental de la Sala de Primeros Auxilios.

Actual comisión directiva de la Sociedad de Beneficencia integrada por las señoras de Zidebotton, Viniegras, Quintana de Romero, Berenguer y de Fiorda, a cuyas gestiones débense muchos de los adelantos de esta ciudad.

Una nueva teoría filosófica



CUPABA yo por entonces la secretaría de redacción de una revista. Recuerdo, como si ante él estuviese, el rostro de aquel hombre contraído nerviosamente, como bajo el imperio de una idea fija; sus ojos azules, sus manos finas y descuidadas y, sobre todo, su frente primitiva, estrecha, en la que un triángulo de corto y ralo pelo acentuaba un «no sé qué» terco, antiguo, lejano, como si el odio hubiese puesto en ella un largo beso atormentado y dilacerante.

Momentos antes el portero habíame entregado la siguiente tarjeta:

PEDRO BERCHINA
Chauffeur.

Y se presentó el extraño personaje, vestido de gris, con polainas de cuero crudo y la gorra bajo del brazo.

— Discúlpeme, pero he leído su último libro... Deseaba conocerlo... conversar con usted...

El hombre daba vueltas en sus manos a la gorra. Dilataba las ventanas de la ancha nariz como si aspirase algo, movía el pie inquieto, sus ojos se iluminaban bajo las gruesas cejas.

— Sí... he leído su último libro... Aunque soy «chauffeur» leo mucho... Creo que el ser «chauffeur» no impide leer, tener sus ideas acerca de la vida... ¿No es esto cierto?

— Está usted en su perfecto derecho. El campo espiritual es vasto, y además, «el hábito no hace al monje».

— Ah, es usted un hombre de rara inteligencia. Sí, el hábito no hace... Claro está que esto no lo entienden en la comisaría...

Mi visitante guardó silencio. Observé que su mirada seguía adquiriendo brillo, al tiempo que sus nerviosos dedos eran como garras para la pobre gorra.

— He pensado mucho acerca de la vida, y creo haber encontrado su secreto. He obrado por comparación. Ya sabe usted que el único procedimiento que el hombre tiene para resolver este problema es la comparación. ¿No lo cree usted así?

Hice un gesto de impaciencia. El hombre se rascó una oreja y prosiguió mirándome fijamente.

— Sí, señor poeta, por comparación. No hay otro medio. Descubrí primero que el gran error es tomar como punto de comparación el hombre. Es el error de la filosofía de todos los tiempos. Yo he buscado una analogía perfecta con el hombre para llegar al Hombre. Y la he encontrado.

Miré al desconocido con asombro creciente. Y me pareció que se complacía con mi estupefacción

— ¿Y ese punto de comparación?

— Es el automóvil.

«Decididamente este hombre está loco», pensé. Pero él sonreía, y un leve temblor estremecía sus labios.

— ¿De modo que, según usted, la vida es una cuestión automovilística?

— Nada más exacto, señor mío. La vida es una cuestión de mecánica. Ni más ni menos. Y dentro de la mecánica nada que tanto se le acerque como un motor de explosión... Chuf, chuf, chuf... Completamente exacto. Chuf, chuf...

— ¿Pero, y el alma? Creo que usted ha olvidado...

— No he olvidado absolutamente nada, nada, ¿lo oye? La inteligencia es problema de energía, de movimiento. Aumente usted el número de cilindros y aumentará la potencia del motor...

— Pero ¿qué tienen que ver los cilindros, la potencia del motor, con la inteligencia?

El hombre me dirigió una mirada compasiva

— Usted no comprende nada. ¿Es posible que un poeta que es capaz de imaginar el alma de un escarbadientes se preocupe y pregunte tan fresco qué es eso de la inteligencia del motor? Es usted un zote...

— Caballero...

— Un zote, sí señor. Diez mil veces un zote. Quizá también cien mil veces un zote... Sepa usted...

— Tenga la bondad de retirarse.

— ¿Retirarme? ¿Luego usted no ha comprendido nada? ¿Está como todos embotellado en el estudio estúpido de las cosas abstractas? ¿No sabe usted que para vivir hay que pasar por la vida ligero, como un auto bien aceitado, bien ajustado, un Benz — pongo por caso — con neumáticos Michelín o Continental?

El hombre se irritaba. Sus ojos se clavaban en los míos y una arruga funesta parecía una cicatriz sobre su frente de antropopiteco. Tuve miedo. Me acerqué al timbre y llamé.

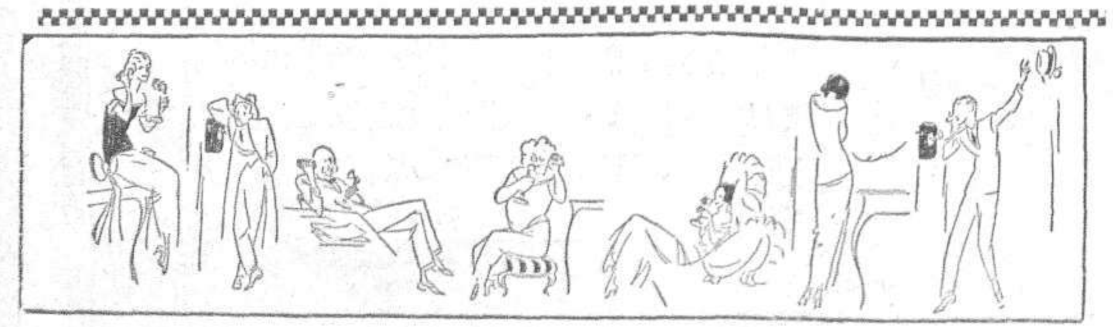
— Este caballero se retira — dije al ordenanza que entró.

El chauffeur desgarró la gorra. Una ola de sangre le subió del corazón y enrojeció su rostro. Camino de la puerta se volvió y me dijo:

— Es usted un idiota... un i-dio-ta...

No he vuelto a encontrarlo jamás. Pero no puedo ver un automóvil que no me acuerde que el eje del mundo puede muy bien ser un cigüeñal, y el espíritu humano un simple chuf, chuf del motor de explosión.

ALFREDO R. BUFANO



El secreto por teléfono.

Los alimentos condimentados con el puro y rico aceite de oliva "La Justicia", adquieren un sabor grato e inconfundible a los más finos y delicados paladares.

UNICOS IMPORTADORES
GONZALO SAENZ y Cía.

MAIPU 24-26
BUENOS AIRES

Para vigorizar y robustecer el organismo de los niños y adultos, nada hay mejor que el famoso tónico

FOSFORINA
D'EMILIO

El Dr. Benjamín González dice: *"Certifico que prescribo a mi clientela la FOSFORINA d'Emilio, con muy buenos resultados"*.

En venta en todas las Droguerías y Farmacias de la República.

UNICO IMPORTADOR:
FEDERICO LANCELLOTTI
Rosario, 588 - Buenos Aires - U. T. 1756, Flores

EL MEJOR RETRATO DE BODAS HECHO EN LA MEJOR FOTOGRAFIA



Tal es el significado de un retrato de novios que lleve la firma de BIXIO & CASTIGLIONI.

Llame Vd. por teléfono al 41 Plaza 0056, y BIXIO & CASTIGLIONI enviarán a buscar su traje de novia y lo tendrán preparado para cuando usted llegue, poniendo a su disposición una experta peinadora.

Solicite folleto ilustrado.



Entre Córdoba y Viamonte

Bixio & Castiglioni

NO TENEMOS SUCURSAL
Esta casa permanece cerrada los Domingos.

De Territorios



ALTA ITALIA (Pampa). — Aspecto de las calles de esta localidad durante la copiosa nevada caída últimamente.



Los señores Enrique R. Varela, Antonio Carrizo y nuestro corresponsal disfrutando las frescuras del medio ambiente.

INDUSTRIA RELATIVAMENTE JOVEN

Las conservas alimenticias han llegado a hacerse indispensables en el régimen dietético de la sociedad contemporánea. Por el mundo entero se ven en uso constante entre todos los pueblos y en toda clase de condiciones. Grandes empresas de ingeniería y construcción dependen de ellas para la solución del problema de la alimentación de las muchedumbres de obreros y operarios empeñados en ellas. Los exploradores, privados del abasto normal de alimento, viven de conservas a veces por meses y meses. Doquiera se ven los hombres privad s de alimento fresco, las conservas en latas variadas constituyen el recurso de su subsistencia. Aun en las comunidades más civilizadas donde pueden conseguirse alimentos frescos durante todo el año, las conservas en lata sirven para variar la lista de manjares que en condiciones ordinarias depende de los cambios de estación. El uso hoy día tan generalizado de conservas es, hasta cierto punto, resultado de la guerra. No sólo era necesario suministrar raciones concentradas y de larga conservación para los ejércitos, cosa que no se consiguió mejor que con las conservas en lata, sino que en los países asolados por la guerra, donde la producción normal de alimento quedó seriamente reducida, las conservas en lata sirvieron para asegurar gran parte de las raciones de la población civil. Los recursos de las naciones preservadas de la guerra fueron grandemente aprovechados para asegurar el abastecimiento extraordinario de comestibles. La producción de toda clase de conservas aumentó en gran manera, y la industria de las conservas en lata, para poder satisfacer la demanda, tuvo no sólo que aumentar la producción sino también ensanchar su campo de acción.

De Territorios



VICTORICA. — Nota social. — Familias de Alvarez, Bertré y señores Busto, Bazán y Martínez durante uno de los habituales paseos por la plaza Cochicó.

Viendo el desfile: señora de Vidal y señoritas de Castillo y Petruchi.



Señoritas de Huarte, Quintana, Castillo y señor Migliozzi en amable «causerie».



Distinguidas familias de esta localidad dirigiéndose a la plaza, cuyas "mañanas de sol" constituyen una nota social.



Un momento, querida... Vuelvo muy pronto...

Ella contestó con una sonrisa y volvió a abandonarse sobre las almohadas, cansada, pero alegre. En la habitación próxima, su marido hablaba con voz alegre también, la voz de los momentos en los cuales la vida le parecía buena. El médico le contestaba; luego saludó y se retiró...

Había quedado solo... ¿Por qué no regresaba en seguida? ¿Qué hacía en el escritorio? ¡Cuánto tardaba! Llamó, mimosa:

— ¡Pablo!

— Voy.

Apareció en el umbral, pero sin entrar.

— Un momento, dijo. Quédate tranquila. ¿No estás contenta?

— ¿Qué haces?

— Escribo a mamá... Estaba tan inquieta... Sabía que se preparaba la consulta... Le escribo en seguida.

— Ven acá. Dime lo que le escribes.

Acercóse a la cama y ella le echó los brazos al cuello.

—¿Qué vas a escribirle?

— Pero ¿qué quieres que le escriba? Que el doctor, el célebre doctor ha venido y dice que... no tienes nada... cosas de los nervios. Tanto miedo, querida mía...

— ¿De veras, de veras?

— Vamos, no te hagas la nenita...

No dudaba ya; estaba tranquila. Experimentaba, sí, la congoja de quien ha logrado salvarse de un gran peligro y vuelve a la vida. Había tenido tanto miedo de... sí; miedo, porque no quería morir... Dicen bien los que hablan de valor, resignación, en los disgustos de la vida. Pero cuando se ama, se tiene una linda casa, cuando una es joven y amada... la idea de tener allí, a la izquierda, bajo el seno, algo que en un momento cualquiera, paf, puede parar el corazón y deslizaros súbitamente hacia las tinieblas... el frío, el misterio, brrr, no es muy alegre, que digamos...

— ¿No es cierto, Pablo?

— Vamos, no pienses más en eso. ¡Te has hecho tan mala sangre! Y yo también.

— Lo sentías, ¿lo sentías de veras? Que yo muriera, que te dejase libre...

— Pero, sin duda...

Y sonreía, apartando un poco la cara. Juana añadió:

— ¿Qué quieres? Nuestro buen doctor no comprendía nada... Estaba preocupado. Entonces perdí la serenidad. Pero ahora... No me engañan ustedes, no mienten, ¿no es cierto?

— ¡Oh, Juana, otra vez!

— No, no, tienes razón... Tu pobre mamá... Estará contenta cuando reciba tu carta. Porque ella me quiere... más que tú, malito!

Pablo protestó, sonriéndose.

— Dile que venga pronto, a la brevedad posible. Que quiero verla. ¿Comprendes?

— Sí — contestó Pablo.— Pero, si no me dejas concluir la carta, no será fácil decírselo...

— Vete. Vete. Me levanto...

Oyó a su marido alejarse y espió sus gestos, como niña que espía a su maestro en el aula. Saltó de la cama, se acercó al espejo, miró...

¡Cuántas contemplaciones así, muda, atenta, tratando de descubrir en el fondo de sus ojos el alma que le parecía escaparse!... ¡Cuántas veces había contado las pequeñas arrugas que grababan el cutis, como si escribieran en él la historia de su enfermedad! No, no era cierto... Parecía otra: los ojos chispeaban, el cutis se ofrecía suave y fresco. Era la vida, la vida que volvía a la sangre, como reacción de juventud. Y en los oídos zumbaban rumores de brisas como cielos de primavera que parecen saturarse de repique de campanas.

Algo resonaba en la vecina habitación: drin, drin... El teléfono. Oyó la voz de Pablo, impaciente. «¡¡Hola!!...» Luego una pausa... Y un: «Buenos días, señora», dicho con gran naturalidad, como para corregir la impaciencia de antes.

Se acercó, sin hacer ruido, ahogado el paso por las mullidas zapatillas. ¿Quién hablaba? Volvía, una vez más la curiosidad, el deseo de conocer las pequeñeces de la vida, que antes no le interesaban, y le parecían muy distantes de su vida...

Ya cerca del umbral oyó estas palabras: «No, hoy no». No hizo caso y asomando la cabeza dijo:

— ¿Quién es, Pablo?

Tras un estremecimiento liviano, Pablo se dió vuelta, tranquila la expresión:

— La señora Almieri... Pregunta por ti.

Tomó el tubo, risueña.

— ¿Eres tu? Gracias, Nora. ¡Qué buena eres!... Pero sí... Todo bien... ¿Vienes hoy?

Pablo había cerrado la carta. Iba a salir, y Juana le detuvo con un gesto, mientras seguía hablando:

— A las cuatro. Muy bien. — Y se acercó, muy blanca y sutil en su largo batón, al marido:

— ¿Te marchas? Nora viena en seguida, a las cuatro. ¿No oiste? ¿No la esperes?

— No; tengo que hacer. Tanto mejor, así tendrás compañía, y aprovecho la oportunidad para hacer ciertas diligencias...

No insistió. Le ofreció la frente y con el gesto de un amante que despierta, buscó su boca...

— ¿Vuelves pronto, amor?



— ¿Quién es, Pablo?
Tras un estremecimiento liviano, Pablo se diò vuelta, tranquila la expresión:
— La señora Almieri... pregunta por ti.

— Sí, prontito; y ¿qué vas a hacer?...

— Me visto — dijo enseñando su peinado deshecho — y espero a Nora... No quiero que me vea así; ella, siempre tan bien puesta, tan correcta, y gozando de tan buena salud... Dime, Pablo, ¿no piensas que te hubiera hecho falta una esposa así?

— Oh, la nenita — musitó Pablo, estremeciéndose sin querer.

Y salió, sonriente...

Cuando sus pasos se hubieron alejado, sintió Juana, muy en lo hondo, que algo de su alegría desaparecía también. Pasó del dormitorio al escritorio, sin decidirse a hacer nada. Tenía que peinarse; debía vestirse. Pero no llegaba a resolverse. No se vuelve de repente a la vida sino conservando algo del cansancio de antes.

¡Pablo! ¿Dónde estaba ahora? Le acompañaba con el pensamiento en la calle y se figuró que, a su vez, él la llevaría en el propio. Se había marchado tan alegre...

¿Alegre? ¿Qué era entonces aquella nube que le había obscurecido la mirada, tan luego en el último instante, cuando se marchaba? Ella conocía muy bien aquellos ojos que amaba y estaba segura de que la nube existía...

¿Por qué era aquello, cuando ella sentía su alma alivianada, en pleno reflorecer?

Volvió la duda sobre su salud... Pero era imposible. Pablo y el médico no podían haber mentido, ni ella podía haberse equivocado. ¿Qué había escrito Pablo a la madre? ¿Por qué no le había enseñado la carta?

Tomó asiento ante el escritorio; maquinalmente abrió la carpeta sobre la cual Pablo había escrito, y que se le ofrecía, callada y secreta...

Quedó algunos minutos pensativa. En la casa todo era silencio, un silencio casi hostil. No había nadie sino ella y la servidumbre.

Vió su propia mirada despavorida reflejarse en un pequeño espejo colocado sobre el escritorio, y otra vez no sé qué le impulsó la idea de mirarse. ¡Una manía! Lo tomó, acodándose sobre la mesita.

Y estando así vió que allende su cara, en el espejo, aparecían algunas palabras que a su vez parecían tener rasgos conocidos y queridos; letra de Pablo...

Miró con mayor atención. Ahora comprendía; las palabras habían quedado impresas en el secante, algunas medio borradas, las otras más claras...

Se estremeció. ¿Qué estaba haciendo? Le pareció que violaba un secreto. Nunca había hecho tal cosa; nunca había pensado tampoco en esto... Ahora, de golpe...

Aquella era la carta que escribiera Pablo poco antes; estaba allí como si se la presentara el destino. «No quiero», dijo, y luego una mano invisible pareció inclinar la cabeza sobre el espejo...

He allí... una línea chispeante, completa: «*el doctor excluye todo peligro...*» Luego otras palabras: «*Completamente curada...*»

No respiraba casi, jadeante. Leyó todo. Y las últimas palabras sancionaban la verdad... «No puedes ima... nuestra alegría...»

Ella se paró de golpe, llena de dicha. Un trino, un canto brotó de su garganta, como si todo residuo de preocupación y miedo saliera de su corazón. Había sido necesario esto para convencerla. Entonces, ¿tenía tanto apego a la vida? A la vida y al amor. Ahora, por fin, podía volver a ser «ella». Los años se ofrecían ante ella como una alfombra donde podía hundir sus piececitos...

— ¿Qué hay?

La mucama había entrado, con recelo. Y decía un nombre:

— La señora Almieri.

— ¡Oh, Nora! ¿Qué dicha? Adelante.

Y la amiga querida entró.

II

Muy elegante, envuelta en deliciosa toilette primaveral, apareció como armada de todas las fascinaciones que el vestido puede pro-

porcionar a la mujer. Frente a ella, Juana, enfundada en su batón, parecía un monigote inerme; y experimentó la sensación de hallarse en poder de «la otra».

— ¡Querida! ¡Querida! — dijo.

«La otra», acostumbrada a estas manifestaciones, apreció la tonalidad más ferviente.

— Tenemos buenas noticias...

— ¿Ya sabes? Pero, ¿cómo?

— Me lo dijo tu marido, por teléfono.

¿Por teléfono? Había hablado tan poco. Pero Juana no insistió, no preguntó nada más. Lo sabía y basta.

— Sí. Sí. Me siento dichosa. ¿Recuerdas mis temores, mis melancolías? Ahora todo ha concluído. Estoy bien. La caja es fuerte...

Se rió, golpeándose el pecho. Entonces se avergonzó un poco de su tocado y dijo:

— Te recibo así. A estas horas. ¿Qué dirás? Pero no he tenido tiempo. Me harás compañía, ¿no es cierto? Toma asiento. ¡Qué lindo vestido! ¿Quién te lo hizo? La Zocchi. No hay sino ella. Iré yo también a su taller mañana. ¿Qué te parece la gabardina?

— ¿Gabardina? Cosa vieja, dijo la señora Almieri sentenciosamente. No sienta bien.

Discutieron con mucha gravedad, como si todo el mundo consistiera en una moda, una línea, una tela. Por lo pronto, ¿qué existía para Juana sino la belleza, el amor, la elegancia, la moda?

— Tienes razón. ¡Qué gusto acertado tienes! ¿Vendrás conmigo a lo de la Zocchi, mañana?

— Mañana no puedo.

— ¡Ah! Ahora recuerdo. Tampoco Pablo no puede acompañarme mañana. Me lo dijo hoy. Entonces, pasado mañana.

Cesaban las impaciencias, el porvenir le pertenecía. Hubo un breve silencio; el toque liviano de un pequeño reloj señaló una hora, indiferente como todas.

— Es tarde. ¡Cómo estoy alocada! Quédate. No te muevas. Contigo no hago ceremonias. Me peino aquí.

Tocó el timbre, dijo a la mucama que le trajera un espejo, el grande, que estaba sobre su mesa de tocador.

Se reía contenta como una niña que juega a «las señoras» con otra niña de su edad. Volvió a sentarse ante el escritorio y soltó los lazos de la cabellera...

— Ah, Nora, si tu supieras, lo que acaba de ocurrirme...

— ¿Qué cosa?

Juana seguía sonriéndose, con la cara semicubierta por el pelo, como por una máscara. Entre los mechones aparecían sus ojos, su boca fresca...

— Figúrate. Quería saber si era cierto... Sí, vamos, si era cierto que estoy bien; que el doctor no encontró nada grave en mi estado de salud, e hice así con el espejo. ¿Ves?

— ¿Con el espejo?

— Ah sí, ¿tu no sabes? Tampoco yo lo sabía. Es una cosa muy sencilla. Pablo había escrito a su madre; secó las letras aquí; ¿ves? han quedado algunas palabras... y entonces, con el espejo, uno puede leer. Pero, ¿qué haces? ¿Por qué te levantes? ¿Vas a marcharte?

— No, no — dijo la señora Almieri, como para cambiar de conversación. ¿Qué lindos cabellos!

— ¿Te parece? He perdido muchos... Mira aquí.

Nora miró; pero Juana continuaba su juego.

— Mira aquí. Se lee bien. Así, si un marido tiene secretos... Si no repara en eso... Aplica el sistema, con el tuyo...

— Pero, Juana, ¿qué haces? ¡No está bien!

— ¡Ah, ah, dijo Juana riéndose más y más. ¿No está bien? ¿Por qué? Hay que conocer los secretos de su propio marido... aun cuando estemos seguras de que no los tiene.

— ¡Pero Juana!

Juana daba vuelta a las hojas de la carpeta y las examinaba con curiosidad, risueños los ojos bajo la cabellera que parecía llorando.

— *Mi querido señor Dandi*. El escribano. Mira... *Aquel negocio*... Ah no, los negocios, no; éstos no me interesan.

Pero ¿qué es lo que ocurría? Su amiga aparecía inquieta. Se mordía los labios; trataba de sacarla de allí.

— Péinate. Vamos. Se hace tarde. Yo me voy. Déjame ir...

— Un momento, un momento, Norita. Ahí, mira. Tu nombre...

— ¿Qué dices?

— Pero sí; una carta para tí. La dirección: *Señora Nora Alm*...

Se dió vuelta y dijo:

— ¿Pablo te escribe?

— Pero... yo no sé, balbuceó asombrada.

— ¿No sabes? — Dijo Juana riendo. — Oh eso... *Gentiles manos*... ¿Y qué te dice?

— Pero sin duda noticias tuyas. Ahora recuerdo, Una vez, una sola vez. Y ahora basta. Vamos.

— He concluído. Ah. Un momento. Todavía esto. No hay más hojas. Se vuelve en la obscuridad.

Repitió maquinalmente: «Se vuelve en la obscuridad». Y mientras, con una sonrisa, examinaba la nueva página.

— *Mañana a las cinco como de costumbre*...

— ¡Juana! — dijo la amiga con voz temblorosa. — He dicho que basta.

— ¿Qué hay?

Juana se dió vuelta de golpe, asombrada. ¿Por qué aquella voz? ¿Por qué la miraba así, con esta cara mala, como a una desconocida?

— No quiero — repitió Nora.

Luego, como para suavizar sus palabras, dijo:

— ¡Es una tontería!

— ¿Qué tienes que ver tú? — contestó Juana. Y volvió a leer: — *A las cinco*.

Luego se inclinó aun más y acercó el espejo al papel. De golpe Nora la vió llevar la mano a la frente y agitarse como si ayudara a formar un pensamiento en penumbra...

También la señora Almieri se inclinó como fascinada y leyó:

— *Te espero... Deseo... Mi adorada*...

Trató de arrebatar el espejo, pero Juana lo sujetó. ¡Ah, aquella cara, cómo aparecía tras ella, siempre más fea, siempre más enemiga!

— No. ¿Qué dice? No veo. Tengo miedo.

— ¡Juana! — balbuceó «la otra», en pleno tormento.

— No es posible — continuó Juana, sin oiria. ¿Qué quiere decir eso? ¡Pero yo estoy loca!

— Juana, te juro...

— ¿Ah, es cierto? Tú... Tú...

Agitó las manos, torció la boca, se desplomó... Y ante la muerte el espejo impasible reflejaba, una vez más, las palabras de vida: «completamente curada».



Comentarios

— ¿Y qué tal los ministros?
— Muy estirados
y muy ceremoniosos y muy prudentes.
¿Qué puedo proponerles? Son muy callados
y tienen la manía de ser decentes.

* * *



— Con su cara candorosa
me ha engañado el otro día.
— Ya ve que la pillería
de un tonto, es muy peligrosa.
No hay nadie que ponga en duda
su inocencia y su candor,
y engaña mucho mejor
porque su fama le ayuda.

* * *



¡Triste conejo! Corre, afligido.
Corre ligero,
mientras que dice:
— ¿Qué habrá ocurrido?
¿Por qué he de verme más perseguido
que un quinielero?

* * *

Con un solo serrucho, dos hermanos
arman unos bochinches espantosos.
Son dos ejecutantes prodigiosos
que tocan el serrucho a cuatro manos.

* * *

— Ya se le puede escuchar
en la montaña, en el mar
y en el club y en el tranvía.
— Se va a desacreditar
la radiotelefonía.

* * *

Un poeta que en varias ocasiones
ha sido celebrado por la crítica,
a Le Breton dirige estos renglones:
«No me mezclo en política,
pues no tengo para ello condiciones,
pero tampoco vivo en el marasmo,
y he de aplaudirle a usted con entusiasmo.
Yo soy su admirador. Le considero
como el as de los ases
como el Tomás primero
de todos los Tomases.
¡Es usted un prodigio verdadero!

La oposición es ruda,
la empresa peliaguda;
¡no importa! hay que vencer de cualquier modo.
La manteca se impone sobre todo.
Cuente usted con mi ayuda.
Nada me da temor ni me acoquina.
Soy el cantor de la óleo margarina».

* * *

— Aquellos versos divinos,
misteriosos, sibilinos,
en que habla del más allá,
los han traducido ya
hasta al chino.
— ¡Pobres chinos!

* * *



— Y esos sujetos, ¿quiénes son?
— Abandonaron la prisión,
y, según creo, andan en tratos
para hacer túneles baratos
con rapidez y discreción.

* * *

— Este tipo maloliente,
este tipo nauseabundo
dice muy sinceramente:
«¡Qué mal huele todo el mundo!»
— Aunque sea un desgraciado,
ese es su modo de ver.
— Está usted equivocado;
ese es su modo de oler.

* * *



Juana, chica informal,
dióse primero al diablo y luego a Dios.
Y hoy, como es natural,
no la quiere ninguno de los dos.
— Es tan mala mi estrella —
murmura su marido —
que yo, por más que nunca me ha querido,
sin ser diablo ni Dios, cargo con ella.

* * *

— Esperan todos frases geniales,
notas sublimes dignas de un bardo,
y dice, luego, cosas triviales.
— Son gallardías angelicales
de Angel Gallardo.

MONOS DE REDONDO.

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: **La viudita del barrio del rey**, por **Nicolás Coronado.** Gloria triste, por **Rafael de Diego.** Bajo el oro del sol, por **B. González Arrili.** La historia pintoresca: Una cocina y un político, por **Héctor Olivera Lavié.** Cuadro de salud, por **Ernesto Mario Barreda.** El abrazo, por **Gonzalo López Abente.** El singular asunto del profesor Symington, por el capitán **Osvaldo Dallas.** Una historia de músicos ambulantes, por **Claudio Bragatto.** La última expedición de «Arab» Needson, por **Etienne.** Entrada de favor, por **Antonia Opisso.** Engañifas matrimoniales, por **W. W. Jacobs.** El que no pudo amar, por **Juan Papini.** El por qué de las mareas, por **Mariano de Cávia.** Ensueños de Pierrot, por **Alvaro Retana.** Hombres célebres: Camoens, por **Eduardo del Saz.**